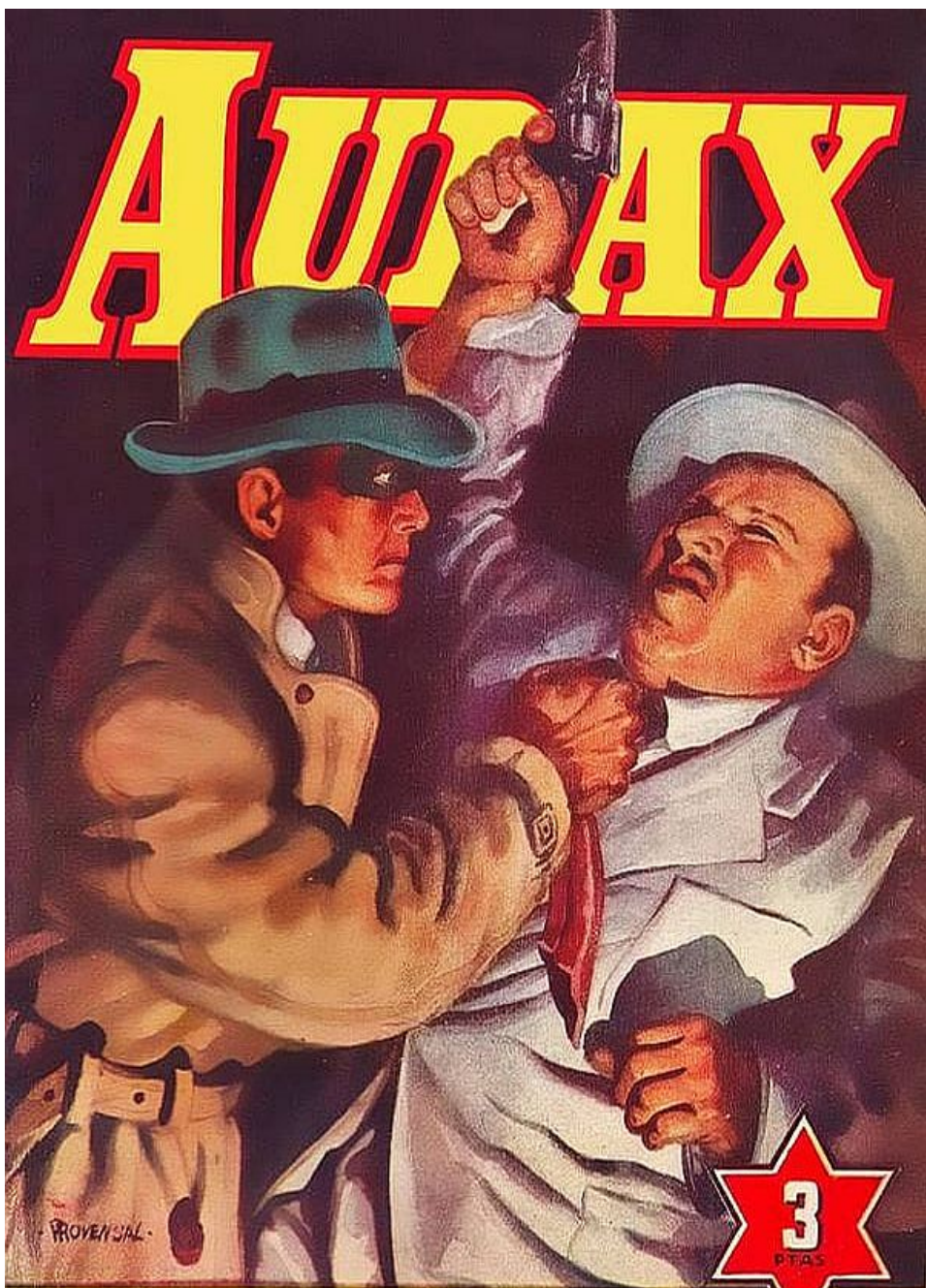




**ENTRE PIRATAS AEREOS**

Gus Peeper, reportero del Herald de Nueva York, había iniciado con un vibrante artículo una investigación sobre unos pistoleros que, tras asesinar a un cobrador de banco para robar su dinero, se enfrentaron a una patrulla de policías, matando a seis de sus agentes. Posteriormente el periódico encarga a Gus la reseña de un combate de lucha libre en el Catch Palace, entre Lefty Longleg y Chic Drumond, hermano de uno de los pistoleros. Por suerte o por desgracia Gus entabla conversación con *Baby*, que asiste a la velada y que le anima a conseguir una entrevista en los vestuarios. Allí escucha balbucear al luchador vencido unas palabras que le relacionan con los pistoleros de su artículo. Se lo comenta a *Baby* y la secretaria «torbellino» le arrastra a una serie de aventuras que finalizan desbaratando los siniestros planes del nuevo jefe de los pistoleros, un japonés, Hirazi Tamura, que planeaba secuestros de hijos de millonarios.



P. V. Debrigode

# **Entre piratas aéreos**

**Audax - 5**

**ePub r1.0**

**Editor 23.01.17**

Título original: *Entre piratas aéreos*

P. V. Debrigode, 1946

Portada: Provensal

Ilustraciones interiores: Lester y Cifré

Editor digital: Editor

ePub base r1.2



# AUDAX

por  
P.V. DEBRIGODE



EDITORIAL



BRUGUERA



## CAPÍTULO PRIMERO

### Don Taylor, el desconcertante

Tony Prescott era un hombrecito moreno de bigotillo breve y cabellos engominados y brillantes que relucían pegados a su cráneo oblongo.

De los tres hombres reunidos en aquella habitación, donde, por todo mobiliario, había una mesa, un diván, tres sillas y una licorera, él era el que manifestaba la mayor tendencia a cierta coquetería en el vestir. La dureza de sus pupilas revelaba un espíritu implacable.

Steve Drumond, antiguo matarife de Chicago, ancho y bizqueante, paseaba sobre las cosas y las personas, miradas apagadas que se filtraban perezosas por sus párpados sempiternamente entrecerrados.

En ciertos instantes, y sin que viniera a cuento, reía con una silenciosa risa, que dejaba ver dientes pequeños y agudos.

Aunque corpulento y tendiendo a la obesidad, su aguda nariz corva y sus alargados ojos estrechos le daban cierta apariencia oriental.

Butch Leary poseía una enfermedad de la que estaba orgulloso, y que le daba un aspecto totalmente opuesto a Steve Drumond.

Exhibía, grandemente abiertos, unos ojos con extraños toques dorados, redondos, fijos, de enigmática perversidad, como los de las aves nocturnas.

Era alto, atlético, y los otros, dos le consideraban tácitamente como el «jefe».

Por el momento, jugaban sin gran entusiasmo, barajando los naipes cansinamente...

De vez en cuando los ojos enfermos de Butch Leary se posaban en su cronómetro de pulsera.

Había dos peculiaridades en aquella reunión. La partida de *póker* era matutina, ya que tan sólo acababan de repicar las nueve de la mañana en el reloj de propaganda de la tintorería sita en la calle 67 de la urbe neoyorquina.

Y si el atildado Tony Prescott vestía un terno azul de buen corte, y a sus pies había una cartera de piel con cierre de cremallera como las empleadas por los hombres de negocios, Steve Drumond vestía la bata gris y la gorra galonada de los chóferes de *taxi*, mientras Butch Leary, con su traje de confección barata y su corbata de lazo con cierre metálico, tenía todo el aspecto de un saludable campesino...

—Arreglad vuestros relojes —dijo Butch Leary concisamente—. El mío marca las nueve y dos minutos.

Tony Prescott y Steve Drumond tocaron maquinalmente las ruedecillas de sus cronómetros. Eran relojes de marca cara: instrumentos de trabajo...

Steve Drumond rió silenciosamente.

—Palpitamos igual, Butch. Doy las nueve y dos.

—Las nueve y dos, más... veintiséis segundos —rectificó Tony Prescott, el meticuloso.

—O. K. —ganguéó Butch Leary.

Sus películas favoritas eran las que trataban de temas amorosos y, a ser posible, en que hubieran muchos exteriores con cantos del celuloide a la Naturaleza.

Pero de vez en cuando iba a ver alguna película de *gangsters*, y sabía, pues, emplear el léxico adecuado que habían puesto en boga los productores de Hollywood.

Butch Leary había huido de Kansas City, tras estrangular a su hermano por una disensión de opiniones con respecto a la herencia paterna. Enterró a su hermano y se llevó el dinero en litigio.

Extrañado por la facilidad con que puede matarse, sin gran trabajo, había hecho amistad con Steve Drumond, un chófer de *taxi* y experto mecánico de aviación, expulsado de una compañía aérea por haber saqueado un maletín particular, al enamorarse de los objetos de oro que contenía.

Antes de salir a la calle sin empleo, había vegetado en una cárcel

de segunda categoría y admiraba a los que habían residido en Sing-Sing

o Alcatraz, como Tony Prescott, que a los dieciséis años, por haber degollado a una vieja avara, escapó de la silla eléctrica, aunque se vio obligado a pasar después veinte años entre

Sing-Sing  
y Alcatraz.

Steve Drumond sentíase a veces filósofo.

—La vida es complicada —rezongó, soñador—. Me enseñaron a derribar reses dándoles el punterazo cuchillero en el sitio precisó. Chicago es una gran ciudad, y yo no estaba a disgusto en la compañía aérea. Hoy, una vez cada dos o tres semanas, conduzco mi *taxi*... ganamos el dinero que queremos. Y no veo la diferencia que hay entre acuchillar a un buey o a un cerdo, o despachar a un burgués cuando sube a mi *taxi*.

Al acabar de hablar rió silenciosamente.

—¡Lástima que no os conociera antes! —suspiró—. Hoy tendríamos un millón por barba.

—No lo tendrás nunca —masculló Tony Prescott—. Las mujeres te gustan demasiado, y si a cada «ternera» que te guiña le regalas un abrigo de pieles o una sortija de mil, nunca amontonarás billetes.

—También te cuestan dinero tu sastre y tus bailoteos en los salones elegantes.

—¡Cerrad la cremallera! —ordenó Butch Leary, y, encendiendo reposadamente un puro, apagó la cerilla con la primera bocanada de humo—. Así hacía Edward G. Robinson en *Él último gangster*.

Tony Prescott se sirvió una mezcla de *brandy* y licor de crema. Steve Drumond barajó los naipes y se dedicó a construir castillitos que caían siempre.

Butch Leary volvió a mirar su reloj. Silbó los compases de la melodía qué había oído en *Primavera de amor*...

A las nueve y media en punto, Butch Leary quitóse el puro de la boca y lo estrelló contra la pared.

—Matemáticamente —y paladeó la palabra— empezarás el «ojeo» a las diez en punto, Tony. Tú, Steve, bajarás el banderín de tu *taxi* a las diez menos cinco. Lo mantendrás bajado hasta las diez y diez, y a esta hora pasarás a pequeña marcha por delante del «South Colonial». Si Tony está en la puerta, ya sabes... Mientras,

nadie sube en tu cacharro... ¿Lo tienes en condiciones?

—Todo preparado, *Boss* —replicó Steve Drumond.

La palabra «jefe» envanecía a Butch Leary. Por eso tenía especial predilección por el ex matarife.

El remilgado Tony Prescott no le gustaba tanto, pero sabía que a la hora de matar no tenía rival...

—Y que no ocurra como la última vez Tony. El tipo que liquidamos sólo llevaba diez mil.

—La hora había pasado y elegí al que pude —dijo Tony Prescott, con huraña expresión.

Se levantó y colocóse el sombrero de fieltro con extremoso cuidado. Cogiendo su cartera, adquirió un aspecto de abogado nervioso.

A las diez menos cinco, Tony Prescott, apoyado en una de las mesas de relucientes cristales del interior del Banco «South Colonial», extraía de su cartera un carnet de cheques.

Firmó pausadamente y dibujó la cifra «cien» dolares. El empleado le dio una ficha dorada con el número «setenta y uno».

—¡Cincuenta y dos! —gritó un altavoz.

—¡James K. Peabody! ¡Mr. James K. Peabody! —cantó otro altavoz.

El ajeteo era el normal en todo Banco de importancia.

Tony Prescott se apoyó negligentemente en la ventanilla cercana a la de pagos superiores a diez mil dolares, mientras se abrillantaba las uñas contra las solapas de su americana.

—¡Sesenta!—gritó un altavoz a las diez y once minutos.

El portador de la ficha «sesenta» contó veintitrés billetes de mil dolares. Los introdujo en un billetero grande, y se dirigió hacia la salida.

Tony Prescott estaba ya en la puerta, y al pasar el número «sesenta» se inclinó para atarse un cordón de zapato, que estaba muy bien atado.

En la acera se detuvo un *taxi* y Steve Drumond bajó el banderín... Estaban de suerte... El coche de Butch Leary no tendría que funcionar.

—¿Dirección, señor?... —preguntó Steve Drumond, tocándose el borde de la visera.

—«Trust Minero de Indianápolis», en la Treinta. Esquina con

Park Avenue.

El «sesenta» se instaló confortablemente en el interior del *taxi*, arrellanándose. Hacía frío y se estaba cómodo en el tibio espacio cerrado...

Entornó los ojos, pensando que la sopa de coles de la noche anterior tenía demasiada «maizena» y que por eso le dolía levemente el estómago ahora.

Golpeó el cristal a espaldas del chófer...

—Deténgase en una droguería.

Steve Drumond rió silenciosamente, mientras asentía a cabezadas. ¿Una droguería? Tenía gracia... A lo mejor el «tipo» quería una aspirina...

Tras el *taxi*, Butch Leary conducía su potente «Cleveland», y junto a él sentábase Tony Prescott.

Recogido apenas montó el «sesenta» en el *taxi* de Drumond, Prescott se limitó a decir concisamente:

—Veintitrés de los grandes.

—O. K. —masculló el «jefe»—. Poco es, pero subió directamente en el cacharro de Steve. Trabajo limpio.

Y el trabajo fue limpio. El «sesenta», al detenerse el *taxi* frente a una droguería roncaba estrepitosamente.

Steve Drumond abrió la portezuela y bajó los dos cristales. Debía airear la atmósfera cloroformizada del interior del *taxi*...

Tony Prescott descendió del coche de Butch Leary y entró en el *taxi*, volviendo Steve Drumond al volante.

Prescott le dio un empujón e hizo que cayese al suelo el inanimado cloroformizado. En los delgados labios, del *dandy* se dibujó una sonrisa inhumana.

El *taxi* siguió corriendo hasta entrar en la carretera de Filadelfia. Prescott eligió el tramo recto para tirar al asfalto el cuerpo del número «sesenta».

El hombre rebotó en el suelo y giró varias veces sobre sí mismo. Steve Drumond dio media vuelta y las ruedas delanteras del *taxi* atravesaron por el centro el cuerpo derribado...

Butch Leary rozó el *taxi* en sentido contrario al terminar el atropello. Por si acaso dio por tres veces media vuelta a su «Cleveland»...

Steve Drumond estaba ya en su *taxi* cuando Tony Prescott,

subiendo junto a Leary, le entregó la cartera con los veintitrés mil dólares.

No era honradez hampona, no era acatar la ley del hampa que exige no estafar al cómplice. La estricta honradez de Tony Prescott se debía a la circunstancia de que Butch Leary leía los periódicos por la noche y los malditos reporteros especificaban con todas las letras las cantidades percibidas por las víctimas del atraco.

—Hoy hemos ahorrado plomo —dijo Leary—. Un trabajo limpio...

De pronto, Tony Prescott dio un respingo nervioso y en su mano apareció una pistola ametralladora.

—Ahorramos plomo, ¿eh?... —Silbó duramente—. Y eso, ¿qué es?

La sirena de un coche patrulla mugía tras ellos, y vieron claramente a los dos motoristas que avanzaban hacia ellos agitando el brazo derecho, haciendo señal de que se detuviesen.

—¿Cómo rayos habrán...? —empezó a decir Butch Leary.

Tony Prescott no habló. Se agazapó y apretó el gatillo. Era un excelente tirador...

Los cristales del parabrisas saltaron hechos añicos... Un motorista cayó espectacularmente hacia atrás, con los brazos abiertos...

El otro imprimió varios giros al manillar, pero la muerte le impidió dominar su lebril mecánico... Chocó contra la otra motó...

El «Cleveland» dio varios saltos al pasar lanzado a toda marcha por encima de las dos motos derribadas...

Tony Prescott se deslizó al asiento posterior. Rompió de un culatazo el vidrio, cuyos cristales cayeron sobre el portamaletas...

—¡Nos van a cazar! —Gruñó Butch Leary, crispadas las manos en el volante—. ¿Entro en la cuneta y nos vamos a campo traviesa?

—Revienta el *motor*, pero sigue... —Silbó secamente el *dandy*.

Apuntó fríamente a los dos neumáticos del coche patrulla, pero pronto elevó el cañón.

Los neumáticos estaban protegidos por un guardabarro que casi rozaba el suelo. Y era de material impenetrable...

Por las ventanas del coche patrulla asomaban los tubos brillantes de dos fusiles... El policía que estaba al lado del conductor se inclinaba sobre la caja de mandos...

Y, aunque no le oía, Tony Prescott podía repetir el mensaje:

«—¡Atención, atención! Habla el coche número X... Detengan al «Cleveland» matrícula XZ-7654-W, negro sedán, pilotado por dos hombres... No vacilen en disparar...».

Una ráfaga barrió la capota, y Tony Prescott cayó arrodillado... Butch Leary conducía con el busto encorvado... Las balas de los policías del coche patrulla acabaron de dejar sin cristales el parabrisas...

—¡Tiran con perforadora!... —rugió Leary—. ¡Voy a parar!...

—¡Sigue! —gritó Prescott—. ¡Allí, allí!

El puente metálico que cruzaba el Hudson en su estrecha vía afluente rechinó sordamente al pasar el «Cleveland» lanzado como una exhalación.

Los neumáticos del coche patrulla repitieron el silbido al entrar en el puente...

El «Cleveland» dio un brusco medio giro... y los frenos chirriaron. Mientras, aún en marcha, saltaba Butch Leary, Tony Prescott, protegido por el chasis, vació su pistola ametralladora contra los cercanos ocupantes del coche patrulla...

Butch Leary, armado del fusil ametrallador, disparó llamaradas crepitantes... El «Cleveland» quedó convertido en una criba...

Pero los policías del coche patrulla quedaban reducidos a dos... malheridos... Dispararon desde el suelo...

Una sinfonía de sirenas iban agrandando sus voces... Acudían refuerzos.

Butch Leary barrió el suelo con una ráfaga de disparos y todo movimiento humano cesó...

—¡Al coche de ellos! —gritó Tony Prescott.

Mientras Butch Leary se lanzaba saltando, hacia delante al volante del coche patrulla, casi sintió admiración por Tony Prescott.

El coche patrulla rascó visiblemente con sus guardabarros izquierdos el costado del «Cleveland»...

Tony Prescott arrojó al suelo los dos cadáveres de los policías, y con las mandíbulas crispadas dio vuelta a la manivela de la bocina-sirena.

—¡Dale toda la marcha! —ordenó.

Butch Leary sacó el máximo rendimiento del potente motor del coche patrulla...

—No comprendo cómo nos cortaron el camino... ¿Cómo pudieron enterarse? Si nadie...

—Vigila las cunetas. Acabas de rozar un árbol... Y nos siguen... Se han dado cuenta del truco...

—Los «fiambres» —explicó Butch—. ¿Qué truco? ¿El nuestro?

—El cambio de coche. Mete marcha a Coney... Si nos pillan, se acabó la vida...

Tony Prescott cogió uno de los fusiles que había soltado un policía al ser malherido. Lo volvió a tirar al suelo despectivamente...

Prefirió cargar de nuevo su pistola ametralladora con un peine de treinta y dos balas que sacó de su sobaquera. Las sobaqueras que le daban un aspecto de poseer un pecho fuerte bajo la americana.

La carretera soleada ofrecía muchas curvas... A los mugidos de las sirenas tras el coche patrulla empleado por los dos pistoleros, respondió la sirena que manipulaba Tony Prescott con la zurda, mirando hacia atrás, empuñando la pistola ametralladora...

De pronto, en un cruce de carretera, dos motoristas aparecieron, expectantes, observando el coche patrulla...

Tony Prescott disparó, mientras Butch Leary, con brusco golpe de volante, entraba por encima de la cuneta en un campo de pomares... El radiador chocó contra un tronco.

—¡A correr! —gritó innecesariamente.

Tony Prescott murmuró:

—Por veinte, igual que por veintidós...

Se refería a los dos últimos motoristas sorprendidos mortalmente, al creer que el coche patrulla iba a darles instrucciones...

Oyó pasar la caravana de coches patrullas lanzadas a toda marcha carretera adelante... Siguió en pos de Butch Leary, y ambos estaban ya lejos cuando los coches patrullas regresaban al cruce de carreteras...

\* \* \*

Steve Drumond obedeció, aunque extrañado. Quitóse la bata y la gorra.

—Hay algo que no ha funcionado bien —terminó por decir

Butch Leary tras beber dos vasos repletos de *brandy*—. ¿Por qué nos salieron al paso?

—Hay que ahuecar ahora —continuó Tony Prescott—. Cada uno por su lado. Y deja aquí tus trapos de *taximan*.

—A las ocho, reunión en el «Manhattan Pal» —acotó Butch Leary.

A las ocho, en el humoso recinto de la sala de billar y café, preferido de los «bookmakers<sup>[1]</sup>», Tony Prescott terminó un tacada de veintitrés carambolas seguidas, al fallar la que hacía veinticuatro. Arrojó el taco sobre el tapete y se acercó a la mesa donde esperaban Butch Leary y Steve Drumond. Steve Drumond, despojado de su bata y gorra, vistiendo un terno gris y una flamante corbata roja, echóse hacia atrás el sombrero de fieltro.

Butch Leary adoptó el aire de Charles Bickford en «Torbellinos de plomo»! Tendió a Tony Prescott la edición primera del *Herald*.

Destacábanse grandes titulares:

*«DOS PISTOLEROS ASESINAN A SEIS VALEROSOS GUARDIANES DEL  
ORDEN»*

*«HUYEN EN UN COCHE PATRULLA, DANDO MUERTE A SUS  
OCUPANTES»*

*«ABANDONAN EL “CLEVELAND” EN EL QUE ACABABAN DE  
MATAR, EN COMPLICIDAD CON UN TAXISTA, A UN COBRADOR DE  
BANCO»*

—¿Era un cobrador? —bisbiseó Tony Prescott—. No lo parecía...

Siguió leyendo, mientras Steve Drumond reía silenciosamente...

*«La indignación es general, y repugna pensar que seres  
humanos como nosotros hayan sido capaces de cometer  
crímenes de tal vileza y cobardía.»*

Tony Prescott miró la firma del reportar.

—«Gus Peeper» —leyó—. Me gustaría tenerlo delante.

*«El ciudadano Thomas Dunn cobrador del “Trust*

*Minero de Indianápolis”, percibió esta mañana en el “South Colonial” veintitrés mil dolares, con los que debía efectuarse el pago de los semanales del personal de oficinas.*

*«Poco después entraba en un taxi, cosa desacostumbrada en él, según manifiestan el gerente y el director del “Trust Minero”, ya que Thomas Dunn no tenía tal autorización más que en los casos de urgencia. Suponen, pues, que debía de hallarse indispuerto.».*

—Indispuesto —murmuró Tony Prescott con macabra sorna.

Butch Leary silbaba entre dientes, con las pupilas eternamente dilatadas. Steve Drumond, con los ojos entrecerrados, dedicábase a contemplar las medias de seda de una mujer otoñal, que removía con una cucharilla los restos de un plato de crema...



***Vació su pistola ametralladora...***

*«El inicio de la acción que ha ensangrentado el historial delictivo de nuestra ciudad, fue las manchas rojas*

*impresas en las ruedas delanteras de un "Cleveland", que llamaron la atención de un patrullero, quien, creyendo en un atropello accidental y cumpliendo con su deber, radió a un coche patrulla su descubrimiento, ratificado más tarde con el hallazgo del cadáver atrozmente destrozado, de Thomas Dunn.».*

—¿Ves cómo, tenía yo razón? —reprochó Tony Prescott agitando el periódico ante los ojos de Butch Leary—. Atropellar..., cuando es tan fácil disparar.

—Atropellado y sin cartera, podía suponerse otra cosa los «polis» —arguyó Butch Leary—. Tú mismo estuviste de acuerdo conmigo. Tony Prescott siguió leyendo:

*«A la señal de detenerse, los dos pistoleros del "Cleveland" replicaron con nutrido fuego. Han muerto en la persecución seis agentes y otros dos están hospitalizados gravemente heridos.*

*«Por veintitrés mil dolares, tres hombres han cometido crímenes cuyo horror excita nuestra mayor indignación. Fieras humanas como éstas merecen la muerte, y no es bastante castigo la silla eléctrica, en mi opinión».*

—¿Gus Peeper, eh? —Tony Prescott relejó el nombre del firmante del artículo—. Tropiézate conmigo y sabrás lo qué es una muerte entretenida.

Alejados del resto de la concurrencia, los tres hombres semejaban pacíficos «bookmakers». Las piernas de la otoñal, generosamente descubiertas, seguían fascinando a Steve Drumond, que tenía predilección por las rubias de blanca piel y opulentas redondeces...

*«Nos calma en parte la idea —seguía escribiendo Gus Peeper— de que gracias a la habilidad de nuestros detectives, los tres pistoleros serán detenidos pronto.*

*«Por de pronto ha quedado establecida, sin lugar a dudas, la identidad de éstos, tres engendros...».*

Tony Prescott levantó la vista mirando al estólido Butch Leary. No; aquello deba de ser un «bluff» del *repórter*, porque, de lo contrario, Butch Leary no ostentaría aquella placidez de rumiante satisfecho.

*«... engendros. Son los que desde hace varios meses tenían en vilo a la policía, por la serie de extraños atracos realizados y de los que sólo se tenía noticia al hallar el cadáver, generalmente bajo los efectos de un poderoso narcótico, como revelaba la autopsia.*

*«Las deducciones han permitido suponer que se valían de la complicidad de un taxi. Si la víctima elegida no entraba en el taxi, el “Cleveland” se encargaba de seguirla, hasta qué, por un procedimiento u otro, lograban desvalijarla, matándola después con inútil crueldad, que nos demuestra que en vez de tres seres humanos nos hallamos ante tres monstruos...».*

—¿Conque Gus Peeper, eh? —repitió Tony Prescott, herido en su amor propio de *dandy* muy favorecido por sus parejas de baile.

—¿Qué pasa con tanto Gus Peeper? —inquirió Butch Leary.

—Es el que firma este artículo. Como si lo viera: un tipo de éstos sin vergüenza, y que se meten en todo, olisqueando como un sabueso...

*«La matrícula del “Cleveland” es a todas luces falsa. Nada nos revela del verdadero nombre tras el que se oculta, al menos uno de los pistoleros. Pero existe una pista, que me es imposible revelar, y felicito desde estas columnas al sagaz inspector cuya primera investigación se redujo a consultar las listas de los que tenían cuenta corriente en los Bancos donde se iniciaron los atracos*

*especiales, y que entre las horas en que la víctima se presentó presentáronse en cualquiera de los apartados del Banco. Porque es sabido que en todos y cada uno de estos centros, hay una vigilancia especial destinada a los que, sin objeto aparente, permanecen en su interior. Y puedo afirmar que se tiene ya una pista segura, que no es el consabido palabreo de repórter deseoso de que triunfe la justicia.».*

—Tú, Butch, creo que nos han oído —murmuró Tony Prescott nerviosamente, señalando las últimas líneas del artículo.

—¿Eso?... ¡Bah! En cada Banco abriste una cuenta a nombre distinto y ninguno era el de Tony Prescott. Pensé en todo.

Steve Drumond se levantó parsimoniosamente, acercándose a la mesa donde la rubia otoñal acababa de sonreír a su guiño.

—La conozco y no sé de qué, preciosa —argumentó Steve Drumond.

Era la única táctica que conocía para abordar a las mujeres que le gustaban. Y tenía práctica...

—Me llamo Steve. ¿Puedo sentarme?

—¿Por qué no? —dijo la rubia con voz de grave entonación—. Yo me llamo Mae.

—¡Oh, Mae! Eso me recuerda a la West... ¿La ha visto en el cine?

—Sí. Esa rubia gruesa que mueve tanto las caderas.

—Eres su vivo retrató, ángel.

Ella rió y su risa de grave diapasón acabó de enamorar a Steve Drumond.

Tony Prescott frunció la nariz.

—Ya está ese imbécil «matador de damas» galanteando con la jamona que no nos ha quitado el ojo de encima desde que estamos aquí los tres juntos. Este mozo nos va a traer un disgusto.

—También a ti te gustan las mujeres, y él no te lo reprocha.

—Tengo mejor gusto. Y además no doy confianza a ninguna.

—Tampoco lo hace Steve. ¿Tienes ya la manía persecutoria? ¿Crees que esta rubia es una mujer detective? Eso es cosa de películas nada más, y de novelas.

—Los que escriben guiones y novelas son bichos como tú y yo. Lo que imaginan, puede, pues, suceder.

—Eso sí es verdad —reconoció Butch Leary, pensando en la escena «made in Hollywood», en que Georges Raft y Paul Muni derribaban a tiros desde un coche a varios policías—. ¡Eh, tú, Steve! —interpeló gritando—. Trae acá a tu pareja. La invito yo.

Mae Randall demostró que sabía que se parecía a Mae West, no ya porque se maquillase como ella, sino porque andaba idénticamente que la rubia vampiresa que había hecho soñar Edenes a los adolescentes yanquis.

—Se llama Mae... y es un encanto —aclaró a modo de presentación Steve Drumond.

—¿Mae? —rezongó Tony Prescott—. Falso.

—Es gracioso tu amigo —comentó sin inmutarse la otoñal, sentándose entre Leary y Drumond—. ¿Por qué no puedo llamarme Mae?

—Nombre de guerra. Tú no te llamas Mae, porque... me da esa corazonada, y porque eres una copia de la gorda de Hollywood.

—Adivinaste, moreno —rió ella—. Me llamo Mary, pero es tan vulgar que lo he transformado en Mae. Mae Randall.

Y al terminar de hablar, su índice se apoyó en el artículo firmado por Gus Peeper.

—Interesante reportaje, ¿no? —preguntó mirando a Tony Prescott.

Tony Prescott rectificó el nudo de su corbata.

—No está mal del todo —admitió intranquilo.

—Este Gus Peeper viene a veces al «Gaiety», donde yo voy mucho. Me gusta alternar con quien me es simpático.

—A mí me importa muy poco que conozcas a ese Gus Peeper y que vayas al «Gaiety». Te ha elegido Steve. ¡Allá él con tus kilos!

—No seas grosero —reprochó Steve Drumond con los ojos entornados—. Este ángel no nos conoce a fondo, y puede tomarnos por sujetos sin modales.

—Os conozco bien... a los tres... —dijo ella con tranquila entonación mientras encendía un cigarrillo—. No mires a tu alrededor, Tony Prescott. Yo vengo a ofreceros lo que buscáis: un refugio seguro y dinero a montones.

Butch Leary, semejaba una lechuza excitada. Steve Drumond rió

silenciosamente..., mortalmente deseoso de estrangular a la jamona. Tony Prescott acarició el bigote con su meñique.

—¿Cuántas copas has bebido, Mae Randall?

—Ninguna. Un plato de crema y un batido de fresa. Éste lo ha pagado —y su gordezuela diestra señaló a Steve Drumond—. Hay un hombre inteligente a quien ha gustado vuestro procedimiento de atracar. Ya no lo podéis repetir, porque os cogerían... La policía dará pronto con vosotros. Este hombre me ha llamado esta tarde y me ha dicho: «Mae, díles a los tres muchachos que vengan contigo a verme. Hablaremos, y Nueva York nos hará ricos». Y aquí estoy.

—Lista, lista la moza —murmuró entre diente Tony Prescott—. ¿Escribes novelas? Lárgate, pelmaza, si no quieres que te dé con el vaso en la boca.

Los pintados y gruesos labios de Mae Randall se arrugaron en mohín sonriente.

—No soy manca, Tony Prescott. Hombres más enteros que tú quisieron pegarme... y los mandé al hospital...

Steve Drumond rió silenciosamente... Le gustaba aquella mujer.

—¿Quién es tu amigo y dónde vive? —preguntó Butch Leary.

Meditaba que fingiendo acompañar a aquella mujer que sabía demasiado, podría quitarla de en medio, y asunto terminado. Pero dentro de Manhattan resultaría comprometido.

—Antes, dinos: ¿cómo sabes mi nombre y hablas de cosas que no deberías saber? —preguntó Tony Prescott, que pensaba en lo mismo que Butch Leary.

—Mi amigo necesitaba varios hombres decididos a todo. Yo fui de *cabaret* en *cabaret*. Todos tenían defectos, pero el más importante era que a ninguno le esperaba la silla eléctrica. A vosotros, sí, y por ello, tengo la seguridad de que no vacilaréis ante nada. Lo habéis demostrado.

Tony Prescott dio un golpe encima del periódico doblado.

—¿Y por qué nos relacionas con este cuento de Gus Peeper?

—Porque yo soy muy observadora, y sois tres tipos inconfundibles. Os vi una vez en el «Gaiety» a los tres. Pero no pensé que fuerais otra cosa que vulgares raterillos, o tratantes de ganado, o bailarines profesionales. Tú, Tony, el bailarín; tú, Steve, un raterillo; y tú, Butch, un tratante de ganado. Una corista me dio vuestros nombres. Tengo, buena memoria. Esta mañana, al pasar

frente al «South Colonial», te vi a ti, Tony, detenido en el umbral. A Steve, al volante de un *taxi*. Y a Butch, tras el *taxi* en un «Cleveland». Ya basta, ¿no?

—Sí. Basta —y Tony Prescott tendió su diestra—. ¿Amigos?

—Lo intentaremos. ¿Vamos?

—¿A dónde? —murmuró Steve Drumond bizqueando más que nunca.

—A la casa de campo de mi amigo. Os espera.

—¿A pie?

—Telefonaré y vendrá un coche. Entra conmigo en la cabina, Tony, si desconfías.

Pero la que desconfiaba debía de ser ella, pues, al llegar un «Buick» limousine, conducido por un chófer japonés, dijo:

—Tú conduces, Steve, y tú, Tony, te sientas entre él y Butch Leary. Me convence más ocupar los asientos posteriores.

—¿Y el macaco ese? —Tony Prescott señaló al japonés.

—Me hará compañía detrás. Sois buenos chicos... Matáis como quien se corta las uñas de los pies. Por eso os necesita mi amigo... pero también me necesita a mí...

Los tres pistoleros intercambiaron, miradas... Al final, Butch Leary se encogió de hombros.

—«Okey».

Y subió al volante del «Buick».

Mae Randall le guiñó amistosamente a Steve Drumond. El ex matarife ocupó el lugar junto a Butch Leary.

Tony Prescott miró la faz siniestra del pequeño japonés, cuyo labio superior se retorció como si oliera algo nauseabundo.

—Este macaco tiene cara de asesino —dijo Tony Prescott, con sincero convencimiento.

—Lo es. Pero no te iguala, Tony. No tengas celos de él... Creo que tan sólo ha matado una vez, ¿verdad, Tamura?

—El poeta dice: «La virgen llora la primera lágrima con dolor, la segunda con placer» —recitó el japonés.

—Es un chico culto —aclaró Mae Randall—. Ha estudiado en una Universidad de Filadelfia. ¿Subes, o no, Tony?

—Este macaco que vaya a pie. No me fío de él, y no quiero tenerle a mis espaldas.

—¿Oyes, Tamura? *Mr.* Tony Prescott manifiesta odios raciales.

Vete por otro camino. Hasta luego.

La mujer subió mientras el japonés se alejaba por la acera. Mae Randall ocupó el asiento posterior y Tony Prescott se sentó junto a ella.

—Me da no sé qué el obedecer a una hembra —silbó más que habló el *dandy*—. Podemos partir, Butch: ella te dirá dónde.

La mano de Tony Prescott se deslizó entre las solapas de su americana cruzada.

Mae Randall agitó su bolso abierto que se sostenía rígido.

—No dispararé si apartas tu mano, Tony. Eso es. Buenos amigos. A la carretera del Norte, Butch. Ya te avisaré dónde deberás parar.

Steve Drumond murmuró, mientras el coche arrancaba:

—Tiene ángel... Tiene ángel... —Y miró amorosamente a la opulenta mujer, que conservaba el bolso abierto, mientras Tony Prescott, con las dos manos rodeando su rodilla, fingía contemplar las aceras.

## CAPÍTULO II

### «¡Segundos, fuera!»

La velada de lucha libre ofrecía un aliciente bien acogido, como lo demostraba la afición que acudía en masa a llenar los ámbitos del «Catch Palace», la nueva sala de deportes, inaugurada con gran éxito a principios de octubre.

Gus Peeper acudía, no porque la lucha libre le encantase, sino porque estaba enfermo el periodista encargado de la reseña deportiva. Y se sentó en la primera fila de *ring*, dispuesto a aburrirse.

Quién viese a Gus Peeper, aunque no sintiera la manía de comparar los grandes parecidos con muchas personas ofrecen con la fauna animal inferior, no podría menos de recordar a una liebre asustada.

Las gafas arcaicas, de montura de metal, resbalaban continuamente por el largo arco nasal, y dejaban sin su ayuda a los ojos tímidos y azules del periodista Gus Peeper.

No pesaba más allá de los cincuenta kilos, y era, una miniatura de hombre, apocado y balbuciente al menor sintonía de hostilidad de quien le replicara secamente.

—¡Segundos, fuera! —ordenó la voz del cronometrador.

En el *ring*, los pesos ligeros se observaron durante unos instantes, andando lateralmente. De pronto, uno de ellos se distendió como un muelle bien engrasado y se abrazó animosamente a su adversario, doblándole la cintura, y apoyando en el pecho la barbilla...

Al oír el crujido de los músculos, Gus Peeper cerró los ojos, asqueado. Los volvió a abrir al oír un grito femenino a su lado:

—¡Duro, Jim!. ¡Rómpele el cuello!

Gus Peeper recogió sus lentes, que resbalaban, y miró reprobador al cromo que parecía arrancado de una hoja de revista cinematográfica. Una rubita de cara de muñeca, y rubia melena sedosa...

Junto a ella, un individuo impecablemente vestido, de risueños ojos azules y rostro de intelectual, aunque, de mandíbula decidida, bostezaba delicadamente.

La rubita palmoteó vigorosamente mientras sacaban del *ring* a uno de los luchadores, en brazos de sus segundos...

—Ha quedado hecho papilla, patrón —aclaró la rubita—. Y, ¡diablos!, se lo tenía bien ganado. Es el que, siendo tendero y casado, dijo a mi amiga Ruth que era millonario, soltero y que luchaba por deporte. ¡Toma deporte, bandido!

—La solidaridad femenina es encantadora, «*Baby*», y no necesitas demostrarla con berreos. Perdón..., ya me has contagiado tu estilo. Quiero decir que no debes gritar.

—Me convencía más «berrear», patrón. Hable de vez en cuando a gusto, y verá qué bien se queda después. Es como fumarse un pitillo después de un tazón de leche con *brandy*.

Gus Peeper elevó la vista al cielo. Una representante más de la generación femenina moderna. Bajó la vista al notar la mirada que le dedicaba «*Baby*».

—¿Se siente enfermo? —preguntó ella solícita.

—No... es que... el espectáculo deprime mis nervios... ya comprenderá, no sé... es raro...

«*Baby*» arqueó las cejas y reprimió una exclamación de sorpresa al observar en el ojal de la solapa de Gus Peeper el distintivo de «Prensa».

—¿Es usted periodista?

—Sí. Me llamo Gus Peeper. ¡Oh!, pero... no... yo no soy el deportista... quiero decir el cronista... está enfermo...

—Ya. Y usted será su amigo de la infancia, ¿no?

—Escribo los reportajes sensacionales, la sección de crímenes.

—¡Diablos! Comprendo... Y mientras entretiene a los *gangsters*, la policía tiene tiempo sobrado de acudir. Su manera de hablar es un estilo nuevo en la historia del papel impreso. Patrón, le presento al señor Gus Peeper, el as de la prensa dinámica y elocuente. El

señor Lord King, mi jefe. Yo soy Joan Telma, pero es más rápido «Baby», ¿sabe?

Gus Peeper musitó aturdido algunas palabras convencionales. Pensaba que aquella chica serviría para entrevistar. Entrevistar, la pesadilla de Gus Peeper. Y tenía que hacerlo al qué venciera en el combate estelar.

Miró con temor el programa:

«Veintitrés cuarenta:

*SENSACIONAL PRESENTACION*

*Lefty Longleg  
El Zurdo Zanquillargo  
104 kilos, 1,97 metros  
Ex campeón del litoral del Pacífico*

*Contra*

*“Chic” Drumond  
El Matarife de Chicago.  
120 kilos, 1.98 metros  
Finalista del torneo Cinturón de Oro»*

Gus Peeper hizo un rápido cálculo mental. Entre un bruto pesando 120 kilos y otro con dieciséis menos, prefería entrevistar al último.

Pero cuando «Chic» Drumond saltó al *ring*, Gus Peeper perdió toda esperanza de salir ganador por aquella diferencia de peso.

Aquel gorila tenía que aplastar a quien tuviera la osadía de colocarse enfrente de él...

«Chic» Drumond era un ejemplar perfectamente logrado para el estudioso que quisiera formarse una idea exacta de cómo fue el hombre de las cavernas cuando, alzando las dos patas delanteras se dispuso a andar enderezando el espinazo.

Patentizaba la bestialidad, no y tan solo, por su frente estrecha y el brillo malévolos de sus ojillos hundidos, sino también por la abundancia de negro vello espeso que cubría su tórax y sus piernas.

—¡«Chic» Drumond! —chilló el locutor—. ¡La Fiera Demoledora!

¡El Zarpazo Pavoroso! El hombre que empezó su entrenamiento allá, en Chicago, abatiendo bueyes a puñetazos...

Achaparrado, con el cuello casi oculto entre los voluminosos hombros, «Chic» Drumond daba la sensación óptica de un macizo orangután.

«Baby» tocó en el antebrazo a Lord King.

—Da asquito ese muchacho, patrón. Si le echo cacahuetes se rascaré el sobaco —y volviendo el rostro a la derecha, añadió—: La Prensa tiene la palabra. ¿Es el troglodita ese el favorito en sus pronósticos?

Gus Peeper suspiró resignadamente.

—Debo entrevistar al que gane; señorita. Quedan muy cansados al terminar, casi agotados, ¿verdad?

—Son todo fachada —le tranquilizó «Baby»—. Pelean porque cobran, pero preferirían abrazarse y chismorrear.

Un individuo pelirrojo, envuelto en un albornoz azul de rojas solapas, saltó las cuerdas del *ring* sin tocarlas con las manos. Rebotó elásticamente en la lona y con amplia sonrisa dio varias vueltas en un breve, radio, levantando las dos manos...

—Simpático —comentó «Baby»—. Unas espaldas como para jugar al *tennis* contra ellas y una cintura que cabe en un anillo. ¡Guá! Es una estatua griega de aquellos tiempos en que los caballeros no llevaban ligas ni tirantes...

Lefty Longleg despojado de su albornoz, exhibió una escalofriante musculatura en el torso triangular asentado sobre estrechas caderas y largas piernas esbeltas, musculatura que, aun siendo aparatosa, resultaba estilizada en comparación con la masa maciza de su contrincante, quien, desde el rincón opuesto, le miraba ceñudamente, dando la sensación de que no tardaría en gruñir...

—¡Lefty Longleg! —presentó el locutor—. ¡El Búfalo con cerebro! ¡El Huracán Científico! Obligó a un adversario suyo a comérsele la oreja —bromeó el locutor, sin saber que se aproximaba bastante a la verdad.

El pabellón auditivo del lado izquierdo brillaba por su ausencia en el rostro jovial de Lefty Longleg, carente de la estupidez característica del atleta súper desarrollado por el ejercicio.

—Hasta sin oreja me resulta guapote —decretó «Baby»—. Le da

un «aquél» de interesante...

—¡Segundos, fuera! —anunció el cronometrador.

Sonó el *gong* y el brusco silencio pareció agigantar las dos figuras de los luchadores.

«Chic» Drumond abandonó su esquina adoptando su peculiar guardia de ataque gacha la cabeza, avanzaba el brazo derecho, mientras el izquierdo, doblado, presentaba un puño poco tranquilizador.

Lefty Longleg bailoteó en saltos laterales, e inesperadamente, proyectó horizontalmente los dos pies, en acrobática pirueta, cerrando los tobillos alrededor del cuello de «Chic» Drumond...

La «tijera al cuello» derribó al suelo a ambos luchadores.

«Chic» Drumond ejecutó la contrapresa «barrena» girando sobre su cabeza en rápidos movimientos de rotación, con las piernas por alto, en vertical cuya base era su cabeza aprisionada entre los pies de su contrario, que intentaba separar forzándolos con las manos.

Sentado y apoyado sobre sus codos, Lefty Longleg silbó ruidosamente unos compases de «¿Quién teme al lobo feroz?».

Aquella muestra de buen humor entusiasmó a «Baby», que aplaudió jubilosa:

—¡Duro, Tarzán! —Y en voz baja añadió—: Ése nene me está conquistando sin que se dé cuenta.

Lefty Longleg tuvo que soltar en presa porque las manos de «Chic» Drumond habían logrado abrir el compás estrangulador de sus piernas.

Zafándose, el ex matarife saltó hacia adelante, intentando aplastar a su adversario sentado. El zurdo zanquilargo dio una vuelta sobre sí mismo, resbalando lateralmente, mientras Drumond se abatía con estruendo contra la lona, pero levantando sus dos piernas como un mulo encolerizado, asestó un doble puntapié al pecho de Longleg, que, ya de pie, intentaba aferrarle por la espalda.

Al impulso del feroz taconazo, el pelirrojo cayó cuan largo era.

El público, caldeado por el ardor combativo de los dos luchadores, coreó con gritos inarticulados la brutal acometida con que el de Chicago se dejaba caer desde lo alto sobre su caído contrincante, que al intentar ladearse quedó de bruces contra la lona.

Y sentándose en los riñones de Longleg, Drumond aplicó una de

las presas más dolorosas del «catch» sincero: Forzó hacia atrás las piernas de Longleg, manteniéndole los tobillos bajo sus sobacos.

Con el rostro adherido a la lona, el zurdo zanquilargo pegó sonoras palmadas en el suelo, manifestando ostensiblemente con ello que la torsión antinatural impuesta a su columna vertebral distaba mucho de ser de su agrado.

Afianzado sobré sus tacones reciamente ahincados en el suelo, y sirviéndose de la palanca que Longleg le proporcionaba, muy en contra de sus deseos, el de Chicago arqueábase lentamente hacia atrás, como si pretendiera lograr que los tacones de Longleg tomaran contacto, con su propia nuca.

Lefty Longleg, apoyándose en las manos, intentó la única y posible contrapresa, también dolorosísima, arqueando la espalda en sentido contrario al peso de Drumond, para, empujando con los pies, lograr que «Chic» Drumond saliera despedido hacia delante.

Pero «Chic» Drumond se aferraba tenazmente a su victoriosa posición, tanto, que al sonar el *gong* el de Chicago no soltó su llave y, deslealmente continuó torturando a su adversario.

—¡Péguele un tiro! —aulló Longleg enfurecido.

Los segundos del de Chicago saltaron al *ring* y, aunque con esfuerzos, lograron arrancar a su pupilo, obligándole a levantarse.

Lefty Longleg quedóse unos instantes jadeando, de cara contra la lona. Se arrodilló primero que levantarse, palpándose amorosamente los muslos doloridos.

Al ponerse en pie, dobló el codo como si fuera a pegarle un manotazo en revés a su contrincante, que, en la esquina gargarizaba con buches de agua.

Longleg fue a flexionar las piernas entumecidas en su rincón, asido de las cuerdas mientras aplausos, gritos y silbidos creaban una cacofonía ululante.

—¡Esto es un espectáculo salvaje! —exclamó de pronto Gus Peeper frotando nerviosamente los cristales de sus gafas—. ¡Deberían prohibir esta lucha atentatoria a las premisas de nuestra civilización!

«Baby» le sonrió. El incongruente periodista le inspiraba un extraño sentimiento maternal de protección. Y desde la altura de sus veintidós primaveras, se apiadó de los cuarenta otoños mustios y débiles de Gus Peeper.

—Cuando se emociona, se pone usted elocuente. No lo tome en serio, *repórter*. Usted escribe a máquina porque está acostumbrado. Esos muchachos se sacuden tortazos como quien escribe a máquina y después se quedan tan frescos y van a tomarse un trago juntos.

Lefty Longleg, habitualmente; «pacífico» y caballeroso, no transigía con el «juego sucio».

Miró a su adversario y como el maestro que riñe a un niño, movió rápidamente la mano izquierda abierta...

Y al sonar el *gong* avanzó en torbellino, gritando:

—¡A la zurra en la, selva gorila!

El estiló original del pelirrojo desencadenó en el público oleadas chillonas de aprobación...

«Chic» Drumond retrocedió lanzándose de espaldas contra las cuerdas y aprovechando el «guitarreo» del impulso, proyectóse como un toro que embiste, baja la cabeza...

Lefty Longleg brincó de costado y su antebrazo izquierdo, musculada columna chocó violentamente contra la mandíbula del proyectil humano, levantándole la cabeza.

«Chic» Drumond subió hacia arriba trazando un arco: antes de que cayera al suelo, Lefty Longleg le Asió por las muñecas, llevándoselas a la espalda y al chocar las rodillas y el rostro del de Chicago contra la lona, Lefty Longleg tenía ya apoyada, entre los omoplatos de Drumond, la suela de su zapatilla tobillera.

Elevando rectamente los dos brazos de Drumond que mantenía cogidos por ambas muñecas, los atrajo hacia su pecho...

El pie de Longleg empujaba sañudamente, como si quisiera incrustar en la lona el rostro de su adversario.

Había logrado ejecutar la presa más difícil y dolorosa del copioso surtido de llaves del «catch». La violentada posición de «Chic» Drumond, era de las que no tenían contrapresa. Sus brazos sujetos en fuerte torsión, amenazaban fracturarle las clavículas.

El ex matarife chilló roncamente:

—¡Suelta! ¡Suelta!

El pie de Longleg se levantó y abatió por tres veces consecutivas, haciendo resonar huecamente el cráneo de Drumond contra el tablado y de pronto Longleg bajó los brazos, adhiriéndole las muñecas a sus propios costados.

Los volvió a levantar tan bruscamente, que el ex matarife aulló.

Soltóle un brazo el pelirrojo y rodeándole con las dos manos la muñeca, empezó a girar vertiginosamente, sobre la punta de los pies.

El cuerpo dé «Chic» Drumond fue girando a modo de hélice, en torbellino horizontal, cuyo eje era Longleg.

Y con un grito de aviso, el zurdo zanquilargo levantó a lo alto sus dos manos desnudas.

Raudo como una saeta lanzada por catapulta, «Chic» Drumond atravesó las cuerdas y fue a aterrizar ruidosamente en la segunda fila de butacas donde, levantándose con precipitación, los espectadores amenazados habían dejado un prudente vacío.

Las vueltas habían mareado al luchador de Chicago, que quedó doblado entre los restos de dos sillas rotas.

Lefty Longleg, apoyado en las cuerdas, fue calmándose...

El árbitro contó a gritos. Una tempestad de aplausos acogió el «K. O.» absoluto de «Chic» Drumond. Su primera derrota después de muchos combates en los que se había creado una aureola de antipatía en el público y de temor entre sus contrincantes.

Estallaron los focos de magnesio y Lefty Longleg alzadas las manos bailoteó ágilmente, saludando a los que le aclamaban.

—¡Se ha metido a todo el mundo en el bolsillo del abrigo! —comentó «Baby» apaciguada la excitación con que había seguido las últimas fases del combate.

Su comentario hizo estremecer a Gus Peeper, que creyó ver un símbolo amenazador en el bolsillo del gigante que acababa de ganar.

Lefty Longleg acercóse a su contrincante que había sido transportado sin sentido al *ring* por sus cuidadores.

—¿Nada roto? —inquirió el pelirrojo, y dio un cachete amistoso en la mejilla del inconsciente Drumond—. Decidle, cuando despierte, que me hizo daño en el primer asalto... y me acaloré.

Gus Peeper se puso en pie para cumplir su misión, con el mismo ánimo que el condenado a muerte se dispone a ir hacia el patíbulo.

Tosió vacilante.

—¡Hem!... Esto... señorita. ¿Le gustaría ver de cerca al vencedor? Para autógrafo... sabe...

«Baby» interrogó con la mirada a Lord King.

—¿Puedo ir, patrón?

—Bien. Te espero en el «Rexy».

Cuando caminaban, hacia los camerinos, Gus Peeper decidió franquearse.

—Soy un cobarde, señorita. Cualquier cosa me asusta. Me da la sensación de que soy indiscreto al hacer preguntas a señores que no me conocen...

—¡Diablos! ¿Por qué eligió entonces la profesión de *repórter*? Con esas ideas tan personalísimas sobre la discreción, ¿cómo es que su redactor-jefe no le ha arrojado al cesto de los papeles?

—Porque mi manera de escribir es ruda... Sí; atacante... Pero yo sólo arreglaba lo que otros periodistas habían preguntado, o los breves informes que traían... Y el Redactor-jefe quiere que yo mismo adquiriera en persona el material, porque mi firma es ya conocida —dijo Gus Peeper como excusándose.

En la puerta del camerino del reciente vencedor «*Baby*» ofreció espontáneamente su ayuda:

—¿Pregunto yo? A mí no me dieron eso de la discreción cuando nací.

Peeper aceptó radiante de satisfacción. La insignia de «Prensa» en su solapa, le franqueó la entrada.

En un cajón vertical de cristales, de donde brotaba el ruido de chorros de agua, formando un vaho de vapor que empañaba los cristales, Lefty Longleg estaba duchándose.

—¡Prensa! —saludó «*Baby*». ¡El gran Gus Peeper a la escucha, campeón! ¿Cuál es su opinión del público de Nueva York?

Cerrando los grifos, Lefty Longleg asomó la mojada cabeza por encima del reborde, mientras borrosamente, se distinguían los movimientos de su anatomía al secarse con vigor.

—¿Gus Peeper? ¿Es usted, hermana?

—No. Es ése —dijo «*Baby*» señalando al cohibido *repórter*—. Pero él es quien escribe y yo quien pregunta. Vamos; algo así como su segundo. Él aporrea la máquina y yo engraso las teclas. ¿Qué tal el público?

—Tan simpático como usted, hermana.

El lápiz de Gus Peeper anotó fielmente el diálogo, menos el «hermana», que sustituyó por el mismo término en género masculino.

—¿Con qué le alimentaron de niño, Lefty? —Siguió «*Baby*»

preguntando.

—Con papillas de cemento y sopas de nitroglicerina —sonrió el pelirrojo—. Coloque las marcas que quiera y se ganará un «plus» por propaganda. Écheme aquella bata, ¿quiere monada?

«Baby» obedeció arrojando al cajón encristalado la bata que el poderoso brazo desnudo le señalaba y que asió luego al vuelo.

La palabra «monada» inmovilizó el lápiz de Gus Peeper, poniéndole en un aprieto. Escribió cómo equivalente la palabra «compadre».

—Usted es un guasón, Tarzán. Pero me gusta. Yo soy así: cantó de plano las verdades. Cante usted ahora la razón por la que le falta la oreja izquierda.

—Se la regalé a Frank Sinatra en prueba de admiración, para que se adornara con ella la solapa. Así, por donde va, le escucho.

Y Lefty Longleg salió de su encajonamiento ya enfundado en la bata.

«Baby» y Gus Peeper semejaron repentinamente dos pigmeos.

—Es la voz de la Prensa la que le interroga, mocito —dijo «Baby» severamente—. Conteste con seriedad.

—No se oponga... a la forma de hablar... de *míster* Longleg —balbuceó Gus Peeper—. Tiene más sabor...

Un individuo entró corriendo en el camerino. Vestía el blanco jersey de los cuidadores.

—Te has «cargado» a «Chic», pelirrojo —anunció—. Por más que le pincha el médico, no vuelve en sí.

Lefty Longleg salió en tromba. Tras él fueron corriendo «Baby» y Gus Peeper, sujetándose las gafas que se le resbalaban.

«Chic» Drumond, tendido encima de la mesa de masaje, en el camerino anexo, no reaccionaba pese a las enérgicas frotaciones del médico.

—Le he inyectado varios revulsivos —dijo el médico hablándole a Longleg—. Pero tiene un «*shock*» traumático con síntomas de conmoción visceral aguda.

Lefty Longleg acarició sinceramente apenado, el peludo cráneo de «Chic» Drumond.

—Mala suerte, «Chic». También... —Y se indignó— ¿por qué ese estúpido, que un gato viejo, fue a caer como un novato?

«Chic» Drumond entreabrió los labios...

—Steve... —murmuró—. Steve... mávalo...

Gus Peeper parpadeó atemorizado. Escribía truculencias, pero nunca las había vivido en su plácida existencia.

—Delira —aclaró el médico inútilmente.

Volvieron a moverse los labios de «Chic» Drumond.

—En su *taxi*, Steve... Éter... Si tú no, yo... le mataré.

Lefty Longleg inclinóse sobre el que deliraba.

—Despierta, «Chic». Nos tienes intranquilos, hombre.

—Ése... ése —bisbiseó Drumond—. Ese que habla... ¡matadlo!

Steve y tú, Butch... *Taxi*...

—No sabe lo que se dice —sonrió Lefty Longleg—. Pero ya se me pasó el susto. Tenemos hombre, ¿no, matasanos?

El médico asintió, a cabezadas, mientras masajeaba expertamente las sienes del de Chicago.

Lefty Longleg salió al pasillo. «*Baby*», seguida por Gus Peeper, le tiró del cordón de la bata, echando hacia atrás la cabeza para mirar al luchador.

—Con un palmo menos estaría Usted más a mi nivel. Sigamos en nuestra labor.

—Mañana, mónada —dijo Longleg—. Ahora me voy a la cama. Les espero mañana a las diez y les prometo la exclusiva para cuantos artículos quieran inventar a mis costillas. Estaré en el «Byron», desayunándome. *Abur*.

—¡Hey! —exclamó «*Baby*», sin soltarle del cordón—. ¿Se dio cuenta o no de que el gorila, dijo: «Ese que habla, matadlo»? ¿Y se dio cuenta o no de que ese de, quien hablaba era usted, buen mozo?

—¡Bah! ¡Bobadas de «Chic»! También pedía un *taxi* y éter. Hasta mañana.

«*Baby*» ondeó la mano. Y Peeper la imitó aunque con menos prodigalidad.

—¿Sirvo o no para *repórter*, Peeper?

—Es usted un portento, señorita. ¡Ojalá... tuviera yo su Habla... y su figura!

—Estudiaré si me conviene el cambió, pero abandone toda esperanza.

El *repórter* dilató repentinamente los ojos hasta el máximo, abriendo y cerrando los párpados como un pez fuera del agua.

«*Baby*» le observó recelosamente.

—Oiga, *repórter* de pega. ¿Está usted practicando una cura facial de belleza del Instituto Elisabeth Arden? Mastica aire como si fuera hierba verde y jugosa.

—¡Una pista! ¡Una pista! —clamó Gus Peeper excitado, y sus lentes fueron a ocupar el extremo de su nariz.

—Lo que me temía. La mención de la hierba le recuerda la pista y se dispone a galopar. ¡«Gus-Gus»! Calma, que lleva aún zapatos y no herraduras.

Gus Peeper cogió del brazo a «*Baby*» nerviosamente.

—Sígueme en silencio. Hay, peligro... No deben oírnos... Vámonos fuera...

«*Baby*» se dejó llevar sin gran temor. Al fin y al cabo, si Gus Peeper había enloquecido de pronto, no era un temible adversario.

Ya en la acera, Gus Peeper siguió andando, ensimismado, como un autómatas, arrastrando por el brazo a «*Baby*».

—¿Dónde me lleva, diablos? ¿Vamos a entrevistar al caballo ganador? Me espera mi patrón en el «*Rexy*».

—Vamos al «*Rexy*» —dijo Peeper con la decisión de un sonámbulo.

Y no despertó de sus reflexiones hasta hallarse frente a la mesita del «*Rexy*» el *club* nocturno, donde ya «*Baby*» se había sentado junto a Lord King.

—Le han dicho que se siente, *repórter* —remachó «*Baby*» a la invitación del cortés y risueño Lord King.

Gus Peeper sentóse y adoptó un aire de conspirador, mirando en torno suyo.

Mesitas ocupadas por distinguidos elementos del «todo New-York

». Suave música y luces tamizadas... Nada alarmante.

—Usted no ha oído nada, señorita —murmuró—. Usted no sabe nada... Le va en ello quizás la vida...

—¡Veamos, veamos, *repórter*... del demonio! —Silabeó «*Baby*» irritada—. Antes boqueó como un caimán gafudo y habló de una pista que quién sabe lo que será. Y ahora... ¿le parece bonito intentar asustarme?

—Es trágico que por su bondad, señorita, al ayudarme a entrevistar al luchador, se haya visto usted precisada a escuchar palabras que al yo tener que citarlas en mi artículo, pueden

acarrearle un disgusto sangriento, ya qué si la policía insiste, tendré que citarla como testigo.

«*Baby*» miró interrogativamente a Lord King.

—Nos lo ha soltado todo de carretilla, patrón; y usted, que es un talento, sea sincero: ¡Cien contra uno a que no ha entendido nada de nada! Esa liebre con lentes, ¿qué se le antoja que es? ¿Un guasón de *repórter*? ¿O un jergológico tartamudeante?

—Permíteme una sugerencia, «*Baby*» —insinuó Lord King, sin interés ninguno, sino por cortesía hacia el periodista al que quería evitar las «expansiones» verbales de su secretaria—. Deja que el señor Peeper hable, ya que has tenido la familiaridad de dirigirle la palabra, en el «catcher». Seguramente el señor Peeper tendrá la bondad de explicarnos con más claridad y coherencia los razonados motivos que le hacen suponer que se desprende un peligro dimanante de tu breve ausencia.

Gus Peeper rebuscó en el bolsillo interior de su larga chaqueta de corte anticuado. Un hondo bolsillo del que, como un prestidigitador, extrajo varios objetos: tiras de papel en blanco, galeradas, un afila lápices en forma de cañoncito, varias revistas «*Detective*», y, al fin, un periódico que depositó ante Lord King tecleando sobre las hojas impresas con su lápiz.

—Es el *Herald*, señor King. Lea eso: yo lo he escrito.

«*Baby*» ojeó los titulares.

—¿Los pistoleros que han matado a seis policías? Leído... Mi lectura favorita es la de cosas sangrientas.

—También yo lo he leído, señor Peeper. Le felicito; posee, usted un estilo conciso, vigoroso y sincero.

—Toda mi ilusión es colaborar con la policía en la detención de esos infames asesinos... —empezó a decir Gus Peeper.

Le interrumpió una risita burlona de «*Baby*»:

—¡Brrr, qué miedo! Gus Peeper ataca a cañonazo limpio a las huestes del Mal...

—Ya sé que soy un cobarde —dijo, el aludido con apocamiento—. Pero tengo una pista y aunque me cueste la vida, voy a seguirla a mi riesgo.

—¿Qué pista, qué riesgo y qué vidas? —inquirió «*Baby*» irritada de nuevo.

—«*Chic*» Drumond ha citado un *taxi*, éter y la palabra matar,

añadiendo dos nombres: Steve y Butch —y bajando la voz explicó Peeper—: El *taxi* en que se efectuaban los atracos ha sido hallado abandonado. Tenía dos dispositivos: uno que cerraba herméticamente todas las juntas del chasis ocupado por el cliente y otro que vaporizaba éter en cantidad suficiente para anestesiarle. Tengo, pues, que saber quiénes son Steve y Butch. Y «Chic» Drumond me lo dirá.

El periodista levantóse decidido.

—¿Va a meterle mano a «Chic»? —preguntó «Baby» admirada.

—Voy... a dormir. Pero mañana... hablaré con «Chic» Drumond... después que usted y yo nos veamos con *míster* Longleg. Buenas noches, señor King. Buenas noches, señorita y muchas gracias.

—Las que tiene usted —sonrió «Baby»—. Oiga, patrón: esté bicho raro que se ya, ¿es un aficionado a descubrir misterios donde no los hay?

—No tiene el aspecto de un hombre de acción, pero las apariencias engañan.

—¡Y que lo diga! —exclamó «Baby» pensando en «Audax».

—Me refería al asesino Dillinger, que poseía una gran semejanza con un maestro de escuela raquíutico, y mató a cerca de un centenar de personas... ¿Bailamos?

«Baby» olvidóse de Lefty Longleg, de Gus Peeper, y de todo... entre los brazos del hombre al que amaba secretamente.

## CAPÍTULO III

### Cajas de ébano

El «Buick» avanzaba por la carretera del Norte, que se encontraba desierta, a no ser por la presencia, a trechos, de algún que otro coche que se cruzaba con el que pilotaba Butch Leary.

Tony Prescott había mirado varias veces, durante el largo trayecto, el bolso de Mae Randall. El bolso estaba en el regazo de la madura belleza, pero la rigidez de la pistola que contenía, apuntaba inflexiblemente al costado de Tony Prescott.

—¿No dices que tu amigo nos necesita? —preguntó Prescott.

—No os necesita. Piensa proponeros mi buen negocio, que no es lo mismo —replicó ella—. ¿Y a qué obedece tu pregunta?

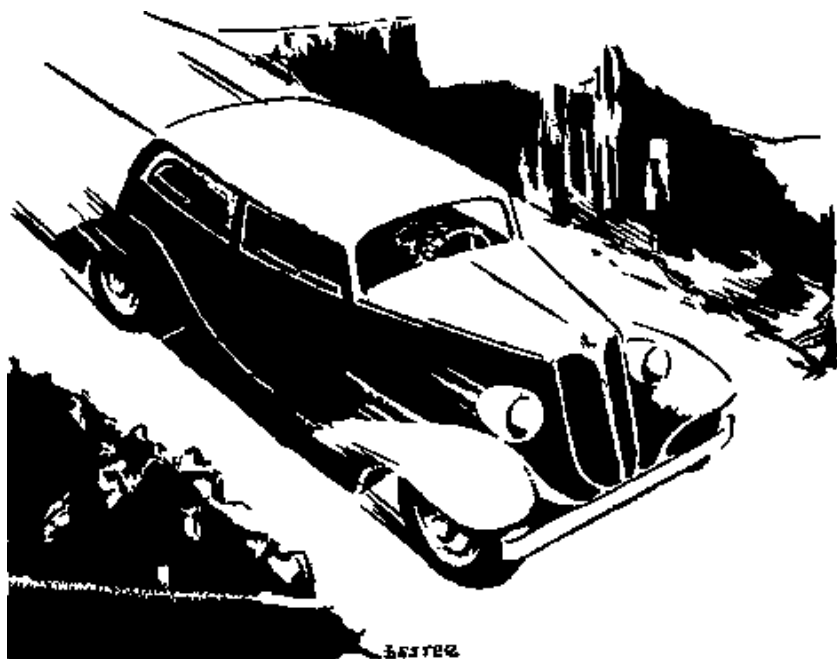
—Entre futuros socios, no deben existir desconfianzas —y Tony Prescott designó el bolso con la barbilla.

—Aún no somos asociados, Tony —dijo ella—. Y si te he elegido con tus dos amigos, es porque no vaciláis en asesinar a quien os importune. Escucha, Tony; tengo cuarenta años. Si te pareció que poseo la mentalidad de una niña imprudente al ir a sentarme entre vosotros tres para deciros que sabía quiénes erais, comprendo que podrías sentir la tentación de cerrarme la boca para siempre. Y sería un gran error: por eso te vigilo... en propio interés, hasta que hayas oído a mi amigo. Tengo la seguridad de que aceptarás su oferta... pero quiero llegar viva.

—Somos tres —dijo Tony Prescott secamente—. Estás sola con nosotros.

—Lo cual prueba que no os llevo a ninguna trampa. Pero no te envalentones, Tony. Sola, como estoy ahora, estuve también cuando

sitieron el hotel de Nueva Orleans, donde la policía puso cerco para atrapar a Gallagher. Dejaron salir a todo el mundo... Gallagher mató a cuatro polizontes, pero le dejaron acribillado... Y me quedé sola. Conseguí huir.



*...el "Buick" avanzaba por la carretera...*

—¿Qué, hacías tú en el hotel?

—Gallagher era mi amigo.

—Tiene ángel —repitió Steve Drumond.

—Lo que tiene y ha tenido son muchos amigos —masculló Tony Prescott.

—A cuya lista pienso añadirlos —comentó ella.

Butch Leary atento a la zona, de carretera que los faros iluminaban, rió mientras decía sin volver la cabeza:

—«O-key», Mae. Eres una chica valiente; hay que reconocerlo. Y lista. Yo no te creo capaz de la tontería de tender una trampa a gentes que, como nosotros, somos de tu clase.

—Tú y Steve confiáis en mal, por dos razones: porque tiene pico, Butch, y porque te ha engatusado, Steve. Pero yo, soy más duro de

pelar. Ha dicho qué vamos a una casa de campo. ¿Y si allá nos espera una nube de polizontes?

—Te creía más listo, Tony —dijo ella desdeñosa—. Sólo sirves para matar, pero no para reflexionar. ¿No veis ninguno de los tres que hay un motivo muy evidente que os demuestra que no os llevo a una encerrona? Sabiendo quienes eráis, me hubiese bastado con avisar a la policía y hubiesen acordonado el «Manhattan Pal» sin escape para vosotros.

—Eso es —aprobó Steve Drumond.

Butch Leary se reservó su opinión, y Tony Prescott silbó entre dientes, sin contestar.

—Puede ser que sí y puede ser qué no —dijo al fin—. A los polizontes no les gusta atacar donde hay aglomeración de gente, porque caen algunos de los que nada tienen que ver con el tiroteo, y luego la Prensa se echa encima de la

B. I. C.

[2]

—Preví todas estas sospechas, amigos —declaró Mae Randall—. Y es mejor que así sea. Tres hombres acosados por la policía del Estado, hacen bien en desconfiar. El primer sendero a la derecha, Butch.

Butch Leary torció el volante. El sendero indicado era una oscura alameda sin luces...

Mae Randall encendió la bombilla interior apenas, entraron en la derivación particular, a ambos lados de la que se alzaban densos setos.

—Al final hay una verja. Estará abierta. Entra en el jardín con el coche, Butch. Y detenlo delante de la puerta posterior de la casa que verás.

Al extremo del sendero una verja se abría a un jardín inglés iluminado tenuemente por rojizas linternas.

Cuando el «Buick» llegaba al centro del jardín donde la alameda lindaba con un estanque, varias luces iluminaron profusamente el pórtico de una casa de una sola planta y de arquitectura parecida al estilo de los «Cottage» ingleses, de los que era una agradable imitación.

Al doblar la esquina el «Buick», siempre rodando por la alameda enarenada, otras luces rielaron reflejos, brotando de la fachada

posterior.

—Demasiadas luces —rezongó Tony Prescott.

—Donde brillen luces no se ocultan emboscadas —arguyó Mae Randall.

Butch Leary maniobró la palanca de freno y el «Buick» se detuvo ante la galería cubierta, elevada sobre pequeñas columnas que formaba la vía de acceso a la fachada posterior.

Steve Drumond descendió, pero no se apartó de la protección que el «Buick» le ofrecía contra un posible ataque desde las ventanas de la casa.

Butch Leary le imitó, pero Tony Prescott quedóse en el coche.

—Id a explorar si queréis. Yo me quedo aquí con ella.

Steve Drumond vaciló esperando la decisión de Butch Leary, que examinaba minuciosamente las ventanas a la luz de los arcos voltaicos de la fachada posterior.

—Demuéstrales que me crees, Steve —dijo Mae Randall—. Abre la puerta y espérame en el salón de la derecha.

—¿Y por qué no en el cuarto de la izquierda? —masculló Tony Prescott.

—Bien. En el cuarto de la izquierda —admitió Mae Randall.

Steve Drumond obedeció al movimiento de cabeza, de Butch Leary. Avanzó con la mano diestra en el bolsillo de la chaqueta.

Subió los diez peldaños que le dejaron en la galería y con el pie empujó la única puerta... Se hizo a un lado al quedar abierta de par en par...

Un vestíbulo de rústico mobiliario con abundantes pieles y trofeos de caza, quedó al descubierto.

Steve Drumond se enmarcó en el umbral, recortándose su corpulenta silueta. Desapareció en la parte derecha del vestíbulo...

Instantes después reapareció en el umbral...

—Todo en silencio. Esta casa parece deshabitada. ¿Dónde está tu amigo, Mae?

—Ya os hablará después. Primero entremos, ¿no?

—Tú delante —invitó Tony. Prescott—. Cedo siempre la delantera a las señoras.

—Dame entonces el brazo si eres tan galante —replicó ella.

Butch Leary entró el primero, acompañado de Steve Drumond, con el que recorrió las seis habitaciones que componían la totalidad

de piezas en que se dividía el edificio.

Bien amuebladas, pero vacías de presencia humana. En el salón de la izquierda del vestíbulo, Tony Prescott estaba sentado junto a Mae Randall, en un diván, ambos codo a codo.

Butch Leary arrastró una silla hasta colocarla frente por frente de Mae Randall; Steve Drumond le imitó y se sentaron tomando el respaldo de la silla como punto de apoyo para sus antebrazos.

—«O-key», Mae. Que venga tu amigo y que desembuche.

Butch Leary y Steve Drumond saltaron repentinamente en pie, hundiendo las diestras en el sobaco y en el bolsillo de la chaqueta, respectivamente y dando una brusca media vuelta.

Una voz ronca acababa de saludar:

—Os esperaba, amigos.

Pero el umbral del salón estaba desierto. En la habitación continuaban siendo los mismos: Mae Randall y los tres asesinos.

Tony Prescott señaló con frialdad un rincón del aposento. Encima de una mesita, una caja cuadrada de negro ébano, mostraba en su centro un disco de malla, y dos lamparillas verdosas que acababan de encenderse.

Butch Leary sentóse de nuevo mientras Steve Drumond se acercó al aparato.

—Una amplificadora del sonido —dijo—. Conecta con alguna otra habitación... y ahora recuerdo. Hay un «trasto» de éstos en cada cuarto. Nos escuchan, nos están oyendo.

—Detesto este truco —dijo Tony Prescott torvamente—. Bien damos la cara nosotros.

—Paciencia —gangueó la voz masculina de nuevo en el aparato—. Suplico un poco de paciencia, amigos. Ya nos conoceremos más tarde. Mae Randall os ha invitado a venir porque podéis serme útiles y os puedo hacer ganar más dinero del que nunca habéis codiciado.

—¡Ven aquí! —exclamó Butch Leary agitando el índice hacia el amplificador—. Digo cómo Tony... Nosotros estamos dando la cara.

—Error, amigos —replicó el hombre invisible—. No dais la cara, sino vuestra voz como la mía. Por el instante, no puedo aparecer ante vosotros, porque mi personalidad debe continuar sin identificación. Habéis venido sin saber quién soy. Pero Mae Randall os habrá dicho que os puedo hacer ganar dinero en abundancia. Y

también os ofrezco un refugio al que nunca os vendrá a buscar la policía. Esta casa pertenece al agregado comercial inglés de la Embajada Británica. Reside en Detroit y habita aquí sólo durante cortas temporadas de descanso. Es íntimo amigo mío. Si vosotros, como espero, aceptáis lo que os voy a proponer, estaréis aquí a salvo de la policía.

—Tu amigo el agregado puede venir —dijo Butch Leary medio convencido por el tono autoritario de la voz gangosa.

—Hay un lugar al que Mae os conducirá si aceptáis mis condiciones y mi oferta. Es un sótano cercano, al cual se llega atravesando un pasadizo cuya puerta está en la casa. No podríais hallar refugio más seguro.

—Si la «poli» recibe un soplo y nos cerca, estaremos tan copados como en cualquier esquina de la calle cuarenta y dos —discutió Butch Leary.

—El sótano tiene varias salidas. Una da al gran campo de golf que está, también, cercano a la casa. Es ideal, para aterrizajes y despegues. Y bajo el campo de golf hay dos aviones ocultos, siempre dispuestos a levantar el vuelo con pleno de gasolina y a remontarse en la mejor huida. La policía norteamericana, con todos sus adelantos modernos, no emplea aviones para sitiar pistoleros perseguidos. Al asegurar que el refugio os ofrecía todas las garantías, he querido demostraros que hablo empleando las palabras adecuadas.

—Tu amiga Mae, el chófer japonés, tu manera de presentarte hablando oculto en algún rincón... no me convencen —dijo Tony Prescott secamente.

—Se barajan intereses muy superiores a lo que puedes imaginar, Tony Prescott —replicó, la voz—. Toda precaución es poca. Te oí en el «Buick» cuando veníais hacia aquí.

Tony Prescott pestañeó, imitado por Steve Drumond.

Butch Leary, el hombre de los párpados sempiternamente abiertos, dio un respingo.

—No hay milagro en ello, amigos —prosiguió la voz—. Tan sólo un micrófono en la capota del «Buick», que conecta con una emisora-receptora instalada en el cárter. Si tú, Tony Prescott, que eres nada más y nada menos, que un asesino sin vacilaciones, desconfiabas tanto de Mae, para defender tu vida en constante

peligro en buena lógica preventiva, ¿no debo yo rodearme de todas las precauciones posibles cuando he maquinado el plan cuya realización supone varios miles de millones?

Mae Randall sonrió al contemplar por vez primera, una expresión de hondo estupor en Tony Prescott, nervioso por temperamento, pero de fría calma por autodomínio.

—¿Miles de millones? —repitió Tony Prescott y para ocultar su desconcierto, bromeó—: ¿El tesoro del Pirata Morgan?

—Más que esto, amigos. Antes de que os demuestre también que tampoco he empleado palabras exageradas al citar una cifra de nueve ceros, tengo que suplicar, que os sometáis a un breve interrogatorio.

—Se nota que tienes amistades en el Cuerpo Diplomático —replicó Tony Prescott. Pero íntimamente le ocurría lo que a Butch Leary: empezaba a sugestionarle la voz invisible.

—Los grandes planes, como los rascacielos sólidos, piden basamento, que en mi caso son las relaciones con toda clase de categorías sociales. Contéstame, Tony Prescott, ¿a cuántos seres, humanos has dado muerte?

—Es pregunta propia de un leguleyo —rebatió el *dandy*, pero añadió con cierto orgullo—: Con los de esta mañana son catorce los que he pasaportado. Y duermo muy tranquilo.

—Lo cual no impide que merezcas la calificación de estúpido; y no te ofendas, que estamos entre amigos.

—No pienso emprenderla a tiros con un cacharro parlanchín —murmuró Tony Prescott hoscamente—. ¿Por qué soy, un estúpido?

—Hay una máxima comercial según cual debemos guiar todos nuestros pasos. Es la que reza: «Todo esfuerzo ha de ser adecuada y debidamente remunerado en su justo precio». Apretar un gatillo con la facilidad y decisión que te cateterizan, es una cualidad que no puede poseer cualquier hombre. No te citaré a Lombroso y Ferri, científicos que clasificaron a los sujetos como tu entre la tipología antropológica, del criminal nato.

—Sueltas muchos «camelos» que no entiendo. Pero continúa. Creo que me será mucho más fácil entenderte cuando me hables de dinero.

—De dinero voy a hablarte. Teniendo en cuenta tu esfuerzo, hoy debes de poseer una fortuna crecida.

—Con el golpe de hoy, y repartimos los «paquetes» entré tres, tengo diez mil de los grandes. ¿Piensas largarme un «sablazo»?

—Pienso repetirte otra vez que eres un estúpido. Cada cadáver te ha producido menos de mil dolares.

—La vida de los demás no tiene para mí ningún, valor.

Los otros dos pistoleros escuchaban en silencio, el diálogo entre el pulcro Tony Prescott y la caja de ébano, que habló de nuevo:

—Pero tu vida sí tiene para ti una gran cotización qué tú mismo has menospreciado. Yo te revalorizaré. Matarás, pero el conjunto de cadáveres que añadas a tu lista, te representará en menos de un mes, una suma de seis ceros. Y podrás entonces marcharte lejos de América. No te envanezcas, Tony Prescott, ni tampoco os envanezcáis vosotros dos. Asesinos los hay siempre, a sueldo, pero los precisaba, de vuestra infrahumana categoría y que estuvieran en vuestras circunstancias. Tres hombres que como vosotros, estuvieran en el trance obligado de morir matando antes que caer presos. Tres hombres que, como vosotros, demostrasen que saben salir ilesos de una persecución difícil.

La voz hizo una pausa. Los cuatro oyentes no miraban hacia la caja de ébano, pero aparte de Mae Randall, que observaba las reacciones de los tres pistoleros, éstos presentaban en su silencio, una tensa expectación.

—Contéstame, Butch Leary. ¿Qué te sugiere la palabra «patria»?

Butch Leary carraspeo, mientras Steve Drumond reía silenciosamente. Tras unos minutos de reflexión, Butch Leary replicó:

—Mi patria es allá donde me llenen el bolsillo. Y la tuya, ¿cuál es amigo? Tengo el «pálpito» de que no eres paisano nuestro.

—¿Por la fugaz visión de Tamura, el chófer? Los instrumentos no tienen nacionalidad. Te he preguntado lo que pensabas acerca de tu patria, porque el toque final de mi proyecto atenta gravemente contra todos los norteamericanos.

—Quede vivo yo y que se «jeringuen» los demás —dijo Butch Leary estólidamente.

—Cabal, lo que yo digo —intervino Steve Drumond.

—¿Y qué más añades, Steve Drumond? —preguntó la voz.

—Lo que mis amigos. Donde haya dinero sin mucho trabajo, ahí estoy yo dispuesto a ganármelo.

—Trabajo no tendrás, si entiendes por trabajo el ganarte simplemente el derecho a comer y vestirse, honradamente y con un horario fijo. ¿De cuál de vosotros partió la idea del taxi-quirófano? Quirófano es la sala dónde anestesian a los que van a operar y también a veces a matar para ganar dinero. ¿Quién ideó esta ingeniosa estratagema?

—Yo y Butch —declaró Steve Drumond—. Yo empecé a hablar de mis recuerdos de la época en que era matarife en Chicago, Expliqué que había cámaras donde se hacía entrar al ganado para adormecerle, mediante éter vaporizado por tubos en cámaras herméticas. Y Butch pensó en aplicar este sistema al taxi.

—Sistema que adoptaré en el «Buick». Lo pondrás en condiciones, Steve Drumond, si aceptáis mis condiciones. Como señal de pacto, os entregará Mae diez mil dolares a cada uno. Tendréis comida y alojamiento en el sótano. Las instrucciones, os las transmitirá Mae o el micrófono. A lo sumo dentro de unos cuarenta días, entraréis en pertenencia cada uno de un millón y quedaréis libres de dirigiros a donde queráis, porque ya no os necesitaré.

—Eres inteligente, amigo —admitió Tony Prescott—. Porque cuando yo posea un millón, no pienso obedecer a ningún micrófono. Aunque, de momento, veo en el aire ese cacareado millón.

—Dices, verdad. En el aire está, porque el aire será vuestra ruta principal. Ahora escuchad los actos en que tendréis que intervenir. La primera parte es la más difícil: secuestros.

—Labor fácil —decretó Tony Prescott.

—Sí; lo es, según la persona objeto del secuestro. No es lo mismo anestesiar a un Thomas Dunn, que raptar a una personalidad política o detalladamente las costumbres de las de la Alta Finanza. Se os señalará personas que han de ser secuestradas y traídas aquí con vida. Morirán cuando yo lo indique.

—Repito que es tarea fácil —insistió Tony Prescott.

—La segunda parte, consistirá en trasladar determinado cargamento a un lugar alejado, por vía aérea. Y regresar con otro cargamento distinto.

—No veo a quien tendremos que disparar por el aire.

—Hay que aterrizar, Tony Prescott y es posible que se os

presentarán dificultades para abriros paso.

—Entendemos de eso.

—La tercera y última parte consistirá en una acción que podrá tener o no lugar: colocar bombas de mecanismo retardatario en sitios que se os indicará. Si mis peticiones son atendidas, no será preciso recurrir al uso de este método terrorista.

La voz hizo una pausa. Y continuó:

—Hasta ahora sabéis en qué consistirá vuestra participación en el esfuerzo que os proporcionará un millón. Los diez mil dolares que os entregará Mae, son a título de obsequio preliminar. Debéis también saber que no puedo correr el riesgo de que una indiscreción, por mínima que sea, pueda hacer peligrar mi proyecto, que me ha exigido largo tiempo de estudio y cuantiosos dispendios. Os advierto lealmente que, sin que lo sepáis, el menor de vuestros movimientos será observado. Estaréis, pues, bajo control permanente. Y así como vosotros no vacilaréis en matar a quien se oponga a vuestro paso, tampoco yo dudaré ni un segundo en aplastar al de vosotros que cometa la más insignificante imprudencia.

La nueva pausa fue efectista: una amenaza que por la serena entonación y la invisibilidad de quien la pronunciaba, le confería un «clímax» de inexorabilidad en el cumplimiento.

—Observad a la que va a ser vuestro enlace conmigo. Es atractiva para quien guste de las bellezas, que semejen a los frutos maduros. Pero hay miles de mujeres mucho más atractivas que ella. Como hay también miles de asesinos que quizás os superen en inteligencia. Procurad imitar a Mae Randall; fue elegida porque, discreta y sin sentimientos, es un agradable y seguro instrumento que tanto puede utilizarse para dar muerte, como para atraer a incautos, si éste fuera mi propósito.

—Lo que saco en consecuencia —dijo Tony Prescott— es que hay algo gordo en lo planeado. Pero no sé contra quién, ni cuáles son los fines que te propones. Descuida, invisible. No quiero saberlo. Lo único que me interesa es cobrar el millón en efectivo sonante.

—Lo tendrás si la suerte te es propicia y el pulso no te falla. Ahora, podéis seguir a Mae. Ella os acompañará a sitio seguro.

La caja de ébano enmudeció. Butch Leary aguardó unos minutos.

Levantóse pesadamente, diciendo:

—«O-key». Trato hecho, Mae. Vamos donde digas.

Los tres pistoleros, en pie, tras lanzar una última ojeada a la caja de ébano, siguieron a Mae Randall, a través de la casa deshabitada...

## CAPÍTULO IV

### Tras la pista

Vestido de calle, Lefty Longleg resultaba un elegante coloso. Era de los pocos luchadores que, además de poseer un rostro inteligente, sabía elegir discretas tonalidades en su atuendo y la ropa le sentaba bien, dada su constitución de tórax triangular y largas piernas.

Poseía también una gran despreocupación de carácter, pero cuando comía lo hacía con verdadera concentración de espíritu, casi con unción.

Tenía un abono especial de comidas en el «Byron» y cuando a las diez de la mañana llegó Gus Peeper, más alicaído de aspecto que nunca y «*Baby*» aún más pimpante en contraste con el *repórter*, Lefty Longleg se limitó a señalar con la barbilla las sillas que se hallaban frente a su mesa.

—Buenos días, señor Longleg —dijo Gus Peeper modosamente, sentándose cuándo «*Baby*» lo hubo hecho—. Abusando de su... amabilidad hemos venido... a recordarle que nos prometió la exclusiva de varios artículos.

—Por el instante, el amable señor Longleg deglute —comentó «*Baby*»—. Y tiene exclusiva. Un verdadero acto solemne. Tome nota, Gus. El *Huracán Científico* traga que es un contento. Se atiza como aperitivo para calentarse el extremo de los dientes dos huevos fritos que se adivinan sepultados bajo una espesa montaña de patatas. Humea un brebaje lácteo donde han batido un par de modestas yemas. Un pequeño montículo de confitura y una colina de mantequilla hacen de acantilados junto a un mar revuelto de tostadas, en cantidad suficiente para resolver el problema del

hambre en China. Y supongo que las dos chuletas con puré serán también víctimas propiciatorias al sacrificio matutino. El campeón mastica sin excesivo ruido; emplea servilleta y llamaremos embusteros a quienes afirman que se escarba los dientes con el tenedor.

Lefty Longleg siguió desayunando concienzudamente. Gus Peeper distraído, iba anotando textualmente las frases de «*Baby*», que inspeccionó al luchador de arriba a abajo.

—Al sorprenderle en nuestra interviú, viste un terno gris perla que tumba de espaldas. Su camisa es de seda oscura y su corbata es digna del Príncipe de Gales. Oculta sus encantadores piecitos en calcetines de lana y zapatos de antílope... ¡Diablos! Con sus zapatos, el campeón tiene resuelto el problema de la cuna para sus niños. Su rizado cabello crespo huele a... —Acercó «*Baby*» su nariz al cabello de Longleg—... a loción varonil. Querido compinche lector: Lefty Longleg es un mozo elegante, y lamentamos no traer nuestra cámara para tomar una vista panorámica de tan soberbio ejemplar de apetitoso bebé. ¡Aleluya! Se dispone a hablar... Escuchémosle emocionados.

Lefty Longleg apartó el plato, donde sólo quedaban los huesos de las costillas.

—El bebé, apetitoso lo será usted, hermana —comentó indiferente—. El amigo, ¿es su novio?

«*Baby*» miró escandalizada a Gus Peeper, que no prestaba la menor atención al diálogo.

—¿Qué delito he cometido para que se me acuse de ser la novia de Gus?

—El *repórter* es él y usted es la que lo dice todo. Por eso supuse que le ayudaba por aquello de que la esposa debe ser la colaboradora del marido.

—Va lista entonces la suya, campeón, si tiene que colaborar levantando cientos de kilos y dejándolos caer como colillas. ¡Hey, «Gus-Gus

»! —gritó al abstraído *repórter*, que respingó asustado—. Nuestro campeón duda de que usted sea el as de la pluma que responde al infecto nombre de Gus Peeper.

—Soy Gus Peeper —reconoció melancólicamente el aludido.

—Tiene cara de perro sentado ¿verdad? —dijo «*Baby*» mirando

críticamente desde varios ángulos al *repórter*—. Su vida es una tragedia endiablada equivocó la carrera, porque considera un crimen abordar a alguien y preguntarle la hora, cosa indiscretísima.

—¿Crimen? —balbuceó Peeper.

—Todavía no, todavía no, *repórter* —reprochó «*Baby*»—. Hemos quedado en que soy yo quien expondré el asunto a Tarzán. Vayamos por partes, aprovechando que les toca el turno a las infelices tostadas. Siempre creí que la mantequilla cubría las tostadas con sutil velo, pero aquí presenciamos cómo se puede hacer lo mismo, sólo que a la inversa. El velillo son las tostadas. Sí, muchachote. Resulta que

«Gus-Gus

» es tímido. «Gus-Gus» sufre angustias al tener que hablar. En cambio es un jabato con la pluma y se come crudo por los pies a Joe Luis.

Lefty Longleg cambió de carrillo una tostada mantecosa.

—¿Puedo colocar dos frases, hermana?

—Hable —condescendió «*Baby*».

—Primera frase: Salga, con

«Gus-Gus

» por espacio de una semana seguida, a ver si de todo el desparpajo, y la carita dura que a usted le sobra, se le pega algo al *repórter*. Segunda frase: una chica fina, como usted, no debería emplear vocablos propios de chófer de *taxi*.

Gus Peeper palideció al oír las tres últimas palabras. ¿Todos los «catchers» formaban parte de la banda de asesinos...?

—Un chico fino, como usted, no debe hablar a una dama con la boca llena por medio kilo de pan. ¿Vocablos? —Meditó «*Baby*»—. ¿Se come eso con piel y todo? Vayamos a lo nuestro y dejémonos de finuras, que no estamos en la corte napoleónica «tragaldabas». Que si fuera usted un camión tendrían que hacerle surtidores para darle toda la gasolina necesaria. No me replique con insolencias. A lo nuestro. El fotogénico

«Gus-Gus

» desea pedirle un favor, pero no se atreve.

Lefty Longleg apuró el resto del tazón de leche. Sé tocó el pecho.

—¿Un favor a mí? Escuche, *repórter*. Yo soy luchador y aunque no me gusta el pelear con nadie, cuando subo al *ring* peleo porque

es mi oficio. Usted es *repórter*... pues, a lo suyo, ¡centellas! ¿Qué es lo que quiere?

—Ella... la señorita... amablemente...

—Levante el

«pick-up

»,

«Gus-Gus

», porque el disco es largo y usted le haría interminable.

—Hay cosas que no las entiendo, francamente —declaró Lefty Longleg—. Siempre supuse que los periodistas eran una peste charlatana al estilo de esa muñeca y se me aparece usted que, aun callado, parece estar pidiendo excusas.

—¡No se fíe, no se fíe de las apariencias, que engañan, campeón! —dijo «Baby» agitando Un dedo doctoralmente—. Dillinger «escabechó» a un regimiento entero y le confundían con un sacristán anémico. Claro que ciertas apariencias ayudan.

—La suya, por ejemplo.

—No me hinque el diente, que ya tragó bastantes tostadas. Usted mismo campeón, con su apariencia haría un excelente *repórter*. ¿Que Marlene no quiere confesar el año en que nació de veras? A usted se lo confesará sin mentir, por poco que insista con una delicada llave de torbellino tobillero con propulsión contra la pared. Al menos, podrá escribir un artículo sobre la fecha exacta de su muerte. Usted no sabe lo que es pedir excusas porque si en el «metro» le atiza un codazo en la mandíbula a un recién operado de las muelas, es él quien le presentará un montón de almibaradas excusas, si no se desvanece.

—Al grano, hermana, que grazna usted más que un chorlito. Si habla en nombre de

«Gus-Gus

», lárgueme el final del rollo. Vea que me pongo a tono con su estilo.

—¿Cómo abusa, eh? —dijo ella tomando por testigo, a Peeper algo inquieto—. Abusa de que no puedo llegarle a la cabezota con el tacón de mi zapato. Me gusta que emplee mi estilo, porque noto que le falta escuela. Hablando claro, la plebe se enciende. Al grano, al grano, ya voy. Ataco a la bayoneta calada: Gus necesita que usted interroque gentilmente a «Chic» Drumond, agarrándole por una

solapa y diciéndole más o menos: «Oye gorila. ¿Quién es Steve? ¿Quién es Butch? ¿Cuáles son los números de sus teléfonos particulares y a qué hora les puedo ver?». Y si el encanto de Chicago se hace el mimoso remolón, usted insiste indirectamente con suculentos rodillazos en las costillas.

—Permítame... —intervino Gus Peeper—. Debo advertirle, señor Longleg, que, a lo mejor, por preguntar eso... le matan a usted.

Lefty Longleg emitió un bufido que hizo ondear el mantel. Gus Peeper bajó la vista pesaroso...

—¡Ustedes dos son un par de... de no sé qué, francamente! —estalló el luchador—. La muñeca me aturde y me idiotiza con su charloteo de cotorrita, y usted habla poco... pero, cuando lo hace, se las trae, amigo. Con qué preguntitas a «Chic» y después como fin del festejo y «a lo mejor»... me han de matar. ¡Centellas! ¿Qué es entonces, según usted, «lo peor» que me puede ocurrir?

—Entre los tres, nos estamos armando un taco espantoso —reconoció *«Baby»* amistosamente—. Sospecho que nuestros serrines reunidos no pesarán más de un par de gramos. Usted es un cabezota que no me deja hablar, campeón, y usted, Gus, es un sujeto truculento y amante de asustar a los pacíficos temperamentos que se le ponen a tiro. Pero ¡aleluya!, ahí llega el caballero que nos resolverá el pleito, y al cual he estado esperando, para lo que y con el objeto de darle tiempo, he empleado mi estilo florido de los días de fiesta.

Lefty Longleg contempló al recién llegado con un ánimo muy poco predispuesto a sentirse amable. Vio aun risueño individuo, de elegantísima apariencia, y ropas cuyo corte denotaban a uno de los mejores sastres de Nueva York.

Los ojos azules del individuo que se hallaba en pie ante Longleg se posaron en el luchador, mientras Joan Telma presentaba:

—Mi patrón, el señor Lord King, de quién me honro siendo secretaria. Este elegante anuncio de vitaminas atómicas, es el caballero Lefty Longleg, patrón.

La mano de Lord King fue estrechada sin entusiasmo por el «catcher».

—Siéntese, señor King. Cuantos más seamos, más reiremos —dijo hoscamente Longleg—. Esta señorita, que, por lo visto, es su secretaria, me aturulla disparando palabras explosivas y este

supuesto *repórter* no dice ni pío, aunque lo poco que dice tiene miga. No quiero meterme con usted, señor King, hasta que no le haya oído. Al menos por su aspecto aparenta sensatez. No me desengañe.

—Hay personas que rebosan sensatez —replicó Lord King, con amable sonrisa—. Tal como el señor Peeper y mi secretaria lo que ocurre es que son algo incongruentes, y al oírles se prestan a erróneas suposiciones.

El luchador levantó pacientemente los poderosos hombros.

—Prosiga, señor King. Hasta ahora le entiendo a medias.

—Seguramente le habrán expuesto el motivo que, intrigándoles, les ha hecho acudir a usted en busca de ayuda. ¿Le expusieron el asunto?

—Lo que me han expuesto es a lindar con el paroxismo furioso de la locura contagiosa que desprenden ambos.

—El patrón traerá la tranquilidad a su espíritu refinado, atleta —aseguró *«Baby»*—. No me mire con intenciones asesinas, porque estoy a prueba de bala desde la niñez.

—Supongo, señor Longleg, que tanto el caballero periodista cómo mi secretaria, no colocaron las cosas en forma lógicamente comprensible. Lo sucedido es sencillo: el señor Gus Peeper relaciona al luchador *«Chic»* Drumond con la banda de pistoleros que ayer mató a seis policías, y supone que usted podría sonsacarle a *«Chic»* Drumond qué relaciones sostiene con un tal Steve y otro sujeto llamado Butch, que también, según el señor Peeper, podrían ser muy bien dos de los pistoleros.

Lefty Longleg comprendió perfectamente. Movi6 la cabeza de un lado a otro.

—Óigame, señor King. Usted ha expuesto en pocas palabras el asunto y lo he entendido perfectamente. Pero a mí, que me registren. Vivo muy tranquilo y no quiero buscarme compromisos. Yo también veo la cosa clara. Si *«Chic»* Drumond tiene algo que ver con los pistoleros en cuestión y yo le pregunto por ellos, éstos, al saberlo, me achicharran a tiros; y me sobra bulto para que me atinen. Conque encantado de conocerle, señor King, y hábleme del tiempo y de las carreras de caballos. Es menos peligroso.

—¡Y menos cívico! —barbotó *«Baby»*—. Sí, luchador, no he soltado ningún dispárate, que, cuando quiero, hablo como un

orador de lujo. Su deber cívico es colaborar con la policía, si se ofrece la ocasión de seguir una pista...

—¿Usted es detective? —preguntó Lefty señalando a King.

—No tengo este honor. Pero mi secretaria tiene razón en parte; por civismo debemos...

—A nadie le pido yo que suba al *ring* en lugar mío por civismo, ¿no?

—No toque la trompeta si le piden que redoble el tambor —intervino «Baby» irritada—. En otras palabras, ¿por qué cita el *ring* si le hablan de la policía y de su deber de ciudadano neoyorquino?

—Porque la policía está pagada para perseguir a los pistoleros; y no yo, que el dinero que cobro es para luchar entre cuerdas y no en la calle. Yo no cojo a un policía y lo meto en el *ring*, ¿no?

—Quizá, señor Longleg, desorbitamos un poco la cuestión que estamos tratando. Puede muy bien ser que Steve y Butch sean personas honestísimas, y que el señor Peeper haya sufrido un error imaginativo al suponerlos pistoleros.

—¡Ya! —dijo el luchador cruzándose de brazos y empezando a encolerizarse—. Y si no es error imaginativo, las balas que a mí me destinarán, ¿serán imaginativas? Mi cadáver, ¿será imaginativo?

—Me derrumba el ánimo ver que hay mozos de esta altura y esta anchura que sufren de «mieditis aguda» —dijo «Baby» desdenosa.

—Perdón, perdón —intervino Lord King, viendo que el luchador iba a soltar palabras poco amables—. Te ruego, «Baby», que guardes la boca cerrada. El señor Longleg no tiene miedo ninguno, y sus razonamientos son sensatísimos. Son los mismos que yo emplearía si estuviera en su lugar. ¿Me permite una sugerencia, señor Longleg?

El luchador recobró su respiración normal.

—Hable, señor King. Al menos, usted sabe lo que es la cortesía.

—Gracias. Yo no sugiero que aborde usted directamente al luchador Drumond. Insinúo que usted tanteo el terreno, con astucia.

—No como de ese pan, señor King. Para tantear y ser astuto hace falta más listeza de la que yo poseo.

—Me agrada su réplica, señor Longleg. Demuestra una inteligencia modesta. Déjeme que le explique un método sencillísimo. El luchador Drumond, al parecer, pronunció delirando varias palabras que usted oyó perfectamente.

—Sí, dijo palabras que tenían entre sí tanta relación como su secretaria —y Lefty miró a la aludida con poca amenidad— y el obispo de Canterbury. Dijo: *taxi...*, *éter...*, *Steve...*, *Butch...*, *mátalo...* Delirio puro. Cosas naturales en quien estaba algo «sonado».

—El *taxi* que los pistoleros utilizaban para sus secuestros tenía un dispositivo que, vaporizando éter, anestesiaba a la víctima que, poco después, era asesinada, señor Longleg. Permítame que le indique el método sencillo por el que podemos saber si «Chic» Drumond tiene realmente algo que ver con la banda de pistoleros. Va usted a verlo, con el pretexto de que desea saber si está mejor de su accidentada lucha. Actitud de deportista que, como usted, es leal.

—Leal sí, me precio de serlo; pero «Chic» Drumond creo que no entiende de eso. Pero, en fin; hasta ahora puedo hacer cuanto sugiere.

—Entonces, al estar hablando de cosas indiferentes, le dice usted, por ejemplo: «Ayer te pusiste a llamar a un tal Steve... ¿Acaso te referías Steve Smith?».

—¿Quién es ese Steve Smith? —preguntó Longleg receloso.

—Nadie —replicó Lord King sonriente—. Pero por la respuesta de «Chic» Drumond se enterara usted.

—¿Sí? Suponga que me dice como respuesta: «Eso es. Hablaba yo de Steve Smith». Pues ya sé tanto como antes de ir a verle.

—Cabe la posibilidad de que Drumond se agarré a esta solución para seguir encubriendo la verdadera personalidad del tal Steve. Añade usted, entonces: «También llamabas a Butch. ¿Será Butch Parker?» Si le contesta que sí, miente, puesto que usted habrá inventado los dos apellidos. Y ya será una pista.

—Puede contestarme que Steve es Steve Cómo-se-Llame, y Butch No-sé-Cuántos. También puede mentir.

—Será fácil comprobarlo. Usted, si él dice: «Steve es Steve Cómo-se-Llame», exclama: «Me han hablado muy bien de este chico. ¿Me quieres dar su dirección?». Sí, como creo, «Chic» Drumond nada sabe de la banda de pistoleros, y por tanto sus citas de Steve y Butch son puros efectos del delirio, una vez comprobada la personalidad del que resida en la dirección dada, se habrá terminacho su aportación cívica, señor Longleg.

—Reconozco que le sobra astucia, y el método es excelente,

señor King. Pero no cuente conmigo para nada. Allá cada cual con sus asuntos. ¿No es mucho más sencillo acudir a la policía y que le sonsaquen a «Chic»?

—El señor Peeper desea apuntarse un éxito personal.

—¿Sí? ¿Pues que agarre a «Chic» por el pescuezo y lo agite hasta obtener lo que desea saber. Yo no lo haré?

«Baby» viendo la decisión del luchador, dijo suavemente:

—¿Puedo hablar, patrón? Gracias. Señor Longleg, cuando le vi luchar me entusiasmó. Ahora, que le veo de cerca y le oigo, debo advertirle que la próxima vez que luche, al oír un silbato, seré yo; que para eso al salir de aquí compraré el silbato más grande de los que emplean los árbitros de fútbol.

—Silbe cuánto quiera, pero déjeme en paz, monada —y el luchador se levantó—. Tanto gusto, señor King. Lo lamento; pero le repito que yo adoro la vida pacífica, sin jaleos ni peleas, ni meterme en camisa de once varas.

—También yo soy de su opinión, señor Longleg. Soy egoísta y, sin embargo, me gustaría ayudar al señor Peeper, porque esos pistoleros seguirán matando a gente inocente si no se los descubre.

—Si se siente usted Quijote, acuda a los palos, señor King. Adiós.

El luchador volvía la espalda, encasquetándose su sombrero de fieltro, cuando «Baby» exclamó:

—¡Antipático! Tome píldoras de esas que toman los que se sienten valientes, porque lo son. Un par de toneladas de píldoras...

Lefty Longleg volvióse bruscamente. Gus Peeper se encogió dentro de su estrecha americana. El luchador apoyó las dos manos sobre la mesa, encarándose con la muchacha.

—Acaba de llamarme cobarde, mocita. Por mujer se le tolera todo, y se lo tolero. Si voy a exponer mis motivos para huir de todo lo que huele a pistolero, no es que lo dedique a sus orejas, sino a las del señor King, porque es correcto y bien educado. He citado las orejas para que vea que me falta una, señor King.

Y el luchador señaló con el pulgar el lado izquierdo del rostro.

—Me la cortaron unos pistoleros de Chicago, que me tenían secuestrado, porque era yo amigo de un inglés que era un Quijote enderezador de entuertos. La metieron en un sobre, para lograr que él acudiera a rescatarme e intentar así matarle. Me rescató... pero no pudo devolverme la oreja. Y la que me queda, me encanta.

Entreabrió el luchador su camisa, y en la piel del pecho apareció nítido un surco blanco.

—Ésta fue la puñalada que me dieron los *gangsters*; estuve semanas enteras que si me voy, que si me quedo... Me quedo, ¿se entera, señor King? Me quedo en tierra y en pie. *Abur*. Eso de «abur» va por usted, señorita. Adiós, *repórter*. Si quiere peces mójese... el asiento. Encantado de haberle conocido, señor King.

Y el luchador se marchaba ya cuando, repentinamente, volvió sobre sus pasos.

—Una pregunta tan solo, señor King. Dice que es egoísta y que no es policía. Míreme la oreja, y dígame si quiere, ¿a qué se debe su interés por los pistoleros? ¿Simplemente por civismo?

—Algo, aunque también por entretenimiento.

—¡*Abur!* —dijo «*Baby*» con torva expresión—. ¿No se largaba ya, traganiños?

—Me largo —admitió Lefty, mirándola seriamente—. Y con toda galantería le devuelvo el concepto que de mí tiene. No me refiero a que me crea cobarde, porque lo soy, sino a que le soy antipático, cosa que me alegra infinito, ya que usted me da dolor de muelas, y las tengo muy sanas. ¡Lástima que siendo tan bonita me den ganas de estrangularla! Perdóneme, señor King, pero no me he podido contener.

Y esta vez, el luchador se marchó definitivamente a grandes zancadas furiosas. «*Baby*» cogió una cucharilla entre sus dos manos.

—¡Lástima qué él no sea esto! —Y agitó la cucharilla—. ¡Menuda paliza le iba a dar! Bien, «Gus-Gus

», anímese, hombre. Habrá otra solución. ¿Qué le parece si usted y yo fuéramos a ver al gorila?

Gus Peeper secóse los lentes con manos temblorosas, volviéndoselos a colocar. Se puso en pie con gesto heroico.

—No, señorita. Hasta ahora se ha expuesto ya bastante. Ahora me toca a mí... exponerme. Voy yo sólo a ver a «*Chic*» Drumond... y emplearé la táctica que ha sugerido el señor King. Gracias, señor King.

—Bueno,

«Gus-Gus

». Lo siento infinito, ¿eh? ¿De qué color prefiere las lilas? Ya le

regalaré una corona con una banda que diga: «A mi pobre y difunto Gus-Gus

». Hará muy bonito sobre su ataúd.

Gus Peeper sonrió con un esfuerzo sobrehumano.

—Todo por la Patria —dijo sinceramente—. Tengo una pista y debo seguirla yo solo. Será mi gran éxito.

—Seguro, *reporter*. Grandes masas seguirán su carroza fúnebre entonando himnos en honor al héroe cívico.

—No me hacen gracia tus frases, muñeca —reprochó King risueño—. El señor Peeper no necesita que le desanimas.

—Pero ¡diablos, patrón! —exclamó excitada «*Baby*»—. ¿No ve que ese hombre no sirve para nada? «Chic» Drumond, cuando le oiga, lo va a estrujar, si es que forma parte de banda.

Gus Peeper asintió convencido, pero se enderezó.

—Correré ese riesgo. Adiós, señorita. Adiós, señor King.

El periodista se marchó, y «*Baby*» repiqueteó airada sobre el mantel.

—No crea que hablé de carros de fiambres y coronas de lilas por maldad, patrón.

—Ya lo sé. Pretendías apartar, al periodista de su idea suicida.

—¡Diablos! Usted me sabe comprender siempre.

—Por eso te permito que te metas con luchadores de «catch» estando yo presente, y corriendo, por lo tanto, mi rostro cierto riesgo. Escucha, muñeca, ¿por qué te interesas tanto por Gus Peeper? ¿Civismo?

—A mí el civismo me tiene sin cuidado, aunque admito que esos pistoleros son unos cerdos a los que haría trizas si pudiera. Es que «Gus-Gus

» es un infeliz y me da lástima. Verá cómo lloro cuando me enteré de que lo han despachurrado convirtiéndolo en un salchichón relleno de plomo.

—Ni por civismo ni por entretenimiento me interesa este asunto personal del periodista que suscita en ti sentimientos maternos. Pero quiero evitar que tus ojos se estropeen llorando.

Levantóse Lord King, y tras pagar la consumición, dirigióse hacia la puerta. Entraba ya en el *roadster* «*Auburn*», colocándose al volante, cuando «*Baby*» preguntó ansiosa:

—¿Dónde va, patrón? Perdona la confianza, pero...

—Voy a llegar donde reside «Chic» Drumond, antes que Gus Peeper.

—¡Es que si a usted le...! ¡Diablos! Bueno, quiero decir que si a usted le rellenan el pellejo con productos explosivos... lloraré también mucho...

—Te lo agradeceré desde el otro mundo. Quita el pie del estribo, muñeca. Estoy aguardando a que lo hagas parairme.

«Baby» abrió la portezuela, disponiéndose a subir.

—No te invité a acompañarme, «Baby».

—¡Me invito yo! Y, ¡diablos!, écheme si quiere, despídame por rebelde, pero sí usted va a ver a «Chic» Drumond, yo también; Porque yo tengo la culpa. ¡Maldito,

«Gus-Gus

»!

—Lefty era amable y es un muchacho correcto. Dudo que «Chic» Drumond lo sea, y tú eres capaz de echarlo todo a perder. Anda, quítate.

—También le «calo» a usted, patrón. Usted busca pretextos para apartarme de la salsa que se prepara. Déjeme ir —suplicó ella—. No diré nada y escucharé con todos mis tímpanos abiertos. No sea cruel. ¿No le he acompañado en otras ocasiones algo peliagudas? Déjeme; es un capricho. Además, ya estoy harta de hablar bien. ¡Si le desuellan a usted y los gusanos se lo comen, yo me moriré... porque... al quedarme sin patrón... nadie me dará trabajo!

Lord King se encogió de hombros, evitando mirar a la ruborosa secretaria, que se maldecía interiormente con epítetos sangrientos al sentir ardor en sus mejillas.

—Bien, muñeca: Tú lo has querido. Aunque esperó que no ocurra nada desagradable.

Sentada junto a Lord King, sin mirarle, Joan Telma mantenía los labios apretados. No se fiaba de aquel elegante indiferente que le había tocado en suerte por patrón... ¿Habría adivinado ya que ella estaba secretamente enamorada de él? Y tal suposición le producía vergüenza, sentimiento del que habitualmente carecía.

Pero, Lord King pareció adivinar su pensamiento, porque dijo, indolentemente:

—Por suerte, «Baby», sé que me tienes una secreta antipatía, y soy lo bastante imparcial para reconocer que tienes el buen gusto de

suponerme el más incapaz de los maridos. No puedes, por tanto, amarme nunca. Lo digo, porque otro hubiese podido creer al oír tus palabras, que estabas secretamente enamorada de él. Yo, y muy sinceramente te lo afirmo, sé que no es así... —Y Lord King pensaba, mientras conducía, que estaba mintiendo bastante bien, pero debía añadir aun más veracidad—: No pienses que eres mi secretaria, «*Baby*». Habla como una mujercita a la que yo invitase a dar un paseo.

—Gracias —dijo ella respirando fatigosamente—. Entonces le diré algunos secretitos que me guardaba y que podían hacerme estallar como un globo hinchado. Primera razón por la que no puedo sentir hacia usted cariño: porque es usted un egoísta que sólo se quiere a sí mismo. Y si es amable conmigo, es porque también cuándo un perrito le resulta gracioso le pasa usted la mano por la cabeza. Segunda razón: porqué es usted rico, y yo nunca podré amar a un hombre con «pasta». Se creería que lo adoro por su moneda. Tercera razón: y no me despida, ¿eh? Porque si le canto las verdades, luego me va usted a dar una semana de sueldo y la gran patada...

—No. Cuanto vas diciendo, lo suponía ya. Y has de aprovechar la ocasión para sincerarte en evitación de que el globito estalle.

—Pues la tercera razón, es que usted habla como un «cursi» y me hace el efecto de un merengue... Perdone, ¿eh?, pero ¡mil diablos!, usted se lo buscó.

—Y lo he encontrado. Y hablando de encontrar; mira a tu amigo. Allí, saliendo de las escaleras del «metro».

«*Baby*», ya tranquilizada y creyendo que su secreto seguía inviolable, volvió a ser la vulgar muchacha de siempre. Silbó estrepitosamente, colocando los dos extremos de sus índices en cada comisura de sus labios, al estilo de los pilletes de su barrio.

Lord King frunció la nariz, mientras arrimaba el coche al bordillo de la acera. El silbido le había casi ensordecido, y Gus Peeper acudía como un perrillo que hubiese oído la voz de su dueño.

—Suba, ¡repórter del demonio! Iremos en comitiva a oír hablar al bello gorila. Y la próxima vez que se huela usted una pista... ¡se lo cuenta usted a su abuela, diablos!

## CAPÍTULO V

### El primer tercio del millón

El sótano al cual había conducido Mae Randall a los tres pistoleros, era una construcción, además de sólida, dotada de un *confort* que se percibía había sido añadido a lo que se destinaba en principio a simple compartimiento subterráneo destinado a sus habituales usos.

Dividido en tres espacios cerrados, y ventilado artificialmente, profusamente iluminado, el sótano mereció la aprobación de Butch Leary.

—Buena cueva, buena cueva. «O-key», Mae. No estamos mal aquí.

Y señaló el cuarto donde se hallaban, provisto de confortables sillones, y un ancho diván. Había también una radio encima de un mueblé, en cuyo estante inferior veíanse numerosas revistas deportivas y periódicos.

Una caja de negro ébano mostraba la redecilla de mallas en el estante superior.

—¿«La Voz de su Amo», no? —rezongó Tony Prescott, señalando la emisora-receptora—. Indícanos dónde está la salida de escape. Es lo que más me interesa, por si acaso nos huelen los polizontes.

Mae Randall acompañó al desconfiado *gangster* a través de las otras dos habitaciones, en cada una de las que había dos camas. Al final del sótano, una puertecita fue abierta por la otoñal...

Unos peldaños subían, y al extremo notábase la claridad especial de la noche exterior, muy distinta a la obscuridad de los espacios cerrados, así como también la atmósfera era de aire puro y natural, en contraste con el que ventilaba el sótano.

—Da al campo de *golf* —explicó Mae—. Hay una rejilla, y quien la ve desde arriba no percibe las escaleras. Lo supone un desagüe.

Tony Prescott gruñó su asentimiento. Al regresar a la habitación donde estaban los otros dos pistoleros, estos hallábanse ya sentados ante la mesita del centro, sobre la que Steve Drumond extendía una baraja.

—¿Un *póker*, Tony? —propuso—. Mae será la cuarta jugadora.

—Yo me voy a la cama —rezongó Tony Prescott—. Ya tendremos tiempo de jugar al naípe en esta topera.

Butch Leary reconoció que era hora de dormir, y Mae Randall añadió que era preferible dejar para otra ocasión la partida de *póker*.

—Mañana habrás de despertarte a las seis —dijo Mae Randall.

El interpelado, Steve Drumond, miró su cronómetro de pulsera.

—Eso ya no me gusta tanto —protestó—. Es ya la una, y cinco horas de sueño son pocas.

—Tienes que «arreglar» el «Buick», como estaba tu *taxi*.

—Necesitaré muchos trastos que no tenéis.

—Los tendrás. Y yo en persona vendré a despertarte... y a ayudarte. A las nueve de la mañana realizaréis el primer secuestro. Buenas noches.

Al irse la mujer, Tony Prescott comentó, mientras se quitaba la americana:

—Eso marcha. Rapidez en el trabajo.

—Parece que te alegra —dijo Butch Leary extrañado.

—Naturalmente, Butch. Si secuestramos a alguien, es que la voz es la de un tipo como nosotros, y por tanto no hay trampa. Al secuestrar a alguien, se nos coloca al nivel. Y le oiré con más placer cuando nos dé órdenes.

—Tu desconfianza me halaga.

Las cuatro palabras hicieron brincar a Steve Drumond, pero rió silenciosamente mirando la caja de ébano que acababa de hablar.

—¿Te halaga...? —preguntó Tony Prescott—. ¿Por qué?

—Porque iguala a la mía, y me tranquiliza ver que lo único que temes es alguna trampa. No la hay, Tony Prescott, por lo que a mí se refiere. Y mañana, a las nueve, estaréis ganando el primer tercio de millón.

A las nueve del día siguiente, un «Buick» de lujosa presencia y potente motor se detuvo ante una señorial mansión de la Avenida Lexington, no precisamente delante de la puerta, sino unos metros más allá. Los tres ocupantes del «Buick» habían recibido instrucciones detalladísimas, y cada uno de sus gestos podía decirse que desde lejos seguía obedeciendo a la voz misteriosa.

Butch Leary y Tony Prescott bajaron. Steve Drumond, al volante, pisó de nuevo el acelerador y el «Buick» desapareció avenida, adelante.

Tony Prescott rectificó nerviosamente el nudo de su corbata, mientras, separándose de Butch Leary, iba paseando por la acera, con el paso de un hombre absorto en meditaciones.

Butch Leary atravesó la avenida, y repitió en la otra acera el modo de pasearse de Tony Prescott.

Ambos repetíanse mentalmente las instrucciones de la voz referente al espacio de tiempo entre nueve y nueve treinta.

«Paseareis los dos, por si Myriam Tarkington sale de su casa antes de lo acostumbrado. Su costumbre mañanera es dirigirse a las nueve y media al bosque de Coney, para su matinal deporte de equitación. Suele acompañarla un caballerizo. Al caballerizo no vaciléis en dispararle si presenta dificultades. Pero ella ha de venir aquí incólume. Steve Drumond os aguardará al extremo de la avenida, detenido. Cuando vea aparecer los dos caballos, pondrá en marcha el “Buick”, acercándose. Lo demás corre de vuestra cuenta. Os advierto tan solo, que el bosque de Coney está a tales horas más concurrido quizá que la Avenida Lexington».

Steve Drumond, con el motor ronroneando, pero a coche parado, miró su reloj. Eran sólo las nueve y tres minutos. Apoyó un codo en el volante, con lo que una mano le cubría el rostro apoyado en ella.

Su mano libre descendió velozmente entre sus rodillas, dónde mantenía un fusil ametrallador, destinado a la posible interpelación de un policía.

Y «Chic» Drumond estuvo a punto de morir acribillado por haber dicho simplemente:

—Hola.

Por suerte su voz era ronca y de un timbre especial, y Steve

Drumond pudo reprimir su primer sobresalto. Colocó de nuevo su arma en la posición primitiva.

—¡Imbécil! —masculló poco fraternalmente—. ¿No sabes que me anda a la caza toda la policía?

«Chic» Drumond, con un pie en el estribo y el codo en la ventanilla, gruñó:

—¿Por qué estás aquí entonces, idiota? Te cazarán. Ya te dije que este asunté que tanto te entusiasmaba te llevaría a la «silla».

—Lárgate, «Chic». Estoy «trabajando».

—No te canses, Steve. ¿Dónde están Butch y Tony?

—Por ahí. Vete.

—Vete tú al Canadá o a Australia, Steve. Te cazarán.

—Son las nueve y cinco minutos. Es tu hora de paseo antes del entreno. Vete.

—Hoy no me entreno. Iba a cobrar el combate de anoche. El Zurdo Zanzquilargo me pegó un palizón...

—¿Te largas o no? —Y Steve Drumond agitó entre sus piernas el fusil ametrallador—. Cuando empiece el jaleo que estoy esperando, te pueden dar.

—Adiós, Steve. Buena suerte.

—Igual te digo.

«Chic» Drumond, menos ordinario cuando estaba vestido, pero chillón en su atuendo deportivo de blanco jersey con solapas gruesas, americana verde, con trabilla, gorra gris y pantalón de franela, iba a marcharse, ya quitando el codo de la ventanilla, cuando añadió:

—Si me necesitas para algo, cuenta conmigo. Sabes dónde vivo eres mi hermano. Adiós.

Steve Drumond rió silenciosamente mientras su hermano se alejaba. ¡También era casualidad!, pensó. Pero más valía que fuera aquel idiota, volvió a pensar, a que hubiera sido un polizonte.

A las nueve y veintidós minutos, un criado abrió la verja de una señorial mansión. Por el umbral pasó primero un caballo cuya amazona lo llevaba al paso. Tras él, otro, montado por un caballero, guardaba con el primero una distancia de tres metros; la respetuosa y habitual.

Myriam Tarkington, hija del Secretario de Asuntos Exteriores, siguió llevando al paso su caballo, hasta que al cruzarse éste en

sentido inverso con un automóvil, creyó que el súbito encabritamiento del animal se debía a un repentino, «espantó», que a veces manifestaba el brioso alazán.

Pero la ráfaga de disparos oyóse, después de las llamaradas, y el caballo, alcanzado en pleno cuello por las balas que Tony Prescott disparó a quemarropa, segando sus arterias vitales, le hizo doblarse de remos, cayendo.

Tony Prescott, pese a los forcejeos de Myriam Tarkington, lívida de miedo, la introdujo brutalmente en el asiento posterior del «Buick», mientras Butch Leary remataba sus disparos, coincidentes con los de Prescott, y que dejaron, en la calzada dos caballos muertos y al lacayo en los últimos estertores agónicos.

Saltó Butch Leary al estribo del coche, ya en marcha, y el «Buick», obedeciendo al mandato mecánico de Steve Drumond, pero a las lejanas órdenes que había dado la voz, fue zigzagueando por diversas callejuelas adyacentes a la gran avenida.

Myriam Tarkington había cesado de debatirse en el suelo del coche, porque Tony Prescott había aplicado bestialmente en su barbilla un puñetazo nervioso y seco.

Mientras el coche, aminorando la gran velocidad de los primeros momentos, seguía el camino señalado por la voz, Tony Prescott arrellanóse en el asiento posterior.

—«O-key» —dijo Butch Leary—. Esto marcha.

—No nos persigue nadie —declaró Steve Drumond satisfecho.

—Aun no hemos llegado —dijo Tony Prescott adustamente.

Pero llegaron sin contratiempos. A la luz del sol, el «cottage» tenía un apacible aspecto que daba inmediatamente la impresión de que era el sitio ideal para reposar.

Desde el garaje, un montacargas descendía al sótano. Instantes después, Tony Prescott empujó brutalmente a Myriam Tarkington, que cayó temblorosa en el diván, ocultándose el rostro entre las manos.

Steve Drumond rió silenciosamente.

Butch Leary, echándose hacia atrás el sombrero fieltro, se sentó en un sillón frente a la muchacha.

Tony Prescott sentóse junto a ella, que intentó separarse.

Tony Prescott la miró inexpresivamente.

—No te muevas —dijo secamente—. No creo que te gustase la

caricia.

Ella apoyó su mano en la barbilla hinchada para contener el temblor de su boca.

—Excelente, muchachos —dijo Mae Randall entrando y contemplando a la secuestrada, que, vestida de amazona, la miró con ojos en los que se leía un pavor sin límites—. ¿Ha habido persecución?

—No. Salió como una seda —explicó Butch Leary—. Éste disparó al caballo de la chica, y yo al del esclavo. Le rematé en el suelo, por si nos había visto.

—¿El caballo? —bromeó Mae Randall groseramente—. Escucha, chica: Tú dormirás aquí, y comerás aquí. Nada te pasará si tu padre acepta una idea que yo le he de soplar, aunque serás tú quien escriba. Si acepta y tú no intentas escaparte, nada te ocurrirá.

Myriam Tarkington miró con ojos desorbitados a Tony Prescott.

—¡Lléveme a otro sitio! —suplicó con voz castañeante—. Donde no esté... ese hombre —y un índice tembloroso señalaba a Tony Prescott.

Butch Leary limpiábase los dientes con un palillo. Steve Drumond rió silenciosamente, más estrechas aún las rendijas orientales de sus párpados entrecerrados.

Tony Prescott silbó sordamente, con las manos en los bolsillos, indiferente.

—No estamos en el «Ritz», chica —dijo Mae Randall—. Te quedarás aquí, y de aquí no saldrás.

—¡Tiene ángel! —bisbiseó Steve Drumond, cada vez más enamorado.

Una tos gangosa sobresaltó los nervios ya destrozados de Myriam Tarkington. Los tres hombres miraron hacia la caja de ébano. Mae Randall fue a sentarse cerca de Steve Drumond, detrás de él.

—Bien, amigos —habló la voz—. Felicitaciones a vosotros dos. Os felicito, Butch Leary y Tony Prescott.

—No queremos, tus felicitaciones —replicó Tony Prescott—. Queremos el millón cuando llegue el momento.

—Yo tampoco quiero felicitaciones, pero, en fin, aquí estamos tres muchachos y no dos —dijo Steve Drumond, herido en su amor propio de pistolero.

—¿No dije que no debíais hablar con nadie? —preguntó la voz suavemente.

Steve Drumond rió con su característica risa muda.

—¡Bah! Era «Chic». Pasaba por casualidad, y me dijo que me largase al Canadá. Yo lo despaché enseguida con viento fresco.

—Te vio al volante de un «Buick». Los periódicos hablarán del «Buick», porque alguien os habrá visto pasar a toda velocidad por la Avenida Lexington a las nueve y veinticuatro, que es cuando sonaron los disparos. La misma persona que vio el «Buick» pudo ver a «Chic» apoyado en el coche y hablándote. Yo estaba en un piso cercano al lugar de los hechos.

La voz inexorable empezó a inquietar a Steve Drumond.

—¡Eh! —gritó—. Yo no le dije nada a «Chic». No sabe nada de todo este lío...

—Lo sé —replicó la voz—. Mae oyó perfectamente vuestra conversación desde aquí. Pero no importa, Steve Drumond, Has desobedecido mis órdenes.

Steve Drumond se levantó a medias, pero volvió a sentarse al percibir en su nuca un contacto frío. Ladeó la cabeza y vio a Mae Randall empuñando una pistola, cuyo cañón era el que le producía aquél frío mortal en la nuca.

—Yo no... —empezó a gemir Steve Drumond viendo la impasible actitud de Tony Prescott y Butch Leary, que demostraban bien a las claras que no pensaban intervenir—. ¡Por favor, por favor! ¡Yo no...!

—Calla —ordenó secamente Tony Prescott—. ¿No te ordenaron que no debías hablar con nadie? Aguántate. ¿Le liquido? —preguntó sin mirar hacia la caja de ébano.

—No, Tony —gangeó el micrófono—. Steve Drumond tendrá su castigo.

—Pero... ¿qué iba yo a hacer? —lloriqueó Steve Drumond—. ¿Matarlo?

—¡Qué importa que fuera tu hermano!—vociferó Butch Leary, indignado ante lo que para él no constituía el menor obstáculo, como había demostrado prácticamente al iniciar su carrera criminal.

—No era eso... —siguió lloriqueando Steve Drumond con las dos manos alzadas a media altura ante su rostro—. Es que... si le

disparo... ¿cómo hubiese podido secuestrarse a esa chica? Los disparos habrían atraído a la policía...

—Te queda aún un medio de que se te perdone, Steve Drumond, y de que puedas ganar tu cuarto de millón...

—¿Cuál, cuál? —gritó ansioso el pistolero.

—Matar a «Chic» Drumond —especificó la voz.

—Gracias, gracias —replicó Steve Drumond aliviado—. Quita ya tu canuto, encanto. Pero os juro que nada dije al gorila de «Chic» —se excusó ante los otros dos pistoleros.

Y levantándose estiró los brazos como el que se despereza.

—¡Valiente susto me he llevado! —dijo dirigiéndose a la caja de ébano—. ¿Cuándo voy a buscar a «Chic»?

—Ahora mismo. Coge el «Buick», y no tardes.

—¿Le acompaño? —sugirió Tony Prescott significativamente.

—No es preciso —replicó la voz. Steve Drumond volverá en busca de su tercio de millón. Y su faena ahora es sencilla: entre hermanos no hay desconfianzas, ¿verdad, Steve Drumond?

El *gangster* aludido rió silenciosamente y salió del sótano.

Myriam Tarkington sollozaba ruidosamente.

—Pesadilla... —murmuró entre sollozos.

—Yo no hubiera dejado que se marchase el tipo ese —dijo Tony Prescott con indiferencia.

—¿Crees, acaso, que irá a denunciarnos a la policía? —rió en la caja de ébano la voz misteriosa.

—Esto sí que no es posible —replicó Butch Leary—, Steve irá a cualquier parte menos a la policía. Y no creo que debamos apurarnos. Le tengo ley a Steve y sé que se «cargará» a su hermano sin vacilaciones. El pobre chico no tuvo la culpa de que «Chic» le hablase.

—Yo, lo que temo es que se coja el «Buick» y se largue.

—No —replicó la voz—. Agradezco tu buena intención, Tony Prescott, pero te afirmo que el «Buick» no saldrá de Nueva York y sus con tornos sin que yo lo sepa. Y no llegaría muy lejos.

—Bien. Pero hay otro asunto. Si tanto paseas el «Buick», nos localizarán pronto.

—De nuevo te agradezco tus desvelos, Tony Prescott. Pero si yo puedo darte órdenes, es porque tengo más inteligencia que tú. Con el «Buick» saldréis otra vez más. ¿De qué color era hoy el «Buick»,

Butch Leary?

—Negro —dijo extrañado el *gangster* interrogado.

—Apenas llegasteis, Tamura se ha encargado de que se convierta en azul, con pintura reseca y ultra rápida. También le ha cambiado la matrícula.

—«O-key» —sonrió Butch Leary frotándose las manos—. Eso marcha.

—Y cuando regrese Steve Drumond, Tamura convertirá el azul en marrón. Ahora, Tony Prescott, sólo te encomiendo una cosa: No permitas que Myriam Tarkington se levante para nada del sitio que ha elegido. Y por la noche, os turnaréis tú, Mae y Butch en su vigilancia.

—Empiezo a creer que ganaré el millón, amigo —replicó Tony Prescott—. No sé dónde vas, invisible, pero si sé que con tu organización llegaremos donde te propones.

\* \* \*

Gus Peeper descendió del «Auburn».

—Eso es. El 37 de la 60 —dijo el periodista ojeando la cartulina donde había escrito la dirección de «Chic» Drumond, obtenida por teléfono en su redacción.

«Baby» descendió, seguida de Lord King.

—Treinta y siete, por sesenta —dijo «Baby»—. Multiplique y obtendrá la cantidad de palos que yo le daría muy a gusto por meternos en berenjenales al patrón y a mí.

—Al volante —dijo Lord King.

Empleaba su «voz de hielo», y «Baby» subió al *roadster* sin rechistar. Apoyó los dos codos en el volante.

—¡Maldita sea! —susurró—. ¡Le quiero tanto, que me esclaviza la voluntad!

Miró la altura del edificio donde habitaba «Chic» Drumond.

—Veinte pisos... —murmuró—. ¡Qué tortilla! Aunque «Audax» no se dejará arrojar por la ventana.

\* \* \*

«Chic» Drumond, sentado en la cama, contaba lentamente los billetes de cien que había cambiado en el banco contra el cheque que había percibido del promotor.

Mordióse los labios. Si hubiese ganado habría percibido el doble, y maldijo del pelirrojo Longleg.

La mujer que estaba encargada de la limpieza de sus dos habitaciones alquiladas en el «Tenants Appartments», vino a decirle que dos señores le aguardaban en la salita.

«Chic» Drumond, sin afeitarse y levemente hinchados los ojos, no tenía un aspecto atractivo cuando se enfrentó con Gus Peeper y Lord King.

—¡Buenas! —dijo roncamente.

—Pren... prensa —replicó Gus Peeper, parapetándose tras la palabra mágica—. Ante todo, señor Drumond, venimos a... desear que nada malo le suceda...

«Chic» Drumond parpadeó, y su rostro bestial fue un compendio de extrañeza.

—Gus se refiere a que esperamos que estarás ya en forma después de la conmoción de ayer noche —intervino Lord King—. Es Gus Peeper, el as del reportaje, y yo soy Lord King, el encargado de la sección deportiva. Dime, muchacho, ¿has conseguido ya la revancha con Lefty Longleg?

El estilo periodístico de Lord King animó a «Chic» Drumond, que les señaló dos sillas, sentándose en otra que desapareció oculta por su masa.

—Me han dicho que sí, que seguramente dentro de dos semanas podré entendérmelas de nuevo con este presumido.

—Fue un golpe de suerte, «Chic» —dijo Lord King—. Era todo tuyo, hombre. Yo apostaba por ti, y me supo a vinagre tu derrota. Pero estoy seguro de que la próxima vez lo vas a dejar como una estera bien sacudida, ¿eh, muchacho?

—No lo dude —dijo «Chic» Drumond sonriendo y su rostro fue ya un prodigio de fealdad peluda—. Dígalo así en su sección, señor King. Voy a aplastar a ese zurdo traidor.

—Mucho rencor le tienes, buen mozo —dijo Lord King, mientras Gus Peeper tomaba en silencio notas taquigráficas con pulso temblón.

—No es rencor. Verá; al fin y al cabo, él defiende sus billetes,

como yo los míos. Pero me hizo daño de veras. Toda la noche la he pasado agitado. Bueno, eso no lo diga en la prensa, ¿eh?

—No, hombre, no. Yo te decía eso del rencor, porque anoche, cuando estabas sin sentido, en tu camerino, ibas mascullando que le matarías.

—¿Lo dije? —Y el antroipoide arqueó las peludas cejas extrañado—. Bueno, fue sin querer. Porque... tanto como matarlo, no, eso sí que no. Al fin y al cabo, él defiende sus billetes como yo los míos —repitió—. Lo que sí aseguro, señor King, es que cuando lo tenga entre cuatro cuerdas, le mando al hospital para un par de meses.

La punta del lápiz de Gus Peeper se rompió... y las gafas se le resbalaron de la nariz de resultas del copioso sudor.

—Harás bien —afirmó Lord King—. Oye, y de Steve, ¿qué?

—¿Usted le conoce? —replicó inmediatamente, sin pensarlo y sorprendido el luchador.

Aquellos periodistas eran, listísimos. Enseguida estaban enterados de todo.

—¡Y tanto que le conozco! Buenas partidas de billar que jugamos juntos.

—¿En el «Manhattan Pal»? Yo también iba allí alguna que otra vez. Pero ya sabe cómo es Steve, señor King: Arisco y poco amigo de cordialidades.

Gus Peeper apuntó «Manhattan Pal» y siguió escribiendo con entusiasmo.

—Eso se lo reprochaba yo siempre —dijo Lord King—. Mira que me he hinchado de decirle: «No seas así, Steve. Menos arisco y tendrás más amigos».

Una llamada en la puerta distrajo al luchador, que fue a abrir en persona.

En el umbral, Steve Drumond miró recelosamente a Lord King y Gus Peeper. Su hermano cerró la puerta tras él.

—¿Quiénes son esos dos tipos? —preguntó observando por entre sus párpados a los dos visitantes.

«Chic» Drumond miró a su hermano, miró a Lord King, y por dos veces repitió la misma operación.

—Te he preguntado quiénes son esos dos tipos —insistió Steve Drumond.

—Prensa, y nada tiene de cortés su presentación —replicó Lord

King, avanzando un paso—. Usted, ¿quién es que parece tener tanta autoridad?

—Soy quien a usted no le importa. Dejaba esos tipos, «Chic», y vámonos, que quiero decirte una cosa.

«Chic» Drumond se dirigió en silencio hacia la puerta. De pronto, Steve Drumond, que le seguía, volvióse.

—¿Prensa? —inquirió—. ¿De qué periódico sois?

—Del que a ti tampoco te importa —replicó Lord King—. Hemos venido a entrevistar a «Chic» Drumond y no a que nos pregunte un desconocido.

—¿Qué te preguntaban, «Chic»? —inquirió Steve Drumond.

—Cosas del deporte —dijo el luchador, frunciendo la estrecha frente.

Cuando eran dos niños y «Chic» Drumond mentía, su hermano se lo conocía inmediatamente, «Chic» se mordía el pulgar derecho, después de hablar, y arrugaba luego la estrecha frente.

Las rendijas por las que miraba Steve Drumond se entrecerraron más aún...

—Bueno, bueno, amigos. No vamos a enfadarnos ahora, ¿no? —dijo riendo silenciosamente—. Si sois de la Prensa, acompañadnos y oiréis cosa buena.

—Déjalos —intervino «Chic» Drumond—. ¿Para qué quieres que nos acompañen?

—Capricho que tengo de contarles cosas interesantes, «Chic».

—Y nosotros de oírlas —aceptó Lord King.

Percibía algo extraño en la manera de comportarse del luchador y el desconocido.

En la calle, Steve Drumond señaló un «Buick» azul.

—¿Te gusta el cacharro, «Chic»? Suban detrás, caballeros de la Prensa, que a grandes señores, todos los honores.

Gus Peeper consultó con la mirada a Lord King, y éste emprendió el corto, camino que le separaba del «Buick», subiendo en el asiento posterior. Mientras Gus Peeper se sentaba a su lado, Lord King hizo con la cabeza un signo negativo, y «Baby», que se disponía a bajar del «Auburn», quedóse en él.

«Chic» Drumond murmuró en voz baja:

—No comprendo por qué has invitado a esos periodistas. El alto y elegante me preguntó por Steve. Dijo que te conocía... y al verte

no te ha hablado. O sea que no te conoce...

—Claro que no me conoce. Sube conmigo, «Chic».

«Chic» Drumond se instaló junto al volante. Steve Drumond rió sin ruido, mientras, abriendo de nuevo la portezuela posterior, decía:

—¿Hace frío, eh? Pero aquí dentro estarán como en casita. Tengo calefacción. Todos los lujos.

Volvió a cerrar la portezuela y se instaló al volante. El «Buick» empezó a ponerse en movimiento.

«Chic» Drumond preguntó ceñudamente, en voz baja:

—¿Por qué has venido, Steve?

—No te oyen. El cristal que nos separa es grueso. He venido para que me ayudes. ¿No me lo ofreciste, o te vas a echar para atrás ahora, imbécil?

—¡Bien sabes que no! ¡Bien sabes, que por ti me he callado! Nunca dije a nadie nada de lo que me contaste de tu plan con Butch y Tony. Casi soy tan criminal como tú, por callarme.

—No seas idiota, gorila. ¿Somos o no hermanos?

Steve Drumond miró su cronómetro mientras conducía. Dentro de un minuto «los de atrás» estarían en el limbo, pensó satisfecho. Unos cuantos plomos más no era ningún gasto superfluos, cuando se está camino de ganar un millón.

Al entrar el «Buick» en la carretera del Norte, «Chic» Drumond, volvió a hablar:

—Sigo sin comprender para que invitaste a esos muchachos de la Prensa. ¿No... pensarás «liquidarlos», no? Puedes estar seguro de que no te conocen. No tienen la menor idea de que eres el Steve que fingían conocer.

—Por cierto, ¿cómo dijiste que se llamaban?

—Lord King y Gus Peeper.

—¿Gus Peeper? Me suena, me suena el nombre... A alguien se lo he oído. Ya sé... Tony Prescott quería conocerlo.

—¿Dónde vamos, Steve? Esos muchachos de la Prensa se van a extrañar.

—Lo están ya y mucho. Míralos.

«Chic» Drumond volvióse lentamente para mirar a través de los cristales.

Steve Drumond examinó la carretera... Era el momento...

«Chic» Drumond se arqueó lateralmente, boquiabierto. Se arqueó como si hubiera recibido un puñetazo de gran contundencia en el flanco y en el costado del pecho que rozaban con la americana de su hermano.

Llenóse de humo la parte de los asientos delanteros del coche, y las explosiones de los disparos del cargador entero que, sin dejar de conducir, Steve Drumond había vaciado, resonaron huecamente.

Steve Drumond rió silenciosamente, mientras su hermano, instantáneamente muerto por la doble descarga que le había atravesado lateralmente el estómago y la caja torácica a la altura del corazón, apoyóse en total relajamiento de los músculos en el hombro de Steve Drumond.

Por el retrovisor, a lo lejos, vio Steve Drumond un automóvil de dos plazas.

—¡Adiós, «Chic»! —murmuró—. Pensaba echarte a la carretera, pero hay por ahí otro coche, serás enterrado por La Voz. Y, a la par, podrá darse cuenta de que yo cumplo lo que prometo.

\* \* \*

Cuando el «Buick» arrancó, Gus Peeper acercó sus labios al cuello de Lord King, susurrando:

—¿Dónde vamos, señor King?

—No lo sé, Pero «Chic» Drumond está convencido de que conozco a ese desconocido Steve, y cuando el mal educado ese que nos interrumpió se marche, podremos reanudar nuestra conversación.

—Es usted un talento, señor King. ¡Ojalá tuviera yo... su presencia... y su habilidad! Sería un gran *repórter*... ¿Qué nos querrá decir el desconocido ese?

—Tiene aspecto de «manager» o de cuidador de «box». Y todos ellos, aun los más groseros, como éste, tienen siempre deseos de decirles algo a los periodistas.

Ambos guardaron silencio. Gus Peeper se aflojó el cuello de la camisa. La cabeza le daba vueltas...

Lord King olfateó extrañado. Sintió resbalar el cuerpo de Gus Peeper hacia el suelo.

Inclinóse para recogerle, pero una profunda dejadez invadió

todos sus músculos...

Cayó junto al cuerpo inanimado del periodista, y la última palabra que pronunció mentalmente antes de perder por completo el sentido, fue:

—Éter...

Y ninguno de los dos oyó los disparos que mataron a «Chic» Drumond.

\* \* \*

«Baby» silbó unos compases de «Marcha Nupcial» para entretener la espera.

—Si la oyese en compañía de Lord, me tendrían que sacar en camilla, porque me mataría la emoción. Lord —bisbiseó—. Eso es... Nombre bonito... Pero yo soy una pavita de corral, y Lord es un águila que vuela alto, sin verme. Por suerte no se dio cuenta de que estoy tonta perdida por sus huesos. ¡Qué tío más feo!

La última exclamación iba destinada a un hombre que no la oyó, porque, apeándose de un «Buick» azul, entraba en el edificio.

—¡Con lo guapo que es mi Lord del demonio! —Siguió monologando después de unos instantes Joan Telma—. Por eso, todos los demás me parecen feos... Ahora que he sido imparcial con el gordo ese del «Buick». Un coche tan estupendo y un dueño tan repugnante... Parecía Fu-Manchú, cuando cerrando los ojos le decía a la heroína... ¡Diablos! ¡Todos tan amigotes!

Su exclamación, tampoco oída, se dirigía a los cuatro hombres que acababan de salir del edificio.

—Pues

«Gus-Gus

» sonríe radiante y está entero... —Fue monologando «Baby»—. El feo ese y el gorila son dos magníficos primeros premios en un concurso de objetos extraños con dos patas. ¡Vaya! ¿Infel a esta preciosidad de «Auburn»? ¿Nos vamos con el «Buick» ahora?

Iba ella a descender del coche, pero, desde los asientos posteriores del «Buick», Lord King denegó con la cabeza, mirándola. Volvió a coger el volante.

—¿Irán a batirse en duelo por duplicado? El gorila no parece entusiasmado por el paseíto. Después de los juegos florales de

anoche debería estarse en la cama durante unos días en vez de salir a pasear. Si fuese yo su mamaíta, ¡menuda azotaina le daría por imprudente!

El «Buick» arrancó, y tras unos instantes, «Baby» pisó el acelerador.

—Me gustaría oír la conversación. Debe de ser instructiva y copiosa en adjetivos atléticos.

Por el cristal posterior del «Buick» se divisaban el sombrero de Gus Peeper y la cabeza de Lord King.

Al entrar en la carretera del Norte, «Baby» suspiró:

—Si «Chic» quería comprar un coche, podía haber escogido otro momento.

El «Auburn» rodaba a una distancia de veinte metros tras el poderoso «Buick». Del cristal posterior desapareció el sombrero de Gus Peeper y la cabeza de Lord King se inclinó hacia delante.

—¿Un nuevo juego? Estarán buscando las gafas del periodista.

Seguían desfilando los árboles que flanqueaban la carretera desierta.

—¡Diablos! ¿Se habrán tumbado a jugar a los dados en la alfombrilla?

Una serie rápida de explosiones hizo que «Baby» sacudiera los hombros al compás del sordo ruido.

—¿Barrenos y canteras? Juraría que proviene del «Buick»..., pero no son sus neumáticos..., ni los míos. Sólo llevamos ocho entre él y yo, y están enteros... ¡Hey, hey! Eso no me gusta ni pizca.

Pisó a fondo el acelerador, pero Steve Drumond lanzaba su «Buick» a toda velocidad... Tenía prisa por oír las felicitaciones de La Voz.

## CAPÍTULO VI

### La voz misteriosa

En el garaje, Steve Drumond descendió del «Buick», y faltó de su apoyo, el cadáver de «Chic» Drumond cayó pesadamente en el asiento.

Tamura, el chófer japonés, con hierática impasibilidad empuñó una pistola «Ducco», maniobrando en ella... El primer chorro de pintura rechinó contra el guardabarro.

—¡Tú, simio! —Gruñó Steve Drumond—. Traigo tres pasajeros. Avisa para que suban a ayudarme. No voy a transportar esos fardos yo solo.

Tamura siguió en silencio rociando de pintura marrón el «Buick».

Steve Drumond acercóse de mal talante al japonés. Pero la llegada de Mae Randall evitó que un súbdito del Imperio del Sol Naciente fuese objeto de malos tratos.

—¡Hola, encanto! Traigo a mi hermano... y a dos muchachos de la Prensa.

Mae Randall examinó los cuerpos sin sentido de Lord King y Gus Peeper. Steve Drumond explicó:

—Pensé rematarlos, pero a lo mejor La Voz quiere enterarse de por qué le preguntaban a mi hermano por mí.

Mae Randall cogió en brazos el cuerpo de Gus Peeper, al que levantó con facilidad.

—Coge al otro, Steve. Tu hermano no nos hace falta abajo. Tamura se encargará de hacerlo desaparecer.

El japonés continuó manejando el «Ducco». Apenas hubieron

descendido al sótano la mujer y el pistolero con sus cargas humanas, Tamura dejó en el suelo el instrumento, entró en la cabina telefónica del garaje y, al estar en su interior, insertó la puntera de su zapato en una esquina del estrecho cuadrado que formaba el suelo de la cabina.

El suelo fue bajando lentamente, y el secreto montacargas se estabilizó ante un diminuto cuarto que semejaba un laboratorio. El japonés sentóse en un sillín ante un panel que ocupaba por entero la pared con múltiples interruptores, botones de mando, y una pantalla cuadrada.

Como la telefonista que se dispone a dar comunicación, Tamura pulsó, hacia arriba dos llaves e introdujo una banana en un orificio.

La pantalla se iluminó y quedó visible el cuarto donde se hallaba Tony Prescott sentado en el diván, junto a una amazona que miraba despavorida el suelo donde yacían dos cuerpos.

Sentado en su sillón, Butch Leary miraba con afecto a Steve Drumond. Mae Randall recomponía su vestido...

Las dos mujeres, los tres pistoleros y los dos cuerpos sin sentido veíanse perfectamente en la pantalla, que reproducía en miniatura todo el contenido de la habitación.

Tamura, impasible, fijó su inexpresivo semblante en la pantalla, mientras la voz de Tony Prescott hablaba:

—Fuiste a despachar a «Chic» Drumond y regresas con dos desconocidos.

—¿No querías conocer a Gus Peeper? Ahí lo tienes —y Steve Drumond señalaba al periodista, mientras reía silenciosamente—. Pero no es a ti a quien tengo que dar explicaciones...

—Es a mí —habló Tamura.

El rostro de Steve Drumond miró hacia la caja de ébano y sus párpados entrecerrados contemplaban, sin verlo, a Tamura, que le veía.



*...el japonés sentóse en un sillón...*

—Subí al aposento de mi hermano. Esos dos estaban con él. Le invité a dar un paseo, cuando me di cuenta de que «Chic» mentía y que esos dos periodistas le habían estado preguntando por mí. El elegante decía que me conocía, y no era verdad, puesto que al verme no dijo ni pío. Pensé que desearías saber lo que esos dos tipos buscaban mintiéndole a «Chic».

—¿Y tu hermano? —preguntó Tamura.

—Lo pasaporte. Ha quedado en el «Buick». El macaco japonés ya se encargará de él —dijo Steve Drumond; y añadió, señalando a Mae Randall—: Eso me dijo esa buena moza.

—Mae; ata a los dos periodistas junto al diván —ordenó Tamura—. Reanímalos después. Es preciso saber que información poseen.

Expertamente, y ayudada por Steve Drumond, Mae Randall colocó a los dos anestesiados sentados de espaldas al diván, reunió las dos muñecas de Lord King a sus espaldas, y con recia cuerda las maniató a la pata del diván.

La cabeza de Lord King quedó junto a las rodillas temblorosas de

Myriam Tarkington, que no se atrevió a moverse, fascinada como un pajarillo temeroso por la mirada insensible de Tony Prescott.

Gus Peeper quedó sentado al otro extremo... Las gafas le colgaban sostenidas tan sólo por una orejeta. Tony Prescott dio un rodillazo para apartar el rostro del periodista, que besaba su pantalón.

—Este tipo es el que pedía, nuestra cabeza en los artículos del *Herald* —aclaró Tony Prescott, dirigiendo, su voz a la caja de ébano—. ¿Le líquido?

—Aguarda a que te lo indique —habló Tamura.

Mae Randall inyectó en el brazo de Gus Peeper, cuya manga levantó, una ampolla llena de un líquido ambarino. Repitió la misma operación con el musculoso antebrazo de Lord King.

La estrechez del tórax del periodista le había hecho inhalar menos éter que su compañero de viaje. Abrió los ojos, parpadeando cómicamente...

Sus miopes ojos, sin las gafas, veían masas borrosas que, poco a poco, disipándose la borrachera de la anestesia, le permitieron darse cuenta de que eran tres individuos y dos mujeres los que ocupaban la habitación.

Al distinguir al elegante Lord King, cuya cabeza estaba doblada sobre el pecho y apoyada una sien contra la rodilla de una amazona, Gus Peeper tembló.

Y queriendo colocarse bien las gafas, dióse cuenta de que estaba maniatado vigorosamente. Le dolían las muñecas retorcidas tras su espalda...

—¡Prensa! —exclamó—. Este maltrato que... ¡ya verán!

—Colócale las gafas —ordenó Tamura.

Mae Randall obedeció, y Gus Peeper, con infinito temor, rodó las pupilas. Iba creciendo su pánico, cuando de los ojos grandemente abiertos de Butch Leary pasó a observar la entrecerrada rendija de la mirada de Steve Drumond.

Pero lo que acabó de atemorizarle, además de la voz que brotaba de la caja de ébano, fue la inhumana expresión de dura indiferencia con que Tony Prescott, a su lado, le contemplaba como quien mira a un gusano al que se va a aplastar.

—¿Puedo saber cuál era el motivo por el que usted interrogaba a «Chic» Drumond? —preguntó Tamura desde su cabina—.

Especifique detalladamente, sin obligarme a recurrir a procedimientos dolorosos que yo sería el primero en lamentar.

Gus Peeper, al no comprender la razón de aquella reunión guardó silencio.

—Tony Prescott —gangué la voz de Tamura—. Cuando lo que diga el señor periodista no me parezca sincero, quedas autorizado para emplear el método persuasivo que mejor resultado produzca.

—Quemarle la planta de los pies —dijo lacónicamente el aludido.

Gus Peeper rebrincó, contenido por sus muñecas.

—¡Hablaré cuanto quieran! —vociferó agudamente—. Pregunte quien quiera sea. Informaré detalladamente, y juro decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad.

Agotado por el esfuerzo, Gus Peeper inclinó la cabeza.

Lord King seguía con los ojos cerrados, aun bajo los efectos del narcótico, al parecer. Escuchaba atentamente.

—Intente explicar solamente la razón de su visita a «Chic» Drumond —pidió Tamura—. No se escude pretextando un reportaje deportivo, porque me vería en la triste necesidad de indicarle a Tony Prescott que le quitara los zapatos y los calcetines.

—La noche del combate substituí al *repórter* deportivo —empezó a decir Gus Peeper con semblante melancólico—. ¡Ojalá nunca yo...! Bien, el caso es que tenía que entrevistar al vencedor. Estando en esta labor profesional, vinieron a decirnos que «Chic» Drumond estaba conmocionado. Fui, y deliraba. Decía palabras sin sentido para los que le escuchaban.

—Especifique estas palabras, señor Peeper.

—Habló de un *taxi*, de éter, y citó los nombres Butch y Steve.

Tony Prescott deslizó una mirada de soslayo hacia donde Steve Drumond, vigilante, examinaba a Mae Randall. No quería sentir de nuevo en su nuca un traidor contacto.

—Debo hacer constar que yo era el encargado de la sección, criminalista de sensación. Y la acción de varios pistoleros eliminando infamemente a seis policías excitó mi interés. Estoy perdido por lo que puedo ver —dijo temblando el periodista—. Pero, perdido por perdido, voy a hablar como nunca lo he hecho. Mil muertes serán pocas para hacer purgar el delito de asesinar a la gente con toda sangre fría, por impulsos infrahumanos. Seres así,

como estos pistoleros, no tienen derecho a vivir en una sociedad civilizada, que...

—No se extravié, señor Peeper. Cíñase a mis preguntas, sin discursos, aunque sean muy apreciables en el fondo. Tras oír las palabras que «Chic» Drumond citó en su delirio, ¿qué hizo usted?

—Mi primera intención fue acudir a la policía. Pero era una pista que debía seguir yo solo, y sólo la seguí. He fracasado.

—Creo que sí, señor Peeper. ¿Qué pretendía hallar tras su pista?

—A los infames pistoleros. Los he hallado... —dijo Gus Peeper con absoluta falta de entusiasmo—. Pero no podré escribir ningún reportaje.

—Se equivoca, señor Peeper. Por el instante su vida es preciosísima, porque un *repórter* de su categoría dará su visto bueno al mensaje que debo dirigir a distintas personalidades de la Nación. El caballero que le acompaña, ¿quién es? ¿Un periodista de su categoría?

—¡Famosísimo! Es Lord King, el as del reportaje político. Firma con seudónimos, pero las personalidades de la Nación le conocen por su verdadero nombre.

—Felicitaciones, Steve Drumond —habló la caja de ébano—. Son dos secuestros inesperados que complementan mis planes. No puedo castigarte por indiscreciones pasadas.

—¡Oh, «Chic», era un buen muchacho! Discreto. Por eso le conté mi alianza con Butch y Tony. A nadie se lo repitió... y a nadie podrá ya contárselo —dijo ufano Steve Drumond—. Ya me supuse, que dejar vivos a ese par de plumíferos té gustaría, invisible.

—En definitiva —y abrió los ojos Lord King—, ¿qué es lo que se pretende aquí? ¿Quién es esta señorita vestida de amazona? ¿Quiénes son esos tres hombres? Esa dama oxigenada, ¿quién es? ¿Por qué ese método rocambolesco y de folletín de dirigirnos la palabra a través de un micrófono?

—Excelente presentación, señor King —replicó Tamura—. Al oírle preguntar, no cabe duda de que no sabe usted contestar, sino que espera que sean siempre los demás los que sacien su afán informativo. Le complaceré. ¿Le apetece un cigarrillo? Enciéndeselo, Mae. El señor King tiene todo el aspecto de un caballero periodista de alta categoría, y me complazco en hablar con personalidades de tal relieve.

Mae Randall inclinóse con un cigarrillo en la boca. Lo encendió y, quitándoselo tras una aspiración, lo colocó entre los labios de Lord King.

—Gracias, señora —agradeció Lord King—. Buena marca; los «Sullavan» me parecen algo suaves; pero no quiero parecer exigente.

—Aprecio la elegancia de su estilo, señor King. Corresponde a su indumentaria.

—No puedo replicarle lo mismo, ya que ignoro cómo viste.

—Sabrá cómo hablo, que es más interesante para un periodista como usted. Dígame, ¿qué opina del Japón?

—Después de lo de Pearl Harbour, el Japón nos ha demostrado que no es una nación civilizada, sino un país de piratas. Sin embargo, abogo por la clemencia hacia ellos, ya que las minorías no representan el sentir de un pueblo. Justo es que los amarillos intenten recivilizarse de nuevo con la ayuda de Norteamérica. Pero... no creo que me hayan narcotizado para sostener una conferencia amistosa sobre cuestiones políticas.

—No fue tal la idea de Steve Drumond, pero sí es la mía. Un mensaje particular al Secretario de Asuntos Exteriores, firmado por su hija, que es la señorita amazona, supondría que estudiase dicho caballero con atención las proposiciones que pienso hacerle.

—¿Pueden saberse?

—¿Por qué no, señor King? Usted deberá añadir unas líneas, tantas como quiera, que supervisaré, y perdóneme el atrevimiento. En ellas manifestará, que no son obra de un visionario. Que el anuncio de muerte contra la persona de Myriam Tarkington no es amenaza de *gangster* en busca de un rescate cuantioso, sino un minúsculo incidente en mi ruta. Habló antes de una minoría, señor King. Yo soy uno de dicha minoría. Logré escapar a los juicios militares del Pacífico, porque siempre he residido en Norteamérica y soy considerado un japonés adicto a los postulados de los yanquis. Me deben algunos servicios: informes de poca importancia comparados con los que a cambio obtuve por dejarme permanecer en esta bella ciudad, protegido por el mismo servicio de contraespionaje —la voz de Tamura rió en la caja de ébano—. ¿Quiere conocerme, señor King? No tengo inconveniente. Cuando pueda usted hablar, mi proyecto se habrá realizado, y no creo que

le dejen publicar sus sensacionalísimas revelaciones. Permítame presentarme: Hirazi Tamura Benzoi, «samurái», comandante de Estado Mayor de los derrotados, pero no vencidos, ejércitos japoneses. Un humilde criado desde hace diez años, siempre residiendo en esta mansión y desde ella sirviendo a los destinos de mi nación.

—No le veo, Hirazi Tamura Benzoi, pero adivino su inclinación. Rígido el busto, visionario, fanático... Quiero suponer que le ha enloquecido la humillación del pato que quiso ser águila. Cualquier proyecto que usted fragüe, ha de fracasar, los americanos pegamos poco, pero bien y definitivamente. El Pacífico merecerá su nombre porque la bandera americana ondea por doquier.

—¡Hurra! —gritó Gus Peeper entusiasmado—. Y... ya pueden matarme. Hay muertes que equivalen a caer en el campo de batalla. Me rechazaron en el ejército por estrecho de pecho, pero...

El brutal rodillazo que Tony Prescott aplicó en la mandíbula de Gus Peeper hizo bambolearse la cabeza del diminuto periodista.

—Calla —murmuró siniestramente—. Nadie te ha preguntado. ¿Le liquido?

—Prefiero oírle, «samurái» Hirazi Benzoi. Al menos usted es un loco extraviado, pero por patriota será fusilado con todos los honores por un piquete de bravos americanos. Pero ver que existen seres de la calaña de esos pistoleros produce un profundo desaliento.

—Se llaman Tony Prescott, Steve Drumond y Butch Leary, señor King. Clásicamente americanos.

—No, «samurái». Estos desperdicios humanos son escoria que no tiene nacionalidad. Pertenecen a la fauna abisal que engendran los estratos inferiores del hampa universal.

—¡Magnífico! —aprobó Gus Peeper, apartando prudentemente su rostro de la cercanía de Tony Prescott—. Esta frase no puede ser entendida por todos los intelectos, cierto que no.

—Sí por el mío —replicó la caja de ébano—. Estoy de acuerdo con usted, señor King. Pero las maquinarias más lujosas y bien construidas necesitan vil grasa maloliente para que sus engranajes rueden. Pasaré a informarle superficialmente, señor King. Mañana, al amanecer, usted habrá escrito al dictado mi tesis, que desarrollará como quiera. Su reportaje, muy gráfico y personal,

acompañará al sensible mensaje de Myriam Tarkington, implorando a su padre para que logré convencer a los demás Secretarios de que mis peticiones son justas. Mañana, al amanecer, porque un avión bombardero se hallará en camino hacia una base del Pacífico que ha de desaparecer.

Lord King pestañeó. Sonrió incrédulo.

—Burda amenaza, «samurái».

—Cuando se realicé perderá la tosquedad. Por espacio de cuarenta días, una serie de hechos terroristas alarmará a la opinión estadounidense: Podrá evitarse simplemente con que se acceda a mi demanda. Las tropas norteamericanas deben abandonar el suelo japonés.

—Pida mejor que le revelen el secreto de la bomba atómica —dijo riendo Lord King.

—No pido imposibles. Esta otra cuestión no me ha sido encomendada, aunque otro «samurái» de mi estirpe trabaja en su logro.

—¿Es usted piloto también, Hirazi Tamura Benzoi?

—No. Pero Steve Drumond perteneció a una compañía aérea, y por los informes que de él me he procurado, sé que manifestó una gran curiosidad por el pilotaje, logrando ser nombrado piloto suplente. Desgraciadamente para América y felizmente para mis planes, Steve Drumond era entonces un ladrón. Pero hoy conoce perfectamente la ruta New York-Pacífico-Hawai, ¿no es cierto, Steve Drumond?

—Seguro —dijo el aludido engallándose—. A ojos cerrados.

—Lo celebro. Porque el inicio del vuelo a través del continente será nocturno. Y por lo que se refiere al manejo de ametralladoras es innegable que Tony Prescott y Butch Leary son ases. Pisar pedales para que las bombas caigan en un ancho círculo, es también ejercicio que Tony Prescott y Butch Leary realizarán fácilmente.

—«O-key».

—Tu millón no es regalado —dijo Tony Prescott.

—Asco..., asco me da oír a ese sujeto —dijo Gus Peeper mirando valientemente a Tony Prescott, que levantó un puño...

Gus Peeper gimió agachando la cabeza...

—¡Quieto, Tony Prescott! La señorita Tarkington y los caballeros periodistas quedan al exclusivo cuidado de Mae Randall. Os

aconsejo que vayáis a descansar, porque esta noche seguiréis la ruta aérea hacia Hawai.

—La piratería aérea, «samurái», sólo sorprende una vez. Los antiaéreos abatirán tu bombardero.

—Error. Mi bombardero es un excelente avión norteamericano, construido en un sótano cercano, por expertos japoneses, que fueron los que también realizaron las demás obras. Y siguen laborando en otros puntos del país.

—Las hormigas crean hoyos, pero las pisan. A vosotros os taconearán.

—Dale otro cigarrillo al señor King y también al señor Peeper, Mae. Como yo, aunque en otro aspecto, también son patriotas.

## CAPÍTULO VII

### Joan Telma quiere suicidarse

Joan Telma sintió impulsos de llorar cuando en una recta larga en que acababa de entrar con el «Auburn» percibió ante sí la carretera completamente desierta.

El «Buick» había desaparecido...

—¡Maldita sea! ¡Condenado se vea el fabricante de todos los «Auburns» del demonio! Pero... en esos kilómetros de asfalto no puede el «Buick» haberse echado a volar. ¿Dónde diablos se habrá metido?

El «Auburn» pasó de largo, dejando a su derecha un sendero flanqueado por altos setos. La campiña era exuberante, con pocas casas. A lo lejos, rodeada de jardines y teniendo un extenso campo de «golf» en la explanada posterior, un «cottage» de estilo inglés, de una sola planta, aparecía solitario.

De pronto, «Baby» frenó en seco, arrimando el «Auburn» a la cuneta.

—¿Dónde estás, «Buick» del demonio? ¿Jugando al escondite, eh? —Y rió alegremente.

Acababa de divisar la parte del portamaletas del «Buick» azul que desaparecía tras el «cottage».

—A visitar a unos amigotes —comentó disponiéndose a esperar, apoyada la cabeza en sus brazos cruzados sobre el volante.

A las doce y media, «Baby» dormía... Se despertó sobresaltada al sentir una quemazón en la cara.

Parpadeó viendo lucecitas bailando ante sus ojos cegados por el sol que, atravesando el parabrisas, le daba de lleno en el rostro.

—Ya está bien, ¡diablos! Tanto esperar... ¡Ey! ¿Y si se han ido ya? Vamos a preguntar al excelente y hospitalario dueño de tan rica mansión.

Puso en marcha el «Auburn», y, entrando en el sendero, fue a detener el automóvil ante el «cottage».

Subió a la galería, y viendo la puerta abierta entró.

—Buenos días —saludó al vestíbulo—. ¿No hay nadie?

Atravesó varias habitaciones, regresando al vestíbulo.

—Nadie. Y sin embargo, hay seis radios. ¿Dónde diablos estarán los seis propietarios?

Dio vuelta al edificio, entrando en un garaje...

—«¡Guay!» Abundan los coches tanto como las radios. Ese «Buick» marrón es hermano gemelo del...

Frunció la nariz, sintiendo despertarse en ella un temor inexplicable. Lord King y Peeper no estaban en la casa...

Regresó corriendo al exterior, e iba ya a subir a su «Auburn», cuando una voz amable y obsequiosa preguntó:

—¿Qué desea, señorita?

Joan Telma giró prestamente para enfrentarse con un diminuto japonés, vestido con librea de chaleco a rayas y pantalón de seda negra.

—Como en las novelas de misterio... —musitó—. Oiga, «jap», ¿me da un vasazo de agua fresca y cristalina? Tengo la garganta seca y no hay bares por la carretera.

—Inmediatamente, señorita. ¿Quiere hacerme el honor de entrar?

—Bueno. Dentro es más fresca y cristalina el agua.

Hirazi Tamura Benzoi observó malignamente a Joan Telma mientras ésta bebía: Un insubstancial representante femenino de la raza activa que odiaba...

—Gracias, «jap». Me largo... Bonita casa. ¿Toda suya?

—Soy el humilde, servidor de mi dueño.

—Humildemente le pregunto si su dueño es joven y guapote.

—*Mister* Algernon Travers es agregado comercial de la Embajada Británica en Detroit. Ésta es su casa de campo.

—¡Diablos! Me, gusta la casa y los diplomáticos me despepitan. Bueno, «jap», sin rencor, ¿eh? La broma de Pearl Harbour os costó cara. Pero liquidada la factura, tan amigos, ¿eh?

—Gran honor, señorita. A sus pies, siempre su humilde servidor.

—Menos miel, «jap», que me bastó con el agua y me va usted a dar sed de nuevo. Hable como un compadre sin japonadas. Dígame, yo ando buscando...

«Baby» se interrumpió. No acababa de gustarle aquella casa deshabitada. Ni tampoco el obsequioso criado amarillo.

—¿Quería preguntarme algo, señorita?

Los nombres de Lord King y Gus Peeper quedaron enterrados en la garganta de «Baby», que preguntó:

—¿Cuál es su teléfono? Ando buscando un millonario guapo y joven y su dueño me puede servir.

—Tardará varios meses en regresar, señorita.

—Entonces, vendré otra vez a pedirle un vaso de agua. Pero que me lo sirva él. Usted no es mi tipo, «jap».

«Una alocada coqueta imbécil», meditó Hirazi Tamura Benzoi desde la galería, inclinándose ceremoniosamente al arrancar el «Auburn» y mover «Baby» la mano en señal de despedida.

Por el camino de regreso a Nueva York, «Baby» ordenó en voz alta sus conclusiones:

—El «Buick» deja a Lord y

«Gus-Gus

» en el «cottage». Yo me duermo, porque esta noche he leído demasiado tiempo en la cama. Lord estará en casa y yo habré quedado como un bombero. Un «Buick» azul se llevó al gorila y al patrón con el perrillo gafudo. Y el «Buick» que yo acabo de ver en la casa sin nadie era marrón... Ya me explicará Lord cómo diablos se desarrolló la entrevista con el japonés del demonio.

Pero cuando a las siete de la tarde, en el piso perteneciente a Lord King, éste seguía sin venir, «Baby» empezó a inquietarse y llamó por teléfono a la redacción del *Herald*.

—Oiga. Póngame con Gus Peeper. Asunto urgente.

—Peeper, ausente desde ayer noche. Redactor vomita fuego. Necesitaba reportaje deportivo. Peeper tenía obligación a las cuatro tarde venir a cobrar. Milagro único en historial periodístico de un pájaro Peeper que no acude al imán de la moneda. Si usted es novia o nodriza Peeper, comuníqueme Peeper que peligran sus gafas ante preparativos pisapapeles redactor.

«Baby» colgó, sintiendo la comezón de una angustia indefinible.

Bajó apresuradamente, y poco después el «Auburn» deteníase ante el número treinta y siete de la calle sesenta.

La mujer encargada de la limpieza de las dos habitaciones del luchador, declaró hoscamente:

—¡Me va a oír «Chic» cuando vuelva! ¡Vea! —Y señaló la mesa servida—. Se marchó esta mañana, a las once, con tres sujetos y aun no ha vuelto—. Estará paseando por...

La mujerona bufó:

—Nunca come fuera de casa. Yo le guiso también, y hoy le había...

Pero Joan Telma desapareció corriendo. Subió al «Auburn» crispando los labios.

—¡Escuadrones de detectives te van a pedir vasos de agua, «jap»! —imprecó a la vez que ponía el contacto—. Ya me parecía a mí que tú no eras un tipo sano... Ictericia criminaloide...

Frenó bruscamente y estacionó el coche. Y de pronto apoyó los dos brazos en el volante y, sin ruido, lloró...

Lefty Longleg estiraba las piernas, paseando los veinte kilómetros de aperitivo antes de cenar. Su costumbre era recorrer metódicamente las calles de Nueva York...

Se detuvo asombrado. Aquella muchacha, llorando apoyada en un volante, era un espectáculo absurdo.

Apoyó su gigantesca humanidad en el reborde de la ventanilla.

—¿Está enferma, hermana? —interrogó calmosamente.

«Baby» cesó de llorar como por encanto. Su diestra agitóse velozmente, y la velocidad de esquivas de Lefty Longleg se demostró al apartar la cara inclinada, pero no lo suficiente para no recibir el leve impacto de un bofetón airado.

Llameantes los ojos, «Baby» gritó:

—¡Usted tiene la culpa de todo! ¡Si hubiera ido usted, como era su obligación, ahora no tendría yo que suicidarme! ¡Márchese o no respondo de mí! ¡Le mataría si tuviese un cañón a mano!

Lefty Longleg no sentía la menor simpatía por la secretaria del cortés Lord King. Pero sentía cierta simpatía por el valiente que había contratado a aquella bonita furia con faldas.

—Usted está como una «chiva», hermana. Me lo tomo con calma, pero la torta que me destinaba colma la medida. ¿Qué he hecho yo? Preguntarle si estaba enferma, como habría hecho con

cualquier otra persona a la que viera así, derrumbada como un saco sobre el volante de un coche parado.

«Baby» volvió a apoyarse en el volante y de nuevo las lágrimas se deslizaron por sus ojos.

—¡Váyase! —musitó—. ¡Váyase... y que los cielos le perdonen! Es cierto que tenía usted razón... pero también es cierto que mi... patrón... ¡no lo volveré a ver!

Lefty Longleg era insensible a muchas cosas, pero la contemplación de la vulgar chica convirtiéndose en una niña desamparada y llorosa, le molestó.

—Veamos, veamos, hermana. Si me siento a su lado, ¿me pegará?

—Circule, atleta. Voy a arrancar cuando se me seque el moquillo. Tengo que ir a suicidarme.

Lefty Longleg entró en el coche como cuándo sonaba el *gong* al principio del combate. Colocó, su humanidad con cuidado, vigilando las manos y los apatitos de su vecina...

—Esta mañana me aturulló usted, hermana. Hagamos otra prueba. Intente explicarse conmigo y quizás le sentará bien.

«Baby» puso el contacto y pisó el acelerador, secándose con el dorso de la zurda los ojos.

—Voy a suicidarme. Apéese como quiera y pueda, luchador.

—No sea cabeza de chorlito, ¡centellas! Francamente, ¿qué ocurre? ¿Se puso tonto «Chic» y descabezó a su patrón? Si lo ha hecho, podemos ir a ver a «Chic» y le pediré explicaciones.

«Baby» miró a Longleg, sonriente, entre lágrimas.

—Gracias, coloso. Pero es tarde...

—¿Quiere hablar de una vez, o no? Francamente, me tiene usted intrigado.

—Voy a la carretera del norte. Le dejaré a medio camino. Mientras puedo explicarle, y trate de comprenderme, si puede. Lord salió en coche con Gus, «Chic» y un sujeto desconocido, que conducía un «Buick» azul. Parecían muy amigos los cuatro. Yo les seguí. Me dormí en la carretera. El «Buick» había entrado en el garaje de un «cottage». Fui al «cottage». No había nadie, aparte de un «Buick» marrón y un japonés que me dio un vaso de agua. Regresé a Nueva York.

—¿Y dónde están los motivos para llorar y querer suicidarse?

—Lord no ha vuelto, «Chic» tampoco, y Gus debía cobrar y tampoco ha aparecido.

—Nada tiene de particular. Pueden estar de francachela por ahí.

—Lord telefonea cuando come fuera. No lo ha hecho.

—No exageremos las cosas. «Chic» es un traidor en el *ring*, pero fuera de las cuerdas no es un asesino ni un raptor de periodistas. ¿Y por eso llora, criatura? ¿Y qué es eso de suicidarse?

—¡Diablos! Es usted torpe con ganas... Entraron en el «cottage», y han desaparecido. Iré a sonsacar al japonés..., y si es de la banda de pistoleros que buscaba Gus..., pues, me matará.

—¡Siempre sonsacando, buscando cuatro pies al gato! Todo, lo sencillo lo enrevesa y complica, hermana. ¿Sospecha del «cottage»? Acuda a la policía, y asunto arreglado.

—Tiene usted menos seso que un mosquito agonizante. No puedo avisar a la policía por una razón muy sencilla: Si en el «cottage» está escondida una manada de pistoleros, la emprenderán a tiros y en la ensalada morirán unos cuantos.

—¡Allá películas! Que cada cual apechugue con los inconvenientes de su oficio. Los pistoleros emplean como útil de trabajo las pistolas, y lo mismo hacen los policías. Que caigan unos cuantos... es mejor a que la taladren a usted.

—Pero..., ¡debo suicidarme! Porque no quiero... si Lord sigue vivo, que me lo maten... ¡O moriré con él!

Lefty Longleg parpadeó, y la luz se hizo repentinamente en su cerebro:

—Comprendo, hermana. Usted está enamorada del patrón. Bueno, pues, vamos por él. Y verá cómo todo son imaginaciones suyas. El «cottage» es una casa inocente, y el japonés tiene derecho a vivir, ¿no?

—¿Dónde quiere saltar del coche, luchador? Me horripila oírle decir estupideces.

—¡Abur! Frene que me voy; ya la he soportado bastante.

Frenó «Baby», y Lefty Longleg abrió la portezuela, estirando una de sus largas piernas como medida preliminar para descender.

Volvióse, mirando con fijeza a la hermosa muchacha.

—También podía haber escogido otra hora para su excursión, hermana. Es de noche...

—¡Lárguese ya, botarate!

—¡Centellas! ¡Pise el acelerador y vamos allá! Tiene usted todo el aspecto, de una oveja a la que van a degollar por amor.

—¿Me... me acompaña usted, Lefty?

—Pues... ¡no lo ve, mal rayo me parta!

«Baby», reconfortada con aquella masa de músculos a su lado, volvió a pisar el acelerador.

—A lo mejor, como dice usted, Lefty, no hay nada de nada, ni *gangsters* ni misterios.

—Y si los hay... —Lefty acaricióse la oreja que le quedaba—, esperemos que no se enamoren de ese cachito de carne.

Entraba ya el «Auburn» en la carretera del norte, cuando Lefty Longleg exclamó:

—¡Pare, hermana!

—¿Se arrepintió ya de su generosidad, luchador?

—Allí hay un bar y una cabina telefónica. Nada nos molestará, por si acaso, avisar a la policía.

—¡No quiero! Eso también lo sé hacer yo. ¿No le he dicho ya...?

—Escuché; hablemos razonablemente, aunque sólo sea un par de segundos. Acepto que me embarque usted en algo maloliente, donde yo pueda tener la alegría de perder de vista el mundo en su compañía, pero atienda a una razón de peso. Si hay allí una caterva de pistoleros, ¿les vamos a dejar que escabechen a todo el mundo por tiempo indefinido? Agarro el teléfono y le digo a la policía que dentro de media hora acudan al «cottage»... ¿Que no ha pasado nada? ¡Mejor! ¿Que encuentran nuestros cadáveres? ¡Peor!... Se las entenderán con los asesinos. Y, al menos, moriré consolado, pensando que la venganza siempre es un consuelo para... los que leen los periódicos.

—¡No quiero! —repitió «Baby» tozudamente—. Váyase usted, que no le diré dónde está el «cottage». ¡Que lo busquen por el mapa!

—Es usted una cabeza de chorlito. Está empeñada en suicidarse.

—¿No ve que si avisa a la policía, ésta no aguardará media, hora, sino que acudirá a todo gas con sus sirenas o sin ellas, pero se armará un «pandemonium» terrible? Y, a lo mejor, no hay más que un amarillo asustado, porque le interrumpiremos la cena...

Lefty Longleg levantó los hombros, cerrando de golpe la portezuela, que vibró con metálica queja.

—¡Venga! Vamos a ver a ese amarillo, y que pase lo que pase.

—Así me gusta, Lefty. Es usted un buen muchacho.

—Soy un idiota, que no es lo mismo.

Al llegar al cruce con el sendero, «Baby» frenó suavemente.

—Por si acaso, iremos mejor a pie. No nos oirá nadie. Toda precaución es poca.

—¡Centellas! ¿Precauciones ahora y no me dejó llamar a la...? Bien, usted lleva el mando.

La noche oscura imponía silenciosas sombras en los setos. «Baby» cogió del brazo a Lefty Longleg y sintióse envalentonada al palpar la dureza y voluminosidad de sus bíceps.

—A la menor cosa que no comprendamos, atice como un energúmeno, ¿eh, muchachote? —susurró ella.

—Si me dejan...

—Oiga, tengo un poco de miedo, ¿sabe?

—¡Calle, centellas! —bisbiseó Lefty angustiado—. ¿O es que cree que yo no tengo miedo también? Esas expediciones nocturnas sin saber a dónde vamos, ni qué encontraremos, nada tienen de animadoras.

Pisó «Baby» cuidadosamente con la punta de los pies a medida que se acercaban al «cottage», cuyas luces estaban todas apagadas.

«En las novelas nadie hace ruido», pensaba ella. Pero aquel sendero parecía materialmente alfombrado con pequeñas ramitas que crujían escandalosamente bajo sus pies.

Y aquellos crujidos sonaban a sus oídos como verdaderos disparos. Apoyóse fuertemente en el brazo del luchador.

—¿Quiere soltarme, monada? Si he de repartir estopa, déjeme libres las herramientas.

Entraban los dos pisando cautelosamente los peldaños de la galería, cuando una luz vivísima les inundó.

«Baby» emitió un chillido, y Lefty Longleg, enloquecido por el pánico repentino que le invadió, lanzóse en tromba contra la puerta, que derribó en astillas, atravesándola, para caer sobre un diminuto individuo que empuñaba una pistola.

Crujieron unos huesos y la muñeca de Hirazi Tamura Benzol quedó rota, y su dueño sin sentido, aplastado por la brutal acometida del luchador.

Y Mae Randall, avisada por el micrófono, apareció disparando...

Lefty Longleg, que buscaba contra quien calmar el acaloramiento de su sangre excitada por el miedo, lanzóse hacia adelante como el portero que intenta detener un «*penalty*».

Los disparos de Mae Randall atravesaron el aire, pasando por encima del cuerpo lanzado horizontalmente hacia ella... Quiso rectificar su puntería, pero cayó hacia atrás...

Lefty Longleg no tenía el cerebro en disposición de diferenciar sexos. La cabeza de Mae Randall chocó por tres veces contra el suelo...

Lefty Longleg, encima de la mujer derribada, pegó dos sonoros puñetazos en los costados del adversario que había disparado contra él.

Levantóse, buscando con la mirada sanguinolenta que le caracterizaba cuando algún contrincante le hacía objeto de deslealtades en el *ring*...

Al cabo de unos minutos fue calmándose.

—¡Centellas! —gritó, viendo a la inanimada Mae Randall—. ¡Era una mujer! Lo siento, pero...

Una vocecita tenue y temblorosa, preguntó desde el umbral dónde colgaban restos de puerta en astillas:

—¿Se ha hecho daño, Lefty? ¿Queda alguien?... ¡Ése, ése es el amarillo qué...!

—Ya lo he visto, mónada —rezongó Lefty irritado—. Y aquélla es una señora. No me di cuenta. Sólo vi una pistola que se me antojó la borda de un acorazado... Bien, nadie ha acudido al ruido...

—¡Cuidado! —chilló Joan Telma, corriendo tras un diván donde se parapetó, desapareciendo por completo...

Lefty Longleg, calmada su furia combativa, demostró que cien kilos bien entrenados desafían todas las leyes de la gravitación.

Describió en el aire una parábola de rápida energía humana, para aterrizar tras el diván donde «*Baby*» se había ocultado.

En el umbral de una salita, una muchacha vestida de amazona gritó histéricamente:

—¡Socorro!

Myriam Tarkington cayó cuan larga era, desmayada...

Lefty Longleg asomó la frente por el reborde del respaldo del sillón...

—¿No le da vergüenza? —dijo «*Baby*» poniéndose en pie—. Se asusta de una pobre mujer desamparada que pide socorro, y se desmaya...

—¡Centellas! Fue su berrido...

En el suelo, Hirazi Tamura Benzoi reptó hacia su pistola... «*Baby*» lanzóse hacia adelante y su tacón se clavó vigorosamente en la mano amarilla...

—Amarre a toda esta gente, Lefty —ordenó imperativamente—. Hemos ganado la batalla...

## CAPÍTULO VIII

### Nueva York Pacífico Nueva York

Lord King y Gus Peeper dormitaban atados al diván. Myriam Tarkington, con los nervios destrozados, procuraba dormir...

Los tres habían visto entrar a los pistoleros vestidos con Relucientes monos de aviador, y la caja de ébano les había dado detalladas instrucciones.

Al marcharse los pistoleros, Mae Randall sentóse ante el diván. Sobre sus rodillas descansaba una corta pistola automática. Fumaba con indolentes ademanes de aburrimiento...

Hacia las nueve, la caja de ébano habló...

—Una muchacha, la misma que este mediodía vino, está entrando en el jardín acompañada por un atlético desconocido. Atención, Mae.

Mae Randall, al enmudecer la voz de Tamura, examinó a los tres prisioneros. Dormían...

Dirigióse a la salida del cuarto. Lord King cerró los ojos de nuevo cuando ella se volvió...

Mae Randall desapareció, y estallaron unos disparos.

—¡Myriam! —gritó Lord King—. ¡Desátenos!

Myriam Tarkington levantóse como impulsada por un resorte y echó a correr por donde había salido Mae Randall...

Gus Peeper, sobresaltado, murmuró:

—¿Qué ocurre, señor King?

Lord King agitó la cabeza malhumorado.

—La muchacha ha perdido el control de sus nervios y ha desaprovechado una ocasión de... ¡Diablos!

—¡Ésta, soy yo!

Y «*Baby*», gritando incoherencias, balbuciendo groserías gozosas, se arrodilló junto a Lord King y forcejeó frenéticamente con sus ligaduras.

Luego repitió la misma operación con Gus Peeper.

—A usted debería dejarle aquí, *repórter*. No me mire como si fuese un demonio, patrón. Lefty Longleg me ha ayudado, y...

Lord King, ya liberado, corrió hacia el exterior.

—¡Ey! ¿Dónde va ahora, patrón?

Y «*Baby*» le siguió a toda velocidad.

En el vestíbulo, Myriam Tarkington lloraba y reía, enjugándose el rostro mojado en la amplia pechera del cohibido Lefty Longleg.

En el suelo, tendidos y enrollados fuertemente con cortinas trenzadas, Hirazi Tamura Benzoi y Mae Randall tenían una luz rencorosa en las pupilas, mirando al luchador...

—Hola, señor King. Esta señorita me explicó que... Bueno, ya lo sabe usted, ¿no? Tuve que romperle la muñeca al amarillo, y sin querer «noqueé» a la mujer ésa, que, según parece, es una fiera dañina.

—Gracias, Lefty —dijo Lord King, estrechando la mano del luchador—. Es usted un héroe...

—A la fuerza... Su maldita secretaria me metió en este lío.

—Hay una caza en el sótano, bajo el campo de «golf» —dijo Lord King—. Y los *gangsters* han salido en el bombardero. Vamos a...

—¡Alto! —gritó Lefty—. Eso de «vamos» no entra conmigo. Yo, por esta noche, ya me he ganado la ración de mantequilla. ¿Cazas, bombarderos?

—No me abandone —suplicó Myriam Tarkington.

—No se apure, hermana —dijo el luchador—. Aquí me quedo mientras llega la policía. La he avisado por teléfono, señor King... Bueno, ya se vuelve a marchar...

Lord King, seguido por Gus Peeper y «*Baby*», recorrió, de nuevo el sótano... Dieron por fin con un pasadizo que comunicaba con otro sótano.

La estilizada silueta de un avión de caza le hizo exclamar alborozado:

—¡Un «*Flighter*»!

Una rampa ascendente ofrecía el interlineado de dos rieles, en cuyo final se encajaban las dos ruedas del avión.

—¡Abra la puerta, Peeper! —Y King señaló la gran madera corrediza al final de la rampa.

Gus Peeper obedeció, regresando junto a la pareja.

—Suba, Peeper. En la carlinga posterior hay ametralladoras.

Gus Peeper subió como un sonámbulo.

—Tú, quédate con Lefty, muñeca —dijo Lord King, mientras se instalaba en el sillín del piloto.

—¡Que se cree usted eso! —Y «Baby» saltó de la escalerilla metálica a la carlinga posterior—. Despídame luego, pero un paseo en avión no me lo pierdo yo...

—Supongo..., ¡hem!..., que usted tendrá alguna idea de lo qué es un avión...

—Amigo Peeper. A veces he sido un hombre útil —replicó Lord King, mientras, funcionando el contacto, hacía resonar en el sótano las vibraciones giratorias de la hélice—. Elegí el aire como mejor tumba posible. Y volé sobre la ruta de Birmania, con suerte... Mi cacharro era un «Fighter» como este...

El caza subió lentamente por los rieles, para adquirir velocidad en la noche, y las ruedas despegaron, lanzadas por la lisa pista de «golf».

Gus Peeper examinaba las dos ametralladoras que sobresalían por la torreta de cristales inastillables.

«Baby» sentóse junto al piloto.

—Para ir a casita, patrón, ya tenía yo el *roadster* en la carretera.

—¿Cómo diste con el «cottage»?

—Lista que soy y atleta que es Lefty. Oiga, patrón, ¿por qué ha colocado usted a

«Gus-Gus

» junto a las ametralladoras?

—Por si acaso, aunque creo que bastarán éstas —y Lord King señaló con una mano dos palancas que remataban otra palanca mayor parecida a la que empuñaba.

—¿La va a emprender a garrotazos con alguien, patrón?

—Son los gatillos de las dos ametralladoras que disparan en combinación con los giros de la hélice y a ambos lados del motor.

—Eso ya está mejor —suspiró «Baby»—. Porque si teníamos que

confiar en

«Gus-Gus

» como ametrallador..., pido un paracaídas de los que se abran con garantía de diez años.

\* \* \*

Steve Drumond, al remontar el vuelo el bombardero, quiso demostrar sus dotes de aviador.

—Os he dicho que os pongáis los paracaídas, porque es la medida primera que todo buen aviador debe tomar.

—Eres algo serio, Steve —dijo Butch Leary admirativo—. ¿Y cómo puedes tomar la ruta de noche? No vayas a aterrizar en la «isla<sup>[3]</sup>».

—Es fácil —dijo desdeñosamente Tony Prescott—. Ya oíste al japonés. Basta con seguir la indicación de un aparato de esos de medida cuya aguja señala el rumbo, y como Steve conoce la ruta, se limita a procurar mantener el avión en el camino recto.

—Pero, así de noche... ¡«O-key», Steve! Eres un barbián con toda la miga. Las rutas son para mí carreteras y ferrocarriles. Lo demás, si no está señalado en el suelo, no sé cómo pueden encontrarlo.

—¿Y los barcos? —comentó Tony Prescott—. Son muchos los que van de Nueva York a Londres. Todos siguen el mismo camino: el más corto y menos peligroso.

—Eso es —apoyó Steve—. Y por avión es lo mismo. Hay rutas que son siempre las mismas, y por eso el macaco amarillo me señaló la ruta comercial. Así, los puestos de observación no entran en sospechas, cosa que ocurriría si yo tomase otro rumbo distinto al usual.

—Es innegable que lo que el hombre no inventa, no sé quién lo va a inventar —aprobó Butch Leary—. Bueno, aquí en estos sillones se está cómodo. Voy a descabezar un sueño, porque hasta las siete de la mañana no tendremos que bombardear y ametrallar. ¡La cara que pondrán los de Hawai cuando les larguemos pilladoras...!

El veloz bombardero siguió su ruta. Steve Drumond reía silenciosamente, mientras Butch Leary, acomodándose y echada el ala delante del sombrero fieltro sobre los ojos, se disponía a dormir.

Tony Prescott silbaba en sordina, examinándose las pulidas

uñas.

\* \* \*

La opaca masa negra iba convirtiéndose en gris, y «*Baby*» dormía sin darse cuenta de que había elegido por almohada el muslo izquierdo de Lord King.

Gus Peeper, tras haber chocado varias veces contra la carlinga por efectos de los «baches de aire», había decidido atarse al sillín del ametrallador central, meditando que, si salía con vida de todo aquel asunto, se iba a cubrir de gloria con el más sensacional de los reportajes.

El amanecer en el aire tenía la grandeza de un espectáculo sublime. La aurora luminosa poseía una diáfana pureza diamantina...

«*Baby*» despertó repentinamente cuando el avión de caza, empujando el motor, pareció una saeta que verticalmente intentase perforar la diana del disco solar.

Removió los labios, hasta que dándose cuenta de su posición, separó bruscamente la cabeza de su improvisada almohada.

—Buenas, mañanas. Ese rumorcillo de molinillo de café me atontó, patrón.

Lord King señaló a lo lejos una mancha negra.

—Sigue la ruta Hawai. Tendremos que «pasar» a identificarle.

—Eso de «pasar» es una palabra sencilla cuando se trata de atravesar la calle para irse a tomar una limonada. ¿Qué hago yo?

—Continuar sentada. ¡Gus! Coja los prismáticos y, cuando nos acerquemos al avión, trate de ver si sus ocupantes son los tres pistoleros.

—¡Tíreme los prismáticos, Gus! Usted no ve un elefante aunque le pida lumbre para la trompa.

Gus Peeper arrojó cuidadosamente los prismáticos, que «*Baby*» recogió en el aire.

—Si no los conoces, muñeca, ¿cómo vas a identificarlos?

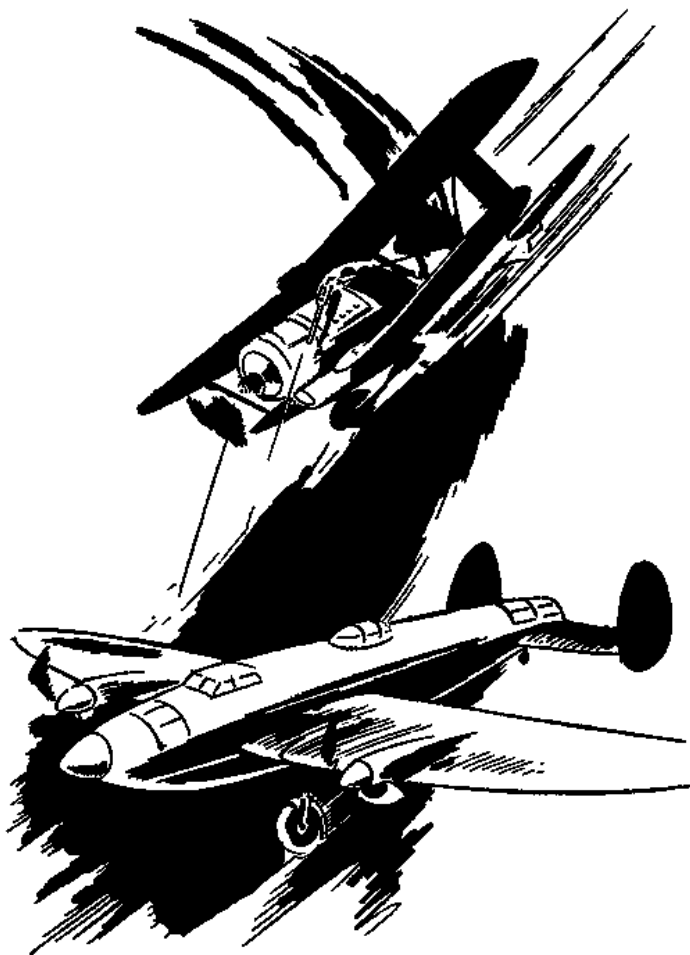
—¿Uno era gordo, con nariz de cuervo y párpados de adormilado?

—Sí. Ése es Steve Drumond. ¿Cómo lo sabes, prodigio?

—Conducía el «Buick» azul que luego se volvió marrón.

Enfoco... y «pase» cuando puedan patrón.

El avión de caza adquirió el máximo de velocidad al lanzarse hacia abajo...



*...volvieron a crepitar las ametralladoras...*

Cuando divisó la alargada masa negra, Lord King rectificó el plano para deslizarse lateralmente, volando en las cercanías del bombardero.

—¡Tres van! —gritó «*Baby*»—. Y el que «palanquea» como usted, es el tío feo de los párpados con «sindetikón».

—Sujétense lo mejor que sepan —advirtió Lord King.

«*Baby*» se agarró desesperadamente a la pierna izquierda de Lord King. El avión describió otra ascensión...

Del bombardero brotaron una serie de llamaradas laterales.

Butch Leary atendía al flanco derecho, y Tony Prescott, al izquierdo, con sus ametralladoras.

—Cuando diga: «¡Ahora!», dispáre, Peeper —ordenó King.

—Nos va a acribillar a nosotros —dijo «*Baby*» levantándose; y a gatas se dirigió donde estaba el periodista—. ¡Apártese, inútil! ¡Aquí, el ametrallador soy yo!

La culata de la «*Maxim*» se movió, suavemente presionada por las dos manos de Joan Telma.

—Los botones laterales, «*Baby*» —avisó Lord King—. Cuando yo te lo diga, verás una masa negra. ¡Aprieta los botones!

—Sujétese los tirantes, Gus —recomendó la secretaria—. Y tome nota taquigráfica de lo que va a pasar cuando yo vea la masa negra aunque ya veo masas de todos los colores.

El caza, silbando vertiginosamente, bajó proyectado como una bala hacia el pesado bombardero. Las ametralladoras de Butch Leary y Tony Prescott...

—¡Ahora! —advirtió Lord King.

«*Baby*» cerró los ojos, apretando con furia los dos botones-gatillos. El bombardero siguió su camino, mientras el caza, describiendo un círculo por debajo de él, volvió a elevarse...

—¿Le di? ¿No le di? —inquirió «*Baby*» ansiosamente, abriendo los ojos, mientras Gus Peeper volvía a ponerse en pie.

—Caerán, «*Baby*» —dijo duramente Lord King—. Que no es lo mismo disparar ametralladoras contra un avión, que hacerlo sobre víctimas indefensas.

Cuando el caza descendió de nuevo, Lord King mantuvo apretadas las dos palancas de sus ametralladoras.

Un huracán de rugiente fuego «picó» sobre el bombardero... «*Baby*» aguardó la orden de disparar...

Lord King remontó de nuevo el vuelo...

—¿Disparo, patrón?... —preguntó «*Baby*» con los ojos cerrados.

—Ya está. Miren qué hermosa columna de humo... —dijo Lord

King.

Gus Peeper y Joan Telma vieron la densa humareda que brotaba de la parte delantera del motor...

—¡Le di! —gritó «*Baby*»—. ¡Apunte, Gus, tome nota!

—Usted no disparó —aclaró Gus Peeper—. Fue el patrón..., digo, el señor King.

Una manchita negra salió de un costado del bombardero cayendo al vacío. Otra le siguió...

Poco después, extendíanse dos círculos blancos... Una tercera mancha desprendióse del bombardero, mientras éste, con cortas explosiones intermitentes, iba bajando con pérdida de velocidad hacia el mar, hasta que de pronto capotó y «barrenó» como un peso muerto.

—¡Paracaídas! —gritó «*Baby*».

Lord King, con las mandíbulas crispadas, empujó a fondo una palanca. El caza descendió verticalmente...

Fueron pronto visibles los tres bultos bamboleantes de los pistoleros suspendidos por los sobacos de las cuerdas de sus paracaídas. Llevaban fusiles ametralladores entre las manos... La primera «pasada» de Lord King salpicó el interior del avión de casquillos que rebotaban vacíos de las culatas de las ametralladoras delanteras...

Tony Prescott saltó en el aire como un pelele alcanzado por varios pelotazos... Cayó de sus manos el fusil ametrallador...

—¡Uno! —gritó Lord King.

Gus Peeper apartó a la secretaria con brusquedad inaudita en él.

—¡Déjeme a mí, señor King! Tengo que matar a una de esas alimañas... ¡A Steve Drumond!

«*Baby*» avanzó gateando hasta cogerse de nuevo a la pierna de Lord King.

—El tercero, a mí —dijo modosamente—. Enséñeme a disparar esta ametralladora suya tan formidablemente certera...

La mano de Lord King se cerró sobre la diestra de «*Baby*», que empuñaba una de las palancas...

El caza repitió por dos veces sus zumbidos, que hacían aullar de vapor a Steve Drumond y Butch Leary... y luego disminuyó la velocidad de sus evoluciones...

Tres cadáveres colgaban de las cuerdas de los paracaídas...

balanceándose siniestramente en su caída hacia el Pacífico.

\* \* \*

Lefty Longleg vio salir a Myriam Tarkington acompañada por su padre, con evidente alivio...

Uno de los detectives que formaba parte de la nube que había invadido el «cottage», vino a palmotear el omóplato del luchador. Se contentó con darle en la cintura, porque no alcanzaba a más.

—Serás citado como el héroe de esta noche, «Zurdo Zanquilargo».

—No, gracias. Citen a Lord King y a su secretaria. Sobre todo a ella.

—Y tú ¿por qué? ¿no quieres?

—No me gusta llamar la atención pública sobre mi persona —dijo modestamente el luchador—. La publicidad perjudica —añadió con más sinceridad, pensando en posibles pistoleros futuros.

—No te das cuenta de que has descubierto con el japonés una red de espionaje importante. El Tamura era, en efecto, criado de Mr. Algernon Travers, y aprovechando las ausencias de éste, organizó todo este tinglado.

—Yo vuelvo a mis tinglados, detective.

—¿No aguardas el regreso de tus amigos?

—¿Mis amigos? ¿Se figura acaso que puede ser amiga mía la rubita secretaria de Lord King? Prefiero subir al *ring* con dos adversarios a la vez, a tener que hablar con ella de nuevo. ¡Abur!

Pero Lefty Longleg tuvo que hablar de nuevo con Joan Telma tres días después, cuando ella entró en sus habitaciones portando una gran caja.

—¡Hola, hola, muchachote!

Lefty Longleg suspiró con resignación.

—¿Qué trae ahí, hermana? ¿El cadáver de su patrón, muerto por el sufrimiento de soportarla a diario?

—Algo mejor, mucho mejor.

Rompió la cubierta de la caja de cartón, y sacó un rutilante albornoz azul con solapas blancas.

En el faldón había unas letras bordadas:

«Gus y Baby». Estaba rubricado.

—Gracias, hermana. Es bonito, pero lo llevaré tan sólo en casa. En el *ring* la palabra «*Baby*» no me sienta... y fuera tampoco.

Joan Telma empinose sobre la punta de los pies, ofreciendo el rostro.

—Bésememe en las mejillas, hermano. Paz, paz y paz entre la gente de buena voluntad.

Lefty Longleg se inclinó sonriendo y besó sonoramente en las mejillas a la rubia secretaria.

—En el fondo, si hablara usted con más sensatez, no sería tan detestable, «*Baby*».

—Pero ya no sería yo. ¡Diablos! Me olvidaba de lo más importante. Ese alboroz es un soborno.

—¿Soborno?

—No le diga ni palabra al patrón de lo que yo... en fin, de lo que dejé escapar la noche... que lloraba al volante...

—¿Que está usted enamorada de él? Repose tranquila, hermana. Yo no me meto en las intimidades de los demás...

—Avíseme cuando se case, Lefty. Felicitaré a su esposa.

—¿Por suicida? —preguntó recelosamente Lefty sonriendo.

—Por afortunada. Que vale usted lo que pesa, y no es poco, ¡diablos! Adiós o hasta la vista, muchachote.

—¡*Abur*, hermana!





Pedro Víctor Debrigode Dugi  
(1914-1982)

es uno de los grandes autores de la novela popular española en su época de esplendor, aquella que va desde los años cuarenta hasta inicios de los años setenta del siglo XX, cuando la televisión cambia definitivamente los hábitos de consumo de la sociedad española. Fue autor de centenares de títulos en la amplia diversidad de géneros que caracterizaba esta manifestación cultural aunque destacó en el terreno de la novela de aventuras y de la novela policíaca.

Nació en Barcelona el 13 de octubre de 1914, siendo su padre francés y su madre corsa. Educado en un ambiente culto —su padre era ingeniero aeronáutico— tuvo una esmerada educación. Estudió la carrera de Derecho aunque no la pudo finalizar pues el año 36, viviendo en Santa Cruz de Tenerife, se vio alistado en las filas del bando nacional al inicio de la Guerra Civil; tras solicitar su traslado a la Península se vio envuelto en extrañas circunstancias que le llevaron a ser acusado de espionaje. Tras ser liberado por falta de pruebas, intentó pasar a Francia pero no lo consiguió siendo nuevamente detenido acusado no sólo de espionaje sino de abandono de destino y malversación de caudales. Tras pasar por

distintos penales y ser condenado, finalmente salió en libertad en octubre de 1945. Empezó a escribir desde la prisión y se casó por primera vez en 1949 teniendo cuatro hijas a medida que iba consolidando su dimensión de escritor profesional. La familia combinó la residencia en diversas poblaciones de Cataluña y se trasladó posteriormente a Santa Cruz de Tenerife. Desde 1957 hasta 1963 Debrigode se estableció en Venezuela donde trabajó como corresponsal de la Agencia France Press y como relaciones públicas de un hotel. Vuelto a España, su esposa falleció en 1967. Se volvió a casar en 1972 y fijó su residencia en La Orotava a partir de 1974; falleció en febrero de 1982 a la edad de sesenta y ocho años dejando tras de sí una ingente producción literaria.

Utilizó un amplísimo abanico de pseudónimos aunque los más importantes fueron Peter Debry —con él creó la mayoría de su narrativa policíaca y del oeste— y Arnaldo Visconti —con esta máscara presentó toda su narrativa de aventuras— pero también firmo sus obras como P.

V. De

brigaw, Arnold Briggs, Geo Marvik, Peter Briggs, v. Debrigaw, y Vic Peterson.

## Notas

[1] Corredores de apuestas. < <

[2] Brigada de Investigación Criminal. < <

[3] Isla de Blackwell, presidio del Estado de Nueva York, y designado por antonomasia entre los maleantes como *La Isla*. < <